

La Ilustración Sud-Americana

AÑO VII

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 151

DIRECTOR GENERAL:
RAFAEL J. CONTELL
La correspondencia a nombre del director

BUENOS AIRES, ABRIL 1.º DE 1899

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven



BELLAS ARTES — EFECTO DE AIRE — ACUARELA DE E. GARNE

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICIÓN ARGENTINA

24 PÁGINAS

APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICIÓN URUGUAYA

24 PÁGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:		INTERIOR:	
Año.....	\$ m/n. 18.—	Año.....	\$ m/n. 20.—
Semestre.....	9.—	Semestre.....	10.—
Trimestre.....	5.—	Trimestre.....	5.50

EXTERIOR: Año..... \$ oro 9.—
 Número suelto: \$ 1.25 m/n. * Número atrasado: \$ 1.50 m/n

TOMOS ENCUADERNADOS

DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896, 1897 Y 1898

\$ m/n. 30 cada uno

COSAS Y QUISICOSAS

Consummatum est! Todo ha terminado: el hervor de las pasiones, la tensión de los nervios, la irritación de los ánimos, el pugilato cruento de las conciencias alteradas, de los cerebros excitados por el fanatismo de secta, de las voluntades, declinando su prestigio y su independencia en pos de mentida interpretación de profecías y predecesores vaticinios, ha tenido allí acabamiento misero y criminal. ¡La cruz en lo más alto! Ese será el signo de la victoria.

Los homicidas han sellado con sangre una página histórica: y en esta página, la muerte de un justo fija esplendores de verdad, y abre el campo a las nuevas ideas. Las conciencias turbadas, los ánimos contritos, la indiferencia de la vispera, doliente y quejumbrosa, la excitación de ayer, postrada por la hirviente mortificación de la duda, y los estertores de una acusadora voz secreta, que aleja la paz del hogar, y el reposo de los cansados ojos inyectados de criminales rayos de ira que allí fijó en la retina la soberbia y el arrebatado de una jornada ominosa, van diciendo: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¿Qué has hecho?

Y agitadas las entrañas del globo, trepidan con horroroso estruendo, apagándose el sol y las estrellas, abriéndose surcos inmensos en la tierra, resentida en sus cimientos, esparciendo raíces de árboles seculares, sepulcros guardados por moles de inmensas piedras y monumentos de vanidad, en menudísimo polvo por las campañas desoladas.

Es el duelo universal: momentos después, la aurora aparece, y riente y gozosa la naturaleza, recobra su potente fuerza germinadora y campos, y cielos y mares, con sus más brillantes tonos y matices, van pregonando la sentencia del supremo: ¡Estáis perdonados!

La lucha empieza: a la redención generosa, al olvido absoluto, a los prodigios del apostolado y del calvario, suceden los milagros y maravillas de una nueva doctrina. Y vencen los humildes: la sangre riega los campos y los cirios; el ejemplo de la virtud fecundiza en el erial pagano, y cediendo paso a aquella civilización y aquellas ideas, canta la humanidad las excelencias de la predicación cristiana. Jesús resucita: su imperio prevalece contra las asechanzas del caído. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

El repiqueteo alegre de las campanas en las altas torres: los cánticos de la grey cristiana y los armoniosos acordes de los órganos en las iglesias, son el eco de una voz unánime, la voz de diecinueve siglos, que fervorosa y humilde, bendice el día de la redención del hombre.

Aún se combate; aún se lucha; sufre todavía el misero bajo el poder de la autoridad que refrena su alegría, y soporta el yugo de la vanidad mandataria y el orgullo de los poderosos.

No importa: ¡Está escrito! ¡Ay de los mandatarios infieles!

Potentes poterit tormenta patientur.

Entremos en el mundo: la Semana Mayor que ha terminado la quincena antecedente, ha sido dedicada a rezos y piadosas devociones en nuestro pueblo: la Capital surge de nuevo a la inquieta vida del trabajo cotidiano.

Y vamos de prisa, en los albores del otoño, empujándonos unos a otros en la precipitación con que vivimos, recelando del cielo que nos amenaza con preludios invernales, como si deseá-

semos y fuera nuestro único fin y objeto, salir del presente y *descontar* (como hoy se dice) el porvenir obscuro que nos señala esas fechas amontonadas en las páginas del tiempo futuro.

Improrrogable término de nuestras ansias no satisfechas, de deseos soñados, de esperanzas acariciadas por la fantasía, es todo lo venidero, y en él se cifran individuales ilusiones y proyectos nacionales.

El presente no existe: apenas se balbuce, pasa; apenas se enuncia, tiene su línea y sus rasgos en el proceso histórico, y vivimos así entre lo por venir y el ayer, entre lo que sin límites ni cauce deja abierto campo al alma siempre ilusa y lo que amontona y suma hechos consumados, errores y aciertos, victorias y derrotas, el veneno de la desilusión y la corta pócima de felicidades momentáneas que se cuentan por escrúpulos limitadísimos, sin peso ni medida.

Así hemos vuelto los ojos, en la vida nacional, a nuestro viejo litigio de límites, y en el cinematógrafo de la memoria hecho surgir las agitadas cuestiones de la vispera, las esperanzas de un arreglo coronadas por cordial entrevista de nuestro primer magistrado con el del pueblo chileno, y la cuestión de la Puna, resuelta al fin por el demarcador arbitral, el ministro norteamericano, mientras quedan sombras y dudas sobre el definitivo pleito que señala a los dos países interandinos, por decisión del árbitro inglés, situación y límites precisos en la histórica desavenencia.

Y las opiniones han variado: acatando el hecho, y dando respetuoso fallo con el sometimiento a la delimitación arbitral, líneas y ondulaciones caprichosas han señalado en Chile y aquí, cada cual según el color del cristal con que ha mirado, el matemático derrotero de «la línea de derecho». Y más tarde, a las murmuraciones y cabileos, ha sucedido la sanción de un principio a todas luces elocuente en las disputas y añagazas de la política al menudeo: «La diplomacia ha fracasado». Y esto lo dicen allá, y se repitió acá.

Si se pregunta a los críticos y censores de ambas opiniones, cuál es su divisa, os responden: *Vitam impendere vero*. Y aquí, no ha habido, sin embargo, más sacrificio que el de unas tierras estériles aún y unos derechos quizás torcidamente discutidos.

Una vieja anécdota diplomática, cuya filosofía dejó al curioso lector, nos servirá para dar sal y condimento a estas notas quincenales.

Cuenta el vizconde Herrisson, que, en las conferencias de Versalles, a las que asistió como secretario de Jules Favre, su adusto jefe, que hizo cuanto le fué posible por democratizar su vestidura y hacer lujo de sus austeras costumbres, no quiso admitir un excelente habano que le ofreció el Canciller de Hierro, como había rechazado el almuerzo a que fuera cortésmente invitado, sacando de su ya engrasado *redingote* un *sandwich* con su respectivo frasco de vino, polvoreado por la caspa que le caía de su enredada cabellera.

—Y vos, señor secretario, ¿no fumáis? preguntó Bismarck.

—Sí, Excelencia, pero no osaré hacerlo en este momento.

Y recibió el tabaco, poniéndolo sobre la mesa.

—Hacéis mal, continuó el negociador alemán, hacéis mal, Mr. Favre, en no adquirir éste que tan injustamente llaman un vicio. Ved, la nicotina del tabaco ejerce dulce influencia sobre los nervios y predispone a todas las generosidades. Una azulada espiral de humo hace más, a veces, que los mejores argumentos. Yo, por ejemplo, me siento capaz de las más extraordinarias concesiones, y si vos fumarais, podríamos entendernos benévolamente.

Y el Breno moderno, satisfecho de su introito, añadió:

—Vamos, pues, a continuar nuestra obra.

Y... se reabrieron las conferencias.

Después de insignificantes detalles protocolizados, se trató de los ejércitos.

—Tenemos, observó Jules Favre, el ejército del Loire. ¿Qué hacemos?

—Que entregue sus armas y se disuelva.

—Eso es cruel, Excelencia.

—Pues bien, gracia para el ejército del Loire. Podrá quedarse con todos sus honores.

—Hay también, agregó el diplomático francés, un cuerpo que manda el general Garibaldi...

Como si le hubiera picado una vibora, saltó el gigante germano, gritando:

—¿A ese? jamás. Ha tomado las armas contra Alemania y no le perdono. Daré cuenta de él. Y será batido, deshecho, exterminado...

—Excelencia, interrumpió el vizconde Herrisson, fumad este otro cigarro.

Y le devolvió el que tenía.

—Comprendo, murmuró Bismarck; me habéis vencido con mi propio parque... Aceptado... Vaya por el ejército de Garibaldi!

La pérdida sin accidentes personales, felizmente, del transporte nacional «Villarino» en las costas del Sur, embicando contra un escollo desco-

nocido, ha hecho comprender la necesidad de rectificar las cartas marítimas de nuestra dilatada extensión costera: las quejas y reclamaciones del *fustigante* gremio de cocheros contra una disposición edilicia, y los comentarios sobre las reformas judiciales y educativas del ministro Dr. Magasco, son la información más substancial de las dos semanas precedentes.

La reunión de prelados, chilenos, paraguayos y argentinos que van a partir en breve para el Concilio romano, es apunte noticioso que dará juego al reporterismo, y animación y vida a nuestra ciudad, pues se anuncian banquetes y fiestas de agasajo a los ilustrísimos huéspedes que nos harán afectuosa visita antes de partir para la ciudad eterna.

—El sol se va, nos decía un eterno paseante, pacífico y aprovechado rentista, que teme al invierno más que a la peste bubónica y al cólera morbo.

—¿Que se va? le replicamos: pues lea, lea usted, que es *bolsista*, a veces, esta noticia de aquel bello país donde el patrón es de oro, y no suspiran, como nosotros, por tener plata.

—¿A ver?

—«La moneda peruana es de oro, plata y cobre, y está sujeta al sistema decimal. Las monedas de cobre son de uno y dos centavos.

Las de plata son soles, medios soles, quintos de sol, décimos de sol ó dineros, y vigésimos de sol ó medios dineros.

La unidad monetaria es el sol, de veinticinco gramos de peso, treinta y siete milímetros de diámetro y nueve décimos finos, decreciendo el peso en proporción en las monedas fraccionarias, pero empleándose siempre un décimo de aleación solamente. Las monedas de oro son las mismas, representando un valor veinte veces mayor a las de plata, en el caso de que el cambio estuviera a la par, lo que desgraciadamente no será fácil que suceda. Hoy el sol de plata peruano equivale a dos francos cincuenta céntimos ó veinticinco peniques, la mitad exacta de su valor real.

—¿Es claro! Allí tienen *sol perpetuo*: pero aquí... estamos ya a quinto de sol y... si el año comercial no mejora, estaremos pronto... a *medios dineros*.

MARINO BRAIS.



UN DESCREÍDO QUE CONCLUYE POR CREER EN LO INCREÍBLE

Entre los condiscípulos que conversábamos intimamente, y discutíamos con calor en los claustros de la universidad, antes y después de las clases, había uno muy distinguido que obtenía premios en las oposiciones, vivaz y comunicativo, de inteligencia penetrante y desenvueltos modales, pero de mirada indefinible, por su mezcla de luces y sombras.

Después de haber cursado dos años, filosofía, sólo había entendido a Schopenhauer, y habiendo oído durante el mismo tiempo las admirables lecciones del catedrático de literatura, pero la clásica, la modelo, la divina, aquella donde van todos los grandes literatos a conocer, solazándose en los secretos de los bellos ideales, y su expresión armoniosa y sencilla, como en edades más felices iban los poetas a las sagradas fuentes a libar en sus aguas la inspiración; después de todo, no saboreaba con gusto sino las novelas de Zola, y sólo encontraba razonada, la teoría naturalista.

Nosotros discutíamos sobre arte, letras, filosofía; sobre la mayor parte de las cuestiones que sollicitan el pensamiento especulativo. Para nuestro inteligente condiscípulo aludido, positivista por inclinación natural, en el mundo no había otra cosa que materia y fuerza, creando y destruyendo seres con la fría regularidad de un mecanismo, sin que exista, de hecho, nada trascendental y suprasensible; lo que parece más impalpable, el pensamiento, se engendra en las sensaciones puramente fisiológicas, físicas; y los ideales, los que no son sueños é ilusiones, aún los más abstractos, siendo racionales, tienen sus raíces, en último análisis, en la realidad de las cosas; Dios mismo era una idea sin virtud para ocupar la razón recta y equilibrada, que sólo se satisface de verdades claras sin género de duda; la idea de Dios era para él, algo así como aprensiones superstitiosas de la mente. Y cuando alguno de los compañeros, con el fin de detener el paso de su inteligencia escéptica y casi anárquica, le decía: «mos que era verdaderamente hermoso y respetable, digno de ser imitado, lo que habían hecho los héroes y mártires que han dado su vida por una idea grande y pura, por principios generales y generosos, por la religión de la humanidad, él, inspirándose en Jenerbach, decía con acento de convicción, que el amor a sí mismo, es la ley, el principio necesario, indestructible, universal, inseparable de toda especie de amor, y siempre que el hombre intenta resistir a este egoísmo humano

ya sea en religión, ya sea en filosofía, se precipita en el absurdo y la locura, porque el sentimiento que está en la base de todos los instintos, de todos los deseos y de todas las acciones del hombre, es la satisfacción del ser humano, por la satisfacción del egoísmo humano, lo que el bien, de que se habla con tanto calor y elocuencia, resulta un ideal perfectamente utópico sin realización posible. Su crudo positivismo trascendía naturalmente a todo su ser y afectándole el corazón, hacia de nuestro compañero uno de esos hombres completamente escépticos y descreídos.

Acostumbrado a la vida de la ciudad, donde había nacido, apenas había gustado las emociones que se experimentan cuando se vive en la paz de los campos en el seno de la naturaleza. Y las últimas vacaciones de estudiante que siguieron a la terminación de la carrera, fué a cierto pueblo donde residía algunos meses consecutivos. Tuvo ocasión, varias veces, de presenciar la salida y puesta del sol desde la hondonada del valle ó desde la cima de los montes, de oír el canto de las aves y el susurro de las arboledas, y aspirar el aroma de las tiernas flores y el aire puro de las selvas; pero nada de esto le hacía sentir emociones íntimas, poéticas, porque estaba convencido de que, tras los esplendores de la naturaleza, por muy hermosos que sean, no hay sino materia inerte y fría, movida é impulsada fatal y mecánicamente por la fuerza, al modo que en cualquier prosaico mecanismo de la industria humana.

Mas hubo un día, en que vió una joven que, junto con otras de su edad, paseaba a las inmediaciones del pueblo, y fijóse en ella con demasiada atención. La cosa no era para menos. Frisaría en los dieciséis años; era ligeramente escultural el cuello, oval el rostro y el brazo de redondos contornos y ebúrneo; la tersa frente se perdía entre las ondas tornasoladas de su cabellera, tan negra como sus ojos, luminosos, y como impregnados, por su atracción, de misterioso magnetismo; los labios húmedos, unían a sus delicados perfiles naturales, divinamente delineados, una leve contracción de candor pudoroso, y al entreabrirlos permitían ver los nacarados dientes, blancos y menudos; llevaba prendido sobre el alto y apretado seno, un pañuelo de largos flecos, y flotante bata le envolvía el gracioso cuerpo, dejando entrever lineamientos finos y gallardos. El tesoro de sus formas plásticas, tan arrogantes como delicadas, le hizo fijar en ella ávidamente los ojos, y cuanto más la miraba, sorprendía nuevos encantos: una sonrisa dulce, una voz melodiosa y unos matices en el rubor, que todo ello delataba un corazón sano, y lleno de inocencia, pero también, de los intensos y vibrantes presentimientos que aletean en el alma de la mujer, precediendo la primera florecencia de la vida y la plenitud de las pasiones. La imagen de la deliciosa niña se grabó tan tenazmente en el alma de nuestro amigo, que la espléndida irradiación de aquella, con ser tan pura, trascendió con el tiempo al corazón de éste, afectándole profundamente.

Cuando cartas de la familia avisaron al joven para que regresara pronto a la ciudad, al hallarse en ésta no sentía otro deseo que volver de nuevo al pueblo á apacentar ansiosamente sus ojos en el vivo y gentilísimo modelo de la hermosa que tenía siempre en la imaginación. No tardó en volver, y en la primera entrevista, las miradas incendiarias, las palabras apasionadas, todas las sugerencias del mancebo, despertaron el sensible corazón de la niña á nueva vida de calurosas efusiones de infinita intensidad, pudorosísimamente veladas y contenidas, y capaces de animar lo inanimado. Cupidillo, en tanto, disparaba una flecha con toda la fuerza de su arco, en el pecho de nuestro recalcitrante héroe, causándole la letal herida una especie de estupor, que le quitó toda voluntad que no fuera el goce supremo de concentrar absolutamente toda su vida en un solo y único ser, con exclusión de todo lo que existe y pueda existir.

Desde entonces, á la vista de los espectáculos de la naturaleza, no estaba tan indiferente y sin conmoverse, como antes. Si contemplaba el amanecer, á cuyos perlados alboreos comienza la mañana con suave luz que parece una melodía, se quedaba como absorto y le daban ganas de pensar en la hija del Sol, la Aurora, que con sus dedos de rosa descorría las cortinas de púrpura para que pasara el astro esplendente que, bogando por los horizontes azules, derrama la luz y la alegría por los infinitos espacios; y en los postreros momentos de la tarde, á la hora en que el frío vespertino templaba el aire, y la luna, ya velada de vapores, restaura con su recatada luz los ensombrecidos bosques, y canta el ruiseñor en las riberas y el jilguerillo en las matas, le parecía sentir viva poesía, misteriosa, pero palpable y perceptible.

Y una noche que recorría á altas horas las silenciosas calles del pueblo donde había nacido su amor, detuvo sus pasos á los sonidos armoniosos de una guitarra, la lira del pueblo, y escuchándolos, llegó á oír una voz que en ecos de melancolía infinita, semejantes á los del rumor de la ola que con blanda queja muere en las playas abandonadas y solitarias, cantaba así:

Mírame y dí que me muera,
que para verme en tus ojos
del sepulcro me saldré,
aunque me metan muy hondo.

Suspenso, con devota atención á la sublime letra, no bien acabó de sentir las últimas palabras, exclamó nuestro héroe:

— ¡Oh, sí: el amor vence á la muerte!

HILARIO SANCHEZ CASTILLO.

Buenos Aires, Marzo 1899.



¡A LAS VIÑAS!

¡Corramos á las viñas, que ya entona la vendimia su cántico sonoro!
¡Baco desciende al mundo, y se corona con racimos de oro!

Sepultemos angustias y dolores en el fondo del vaso cristalino.
¡Llegó el tiempo en que surgen los amores de la espuma del vino!

Como enjambre de abejas zumbadoras, ya suenan en las viñas y lagares las guitarras, las risas bullidoras, requiebros y cantares.

Ya rueda el mosto, en ola perfumada, con las notas de fiesta y alegría de la flauta lasciva y regalada que Anacreón tañía.

Besemos, bajo el pámpano brillante y las uvas con luces de topacio, el pie de plata y túnica radiante de la musa de Horacio.

Y en la carreta clásica, la cuna que meciera á Melpómene y Talía, recitemos al rayo de la luna, dramática poesía.

En deliciosa viña floreciente, plantada por mi padre bendecido, mi infancia—pajarillo refulgente—tuvo risueño nido.

Desde entonces, mis ojos de poeta ven en las viñas nobles corazones, labios de mieles, rostros sin careta y dichas sin traiciones.

¡Corramos á las viñas, que ya entona la vendimia su cántico sonoro!
¡Baco desciende al mundo, y se corona con racimos de oro!

MANUEL REINA.



MAREAS DEL AMOR

¡Qué traidoras las olas de Mar del Plata!

Aquella mañana Fermín, ó perezoso ó algo indispuerto, había permanecido en la cama mientras su joven esposa y su hija única, preciosa criatura de seis años, se fueron á la playa para tomar el baño acostumbrado.

Había oído la cariñosa voz de Eloisa, animándole á levantarse; había sentido las suaves manecitas de la niña rozándole el bigote; las besó medio en sueños y se dió vuelta con la fruición del haragán feliz, encargando que al salir dejaran bien cerrada la puerta.

El descanso no duró mucho. Al poco rato resonó en el patio del hotel una algarabía infernal, aglomeración de gente, gritos, gemidos... Algo extraño ocurría.

Fermín aplicó el oído: el estruendo venía escalera arriba, iba á pasar delante de su cuarto; pero, no! de repente, absoluto silencio; dos golpes temblorosos en la puerta y una voz robusta preguntando: — ¿Se puede?

— Adelante! replicó Fermín ya despierto é inquieto.

Entró Calafate, el popular bañero, en actitud vacilante, como quien no sabe claramente á lo que viene ó no se atreve á declararlo.

— ¿Qué hay? preguntó Fermín saltando del lecho y vistiéndose rápidamente.

Calafate, por toda respuesta bajaba los ojos y daba vueltas á la boina marinera que tenía en las manos; pero el mayordomo del hotel entró sin pedir permiso y rompió el silencio.

— Es preciso, dijo, que el señor vaya inmediatamente á la playa; parece que ha ocurrido algo grave á la señora.

Fermín no oyó más y se lanzó como un loco á través de las gentes que la curiosidad retenía en silencio en el pasillo.

Al bajar la escalera miró atrás. Sólo Calafate le seguía.

Entonces, sin dejar de correr, fatigoso, afigido, quiso enterarse, y el bañero, ya una vez roto el hielo, soltó todo el suceso con brutal sencillez, en su mal español mezclado de italiano.

— Per Cristo! che una disgracia immensa! La signora ai voluto bañarse sola con la niña, si a intrato troppo en il mare; una ola la sorpresi, per dió piedi, tuvo paura, gridó, fuorono tutti nel suo socorsi, ma come buona madre entregó la ragazza al primo que llegó nadando, le gridó de

salvarla e cuando llegaronno li altri fué impossibile di ritrovare la disgraciata signora.

Con los ojos saltándose del cráneo y el cabello erizado, Fermín iba recibiendo en el pecho aquella traidora puñalada.

La distancia era corta y la carrera ansiosa. ¡Ya estaba en la rambla!

Grupos de bañistas, todos con el mismo aspecto hipócrita y estúpido que da el espanto ante una catástrofe, mezclada con el egoísmo de verse en ella espectador; pero más profunda en las señoras, algunas llorosas y dos desmayadas que volvieron en sí por la curiosidad de ver al viudo. Tal era la escena.

Todos rodearon á Fermín, no faltando exclamaciones de pesar y homenajes de justicia á la víctima.

— ¡Pobrecita! ¡tan buena, tan modesta!

Aun no confesaban su hermosura, temiendo las mujeres que volviera por temible competencia.

Una señora, como delicado consuelo de alma femenina, puso la niña en brazos de su padre. Estaba desnudita, envuelta en su pequeño albornoz de baño; tiritaba de frío ó de espanto, y su rostro infantil reflejaba el terror y el aturdimiento. Al ver á su padre, se serenó, le echó los brazos al cuello y muy apretadita contra su pecho le preguntó con acento indefinible:

— ¿Y mamá? ¿dónde está mamá? Yo quiero que la traigan!

Fermín se volvió loco, rechazó á la niña; corrió á la orilla, registró la inmensidad con la misma mirada con que registra la tierra el águila hambrienta; pero, nada! ¡Sólo el ir y venir de las olas, el sonreír del cielo, la dulce tranquilidad de la naturaleza inalterable!

¡Toda esperanza estaba perdida!

Fermín se agitaba como un endemoniado; se golpeaba la frente, gemía sin oír las palabras de consuelo que para calmarle le dirigían.

Una señora anciana, muy devota, le hizo una observación en tono doctrinal:

— ¡Pero, señor! ¡hay que resignarse á los designios de Dios!

Y Fermín se enfureció como si le hubiera picado una vibora ponzoñosa.

— Si, ¡eh! ¡bueno estaba Dios! ¡Dios! — y blasfemó mostrando su puño cerrado al cielo, que no enturbió por eso su fuerza.

Pero la vieja gritó escandalizada, huyendo como del diablo:

— ¡Jesús! ¡qué horror! ¡Ese hombre es un impio!

Algunas damas le hicieron coro; pero una señorita joven y hermosa, protestó virilmente:

— Hay que tener corazón, dijo, para comprender la sublimidad de esa blasfemia y la profundidad de estos dolores. Dios le perdona de seguro, porque es un noble y santo amor el que le inspira.

Fermín reaccionó un momento ante aquella sentencia que llegaba á su oído con tan puro y armonioso acento, refrescando su cerebro y su alma como brisa del cielo. Miró á la joven con admiración y deleite y tendiéndole la mano:

— Gracias, señorita, la dijo conmovido; que ese Dios á quien tan bien comprende, á mí me perdona y á usted le dé un esposo que la ame tanto como yo he idolatrado á mi Eloisa.

Y miró al cielo, ya sin rencor, con mirada piadosa y humedecida por las lágrimas.

Buscó á su hija, la abrazó con furia, se arrojó con ella al borde de las olas y cayó inerte sobre la húmeda arena.

II

Este inmenso amor, sincero y bien sentido, cortado por catástrofe tan horrible, tuvo cinco años más tarde un epílogo muy humano.

Fermín, pasado ese tiempo, ha vuelto á Mar del Plata, feliz y casado de nuevo con su arrogante defensora de la playa, que sin duda quedó prendada de su manera de querer, desde aquel día.

Ignoro cómo hayan llegado al idilio; pero es de suponer que para mejor asegurarse el perdón de Dios, haya querido unirse al ángel por cuyos labios le fué ofrecido.

Eloisita, que ha crecido mucho, está en un magnífico colegio, no porque estorbase á los enamorados, sino para su más sólida instrucción.

Y la pobre Eloisa que no volvió á salir del fondo de los mares, ha servido con su desgraciado ejemplo, para que Fermín se bañe ahora muy agarradito de su nueva compañera.

¡Hace bien! que son muy traidoras las olas de Mar del Plata, aunque quizás no tanto como las olas de la sangre humana.

J. LÓPEZ DE GOMARA.



ANGLO-SAJONES Y LATINOS

Con motivo de dos recientes libros en que se trata de explicar la superioridad de los anglosajones en todo aquello que toca á la iniciativa individual; francés uno de ellos, el de E. Demolins, *A quoi tient la supériorité des anglo saxons*, italiano el otro, *L'Europa giovane (Studi e viaggi nei paesi del Nord)*, del profesor Guillermo Fe-

rrero, la *Revista de Edimburgo* ha publicado un artículo, digno ciertamente de atención, siquiera abundan en él las muestras de parcialidad a favor de su raza.

Más que dos razas—dice el artículo—son dos formas inconciliables de ideal las que se disputan el dominio entre los pueblos civilizados de Occidente. Entre las razas no hay verdadera lucha, puesto que la Europa latina, es decir, Francia, España é Italia, no sale de sus límites naturales. Italia ha tenido que abandonar casi su única posesión lejana; España acaba de perder sus principales colonias, y Francia, aunque por su mezcla con gentes del Norte, ofrece mayor vitalidad, no muestra capacidad alguna para desbordarse de sus fronteras, á pesar de toda la actividad que pone en multiplicar sus adquisiciones coloniales.

En cambio, según el articulista, los pueblos de lengua teutónica dominan ya en Europa, y fuera de ella se extienden por todo el mundo habitado.

La lucha es lucha de ideales entre aquel tipo social en que el Estado existe en interés del individuo en vez de vivir el individuo para la utilidad del Estado, que es el tipo anglosajón, y el tipo latino, reproducción del antiguo Estado romano, gobernado por una burocracia enérgicamente centralizada que tiende al cesarismo. En esta oposición de tipos sociales, se da el caso de que el ideal de la raza latina subsista en la teutónica, puesto que el emperador de Alemania es la representación más alta del militarismo.

Pero aun suponiendo la superior vitalidad de las razas germánica y anglosajona, ¿podrían resistir sin riesgo á los belicosos pueblos latinos?—se pregunta la *Edinburgh Review*,—y para hallar la contestación analiza los citados libros de Demolins y Ferrero.

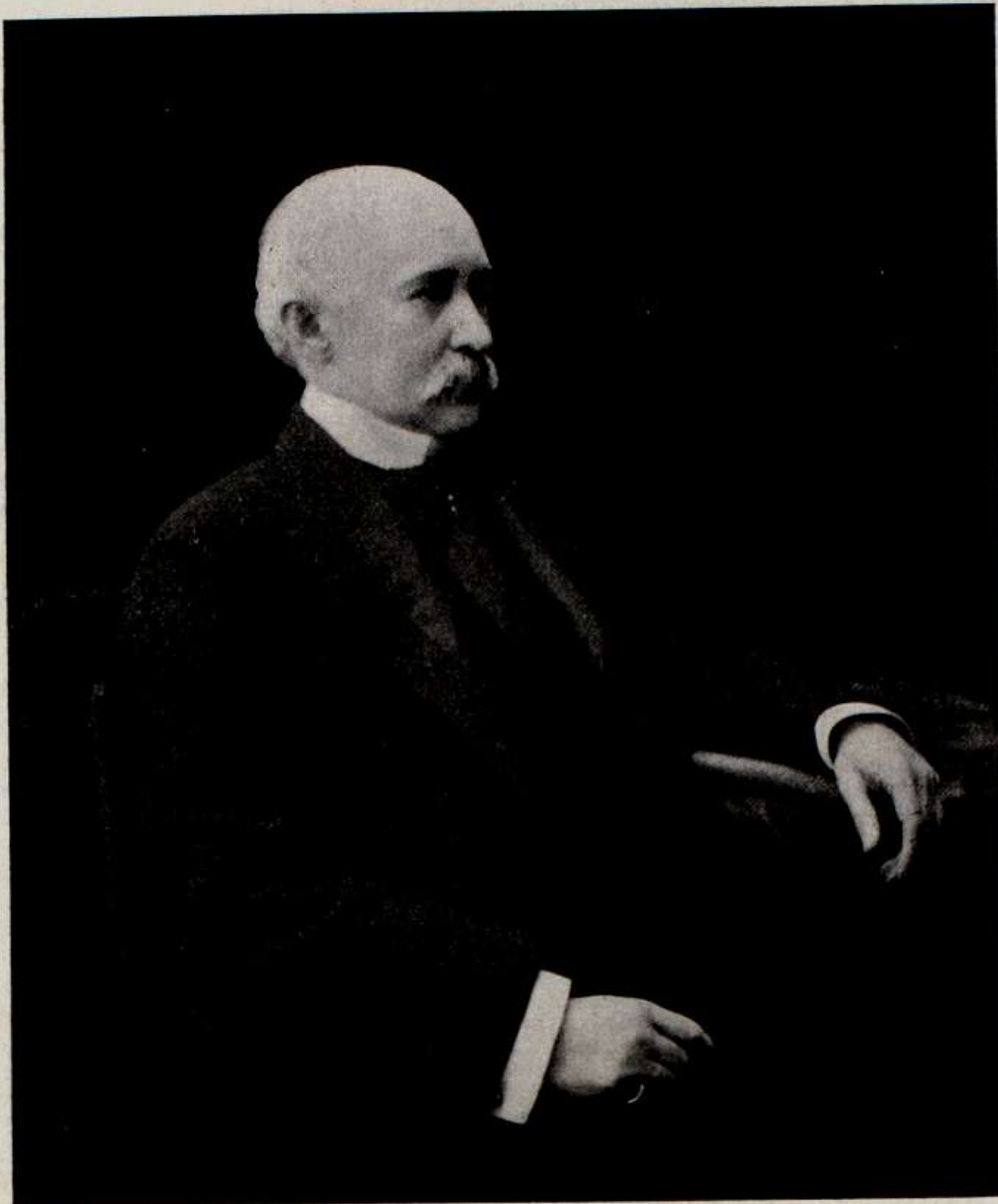
Tanto uno como otro, creen en la superioridad de los anglosajones y germanos. Ferrero la atribuye á una causa fisiológica: en el latino, la influencia sexual se desarrolla antes y es más viva que en el germano, y esa influencia debilita la energía del trabajador y perturba su atención.

«El hombre del Norte—dice Ferrero—no es más inteligente que el del Mediodía; pero como es más frígido, trabaja con más seriedad y más paciencia.»

Demolins se fija en una causa moral; los triunfos de los anglosajones se deben á su espíritu emprendedor, á la independencia de su carácter, á su poderosa iniciativa, cualidades que el estado social de estos pueblos contribuye á fomentar.

El régimen social que es natural á los latinos y puede considerarse como la verdadera creación original de esa raza, tan viva, tan sensual y tan ávida de goces, es el cesarismo. Es un tipo social que se apoya sobre la agricultura y el militarismo. Tiene por principio el explotar resueltamente á los cultivadores del suelo, abrumándoles de impuestos que el Estado exige para sostener un brillante Estado Mayor de parásitos, agrupados en torno de la autoridad central; un ejército que se emplea en guerras innecesarias ó en conquistas de inútiles colonias; una nube de funcionarios á quienes se paga por no hacer nada, un enjambre de financieros que saquean las cajas del Estado y se sirven del gobierno como de un gigantesco instrumento para robar el dinero público, y por último, otro enjambre de escritores, sabios y artistas á quienes da de comer el presupuesto. El cesarismo es un régimen que reposa sobre cuatro columnas: un alarde pomposo de patriotismo y de gloria militar; una organización gigantesca de mendicidad bajo el patronato del Estado, que va desde las sopas económicas para los pobres hasta la ejecución de obras públicas sin necesidad alguna; una burocracia caprichosa y despótica, que embrutece al pueblo, y principalmente á las clases trabaja-

NUESTROS DIPLOMÁTICOS



D. FLORENCIO DOMÍNGUEZ
MINISTRO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA EN LONDRES

doras, y por último, una monstruosa corrupción política.

El imperio romano fué la obra maestra de este género, el tipo de un Gobierno ideal de bandidos y Mecenas, de bribones y limosneros. Cesaristas son también los Gobiernos de los pueblos latinos de hoy en una ú otra forma; y cesarista es Alemania; pero, según Ferrero, con la gran diferencia que supone el tener una administración incorruptible en vez de una burocracia corrompida como la de los pueblos latinos. Ferrero, fijándose en las excelentes condiciones de los inmigrantes alemanes que tienen mejor que otros, algunos la facultad de adaptación, cree que los alemanes serán los hombres del porvenir, los cimientos de la sociedad futura.

Demolins tiene muy distinta idea de los alemanes. Acaso en sus juicios influye poderosamente el odio del francés al prusiano. Según él, la única superioridad industrial del alemán consiste en fabricar á vil precio objetos de pacotilla. Además, el militarismo va agotando lentamente las energías é iniciativas individuales en aquel imperio.

«El verdadero adversario—dice Demolins—no está aliende el Rhin; está aliende el canal de la Mancha y allende el Atlántico, dondequiera que hay un *settler* ó un *squater* anglosajón.

La diferente manera de ser de unos y otros pueblos se refleja en la educación. En los colegios de Inglaterra no se enseña gran cosa, pero sí se aprende á conducirse en la vida. En los de Francia y Alemania se recarga la memoria y la inteligencia de los alumnos, pero no se les incul-

ca, como á los muchachos ingleses, la idea de que tendrán que bastarse á sí mismos.

En Inglaterra un padre cree haber hecho bastante por su hijo cuando le ha educado y le ha hecho hombre en las mismas condiciones en que se le educó á él. Los padres franceses procuran atesorar para que sus hijos, al venir al mundo, se encuentren ya con el cubierto puesto en el banquete de la vida y no tengan que tomarse trabajo alguno. Esto hace que siendo prolífica la raza francesa se restrinja mucho la natalidad. Tener hijos resulta muy caro.

Otro rasgo del carácter francés, es huir del riesgo y de la responsabilidad. Francia es el país donde más se economiza; pero no se quiere aventurar el dinero; el ideal del francés es colocar su fortuna á renta segura, que se cobre con la puntualidad de un mecanismo de relojería. Es un país de rentistas, y esto hace perder una suma incalculable de energías.

Los prejuicios de clase son mucho menores en las sociedades anglosajonas. En Francia, la gente de levita se cree deshonrada si sus hijos se ven obligados á vivir del trabajo manual ó de un comercio cualquiera. En cambio, en Inglaterra, el hijo de un par ó de un conde, puede ser, sin desdoro, mecánico, ó abrir una tienda de té ó un almacén de modas. Si le falta capital ó inteligencia para trabajos delicados, emigra á Texas para establecer un *ranch*, y si pierde el dinero con que contaba, no sorprende á nadie verle de conductor de tranvías en Nueva York ó de lampista en San Francisco.

En Francia el Estado es gran patrono, la gran personalidad abstracta hacia la cual se vuelven todos los franceses para obtener empleos y favores. En Inglaterra, el Estado es el servidor del individuo; en Francia, el individuo es el cliente del Estado.

Los ingleses piden al Estado que les asegure el libre desarrollo de su actividad contra toda ingerencia; los franceses le piden que les designe un campo de acción para ejercer su actividad y les retribuya su trabajo. Es esta última una concepción que tiene su genealogía histórica Luis XIV, y después Napoleón I, impusieron á la nación de este ideal de organización social.

La diferente composición de la Cámara popular en ambos países refleja esas diferencias de la organización social de uno y otro.

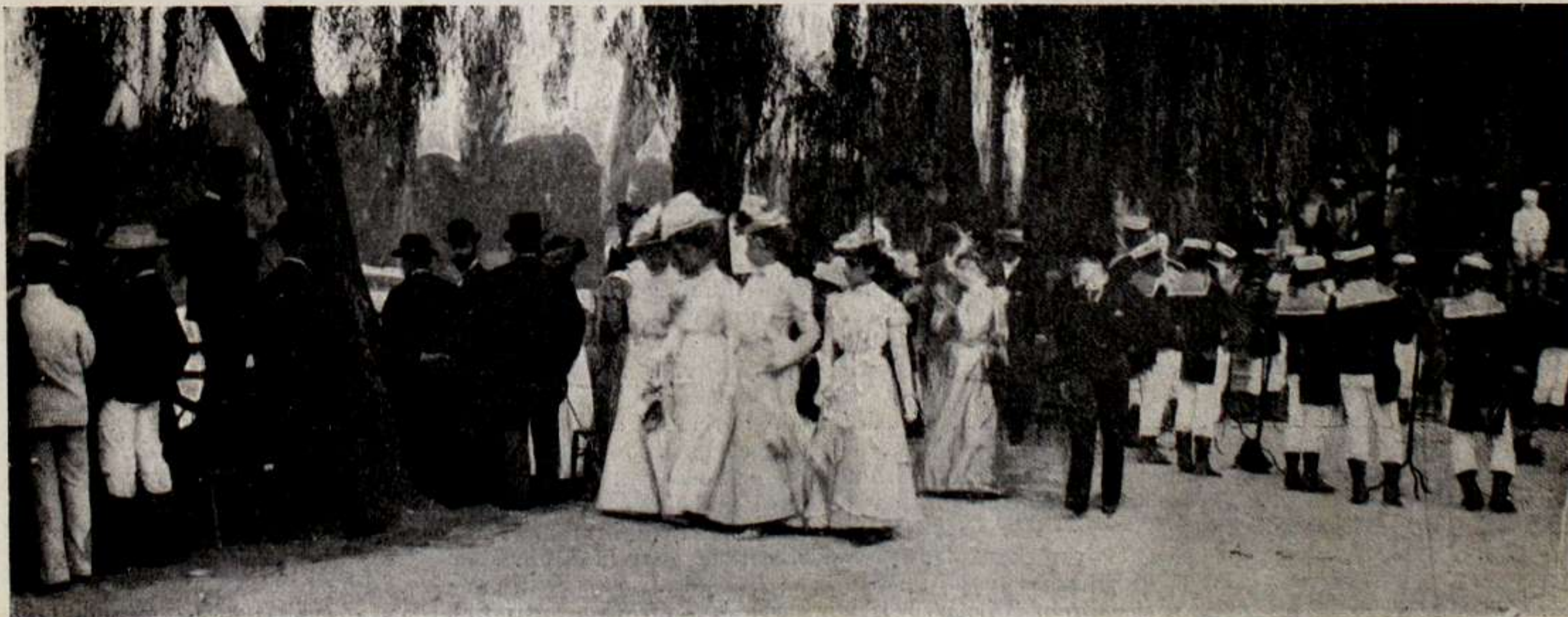
La Cámara de Diputados francesa contaba en 1896 270 diputados procedentes de las profesiones liberales; 95 ex funcionarios públicos; 22 comerciantes; 41 industriales; 72 agricultores; seis del ejército; dos del clero, y 43 sin profesión.

En la misma fecha, la Cámara de los Comunes comprendía cien comerciantes, 131 industriales, 132 agricultores, 107 de profesiones liberales, 66 del ejército y 43 ex empleados.

Merece notarse la cifra importante de agricultores y comerciantes que se registra en la Cámara de los Comunes. La agricultura y el comercio son las profesiones más estables. Propietarios y mercaderes son los que tienen más que temer de las revoluciones sociales, y por lo mismo deberían formar la base de la representación parlamentaria. En cambio, por efecto de las costumbres políticas del pueblo francés, los *cerebrales* dominan en su Cámara, donde el orador de oficio es dueño del terreno.

La consecuencia que sacan Demolins y Ferrero es que el anglosajón se acomoda con gusto á la lucha por la existencia, y el latino trata de esquivarla y pretende que el Estado se convierta en una providencia que le saque de apuros.

Si para los individuos puede ser favorable el rehuir el riesgo, para los pueblos y las razas no sucede lo mismo. No hay competencia posible entre un pueblo donde la iniciativa particular está muy desarrollada y otro que carece de ella. Ferrero augura que llegará día en que las sociedades latinas no serán más que islotes de placer perdidos en el océano de los pueblos



REPÚBLICA ARGENTINA — EN LAS REGATAS DEL TIGRE A BENEFICIO DEL ASILO NAVAL

trabajadores germánicos y anglosajones.

La *Edinburgh Review* hace notar, por su parte, que tres veces se ha formado Francia un imperio colonial. El primero de estos imperios, debido á Francisco I y á Enrique IV, llegó á su apogeo cuando Madagascar era la llave de la gran Francia Oriental. Este imperio lo destruyó la ávida política de Luis XIV, en la cual se cumplió el adagio «quien mucho abarca poco aprieta».

Sin embargo, la obra de Colbert, quebrantada por la guerra de sucesión de España, pudo restaurarse. En América, las colonias inglesas no eran más que establecimientos aislados á orillas del Atlántico, mientras que el Canadá al norte y la Nueva Francia al sur, unidas por una línea de puestos militares, siguiendo el curso del Ohio y del Mississippi, envolvían las posesiones inglesas. Pero cuando llegó la lucha, se vió que en las reducidas colonias británicas había diez blancos por cada francés perdido en sus inmensos territorios. Hoy la situación recíproca de ambos países en el oeste africano es muy parecida, y el resultado de una lucha sería probablemente el mismo.

En Oriente, el imperio de Dupleix fué una burbuja de jabón que estalló apenas formada. En 1814 llegó Francia al nadir de su poderío colonial. Pero después ha ido formándose el tercer imperio. La restauración aportó Argel, Luis Felipe completó la conquista de la Argelia y agregó diversas posesiones en la Oceanía. Luego han venido el enorme engrandecimiento del oeste africano y la conquista de la Indo China.

Mas estas empresas sólo han sido una obra de expansión militar, y el pueblo no ha tomado en ellas más que una parte nimia.

La conclusión, evidentemente apasionada, que saca la *Revista de Edimburgo* de los rasgos del carácter francés contemporáneo es que Francia se expone á arruinarse por exceso de economía y de prudencia. «Vivir mezquinamente, porque es más fácil economizar que ganar dinero, no tener hijos por miedo de que se mueran de hambre, es —dice— la filosofía rastrera de los franceses. En Francia el individuo retrasa á su país en la carrera hacia lo porvenir; en Inglaterra el individuo es quien gana las batallas en beneficio de la comunidad.»

Hay, sin duda, exageración en estos juicios, debidos en gran parte á dos escritores de raza latina como lo son Ferrero y Demolins; mas no puede negarse que contienen también, las opiniones antes extractadas, una gran parte de verdad.



EN MONTEVIDEO

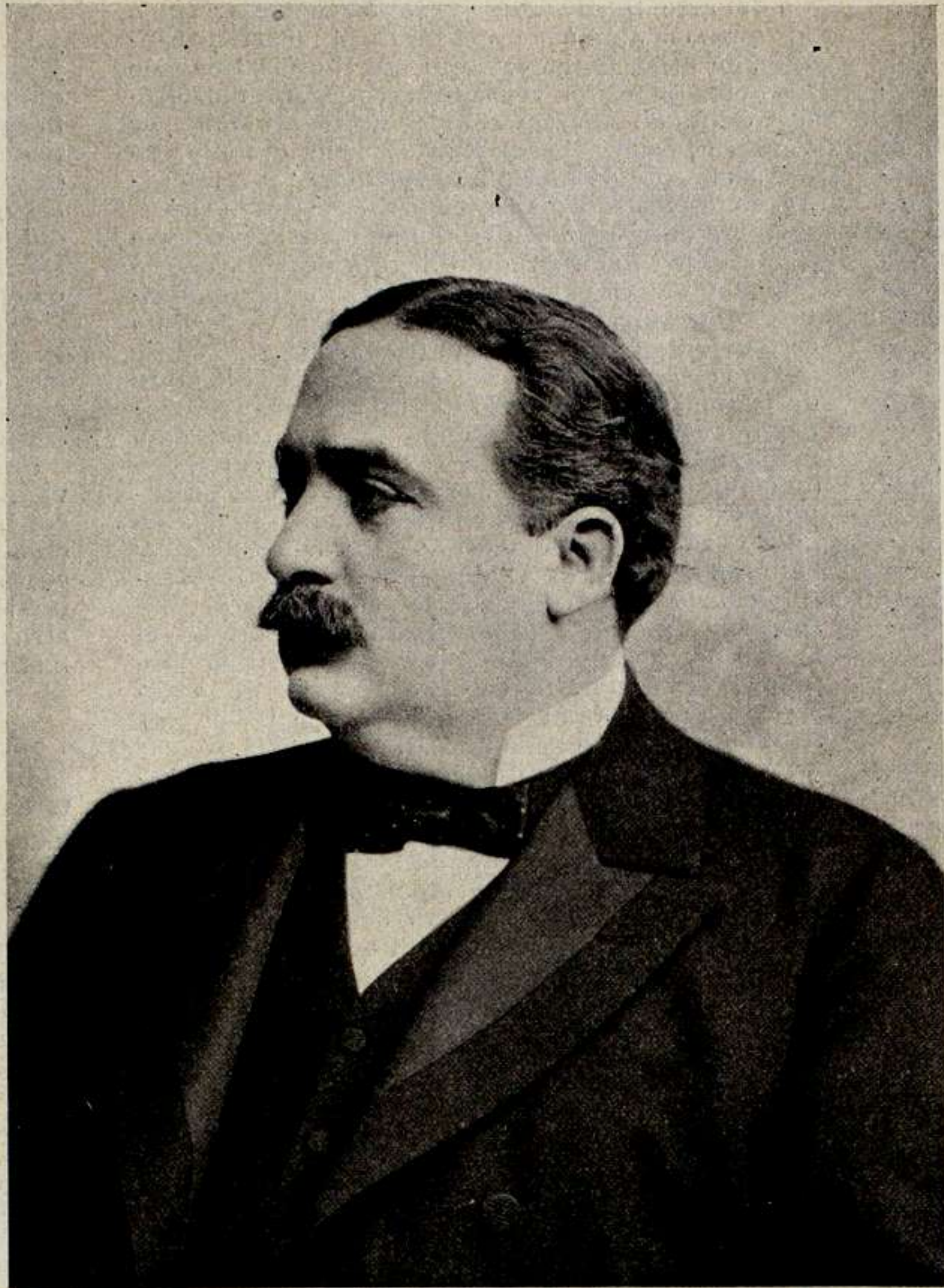
LORENZO PEROSI

La Resurrección de Lázaro.—En Solís.—En el Club Católico.

La lectura al piano de la partitura y la asistencia á un ensayo general, he aquí los elementos de que puedo disponer para estos *apuntes críticos*.

No aduciré como excusa de la pobreza del trabajo, mi muy limitada competencia y el escaso ejercicio en el manejo de la pluma, pues la benevolencia de alguno daría en achacarlo á modestia. Diré, eso sí, que obra en mí un intenso amor por el arte que ha ceñido de inmortales laureles las sienes de ese nuevo genio que hoy conmueve el mundo. Y, en verdad, un joven que á los veintiséis años suscita con su inspiración, entusiasmos de los cuales se había perdido la memoria en los últimos lustros; que subyuga y fascina un auditorio, extraña mezcla de elementos reñidos entre sí por su educación, por su cultura y por su mismo gusto artístico, lo conmueve y

CUERPO DIPLOMÁTICO EXTRANJERO



MR. WILLIAM BUCHANAN
MINISTRO DE NORTE AMÉRICA EN LA REPÚBLICA ARGENTINA
(Fotografía de Chute y Broocks)

agita hasta las últimas fibras del alma, y con un poder sugestivo irresistible lo arrastra consigo á los efectos más intensos del llanto y de noble exaltación, de ansia febril y de deliciosa fruición, es un *verdadero genio*: hubo quien lo apellidara un fenómeno.

Yo sé que se abusa mucho de la palabra *genio*; por eso es que he dicho un *verdadero genio*, pues Perosi tiene del genio el poder creador, que produce obras inmortales; tiene el poder asimilador, por el cual aun la falta de originalidad de que á veces se le acusa, demuestra lo versátil de su talento, que imprime á elementos extraños un carácter, un sello tan marcado de su propia personalidad, que impide clasificarlo en cualquiera de las escuelas existentes: la música de Perosi es pura y sencillamente *perosiana*, y nada más.

El medio en que ha vivido es eminentemente artístico; su patria es un museo de bellas artes, y su familia es familia de músicos; el Conservatorio de Milán, la escuela de música sagrada de Ratisbona, las cúpulas doradas de San Marcos, que le inspiran sus admirables improvisaciones en el rey de los instrumentos, el órgano; los archivos de la Capilla Marciana y Sixtina, con sus tesoros artísticos, preciosos monumentos de la edad de oro, han influido é influyen tan poderosamente en el espíritu de Perosi como la atmósfera en el organismo vital. Pero, si no se puede clasificar á Perosi

en ninguna de las escuelas presentes ni pasadas, no se da lo mismo con su música, la cual es perfectamente clasificable. No se crea, sin embargo, que ella pertenece á uno de esos dos géneros en los cuales generalmente se dividen las producciones musicales: *sagrado y profano*.

He oído á muchos decir: ¿Por qué no ejecutarán el Oratorio de Perosi en alguna de nuestras iglesias, en nuestra espaciosa Metropolitana, por ejemplo? Confieso que la única ventaja que encontraría en esto sería la del espacio; ventaja, por otra parte, abundantemente compensada por el peligro de alguna posible irreverencia en el lugar sagrado. Los oratorios no se deben ejecutar en la iglesia, por la sencilla razón de que su estilo no es el de la música sagrada, como lo requiere el templo. Y no se me diga que el texto es el mismo Evangelio, porque contestaré que la naturaleza de éste y la forma musical son dos cosas muy distintas. El que quiera de esto una prueba positiva, que se tome el trabajo de hojear los hermosos ejemplares de las misas de Perosi, que ostenta el escaparate de Mousqués, y se convencerá de lo que estoy afirmando. Allí Perosi ha escrito música sagrada propiamente dicha, música de *iglesia*. Cótéjese ésta con la de los Oratorios: la consecuencia lógica se impone.

Pero no pude menos de reirme en mis adentros cuando un amigo me dijo: ¿Con que asistiremos á una verdadera ópera; pues tengo entendido que *La Resurrección de Lázaro* reúne todos los caracteres de la ópera moderna?—Y aquí el amigo me citaba, en apoyo de su opinión, á varios maestros modernos y particularmente á Wagner. ¿No ha escrito éste último páginas cuya naturaleza y cuyo carácter no se diferencian de las de Perosi sino en ese *quid* peculiar á cada talento?

Tenia razón, y mucha razón, mi buen amigo, en lo que se refiere á este hecho; pero es el caso que el hecho no prueba la tesis, pues yo no encuentro, por más que los busque, en los oratorios en cuestión, los caracteres propios de la ópera, aunque sea la ópera moderna. El que quiera profundizar este punto, lea lo que á este respecto escribe Wagner en su obra *Opera y Drama*. No puedo precisar la cita, porque no tengo la obra á mano.

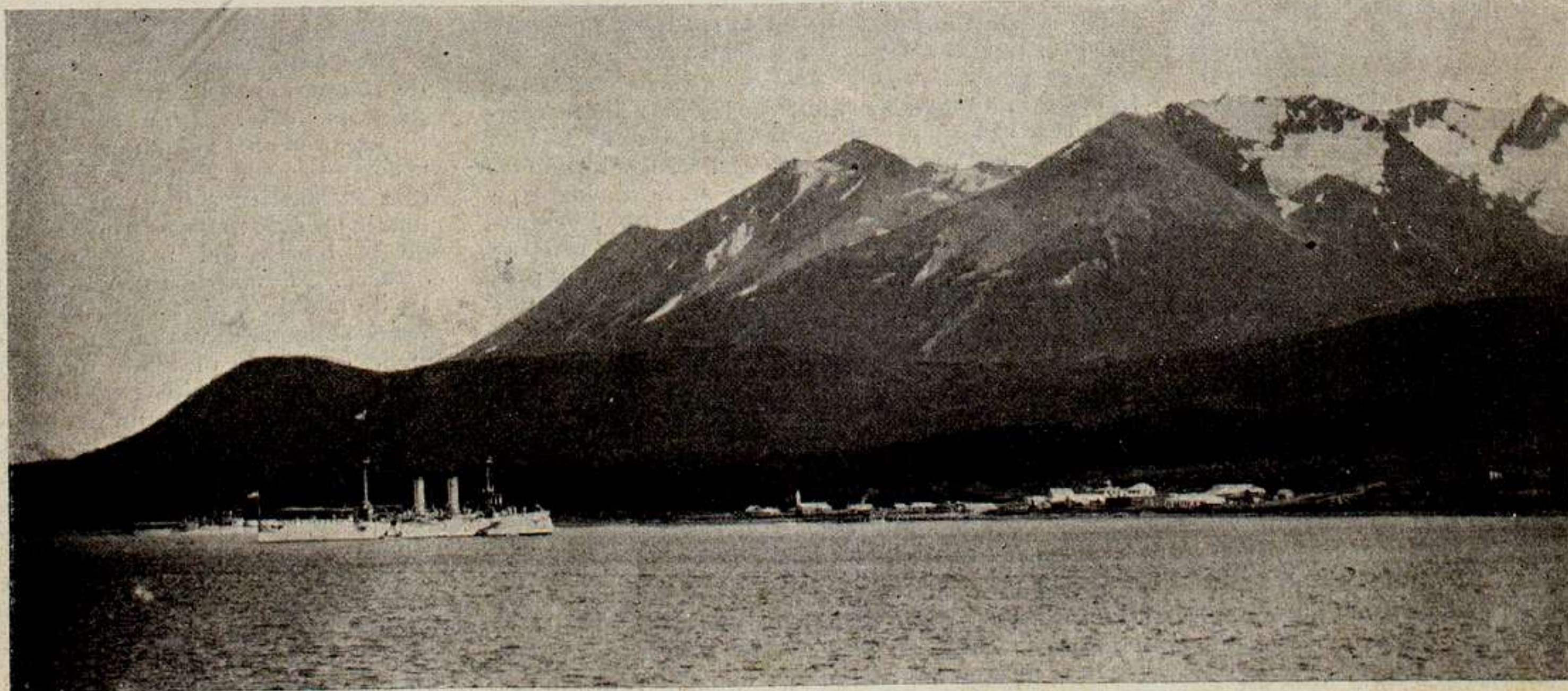
¿Cómo clasificaremos, pues, la música de los Oratorios de Perosi? Por de pronto sabemos que no es ni sagrada ni profana, que son los dos extremos de la clasificación. Pertenece, por consiguiente, á un género intermedio que, por falta de denominación más exacta, se ha llamado *género religioso*. A este género pertenecen muchas obras de grandes maestros.

Los *Stabat Mater*, de Pergolesi y de Rossini (el de éste último tiene más de una página que más bien debería llamarse profana); la *Misa de Requiem* y los *Quattro pezzi sacri*, de Verdi, para no citar á infinitas otras obras por el estilo, no son música *sagrado-litúrgica*, porque riñen con los cánones de la Iglesia, á cuya disciplina debe sujetarse todo lo que tiene relación con el culto. Por otra parte, no podríamos apellidarla música profana: he ahí, pues, el *género religioso*.

Ahora bien: si los oratorios no deben oírse en el templo, menos propio será aún el teatro como lugar de ejecución. El mismo Perosi ha declarado que su ideal sería un salón *ad hoc*, y me consta que en breve verá la realización de su deseo en Milán, en donde se va á adaptar á este fin una antigua iglesia, que ya dejó de ser dedicada al culto divino.

La ejecución de *La Resurrección de Lázaro* en el salón del Club Católico es, pues, bajo este respecto, más lógica que la efectuada en Solís.

Verdad es que ni la una ni la otra alcanzarán al *desideratum* en esta clase de ejecuciones. Hace prodigios la bien disciplinada orquesta bajo la batuta del valiente y simpático maestro Polacco; los coros merecen un franco aplauso por la decidida buena voluntad que en medio de sus imperfecciones manifiestan de vencer las dificultades



REPÚBLICA ARGENTINA — TIERRA DEL FUEGO — EL CRUCERO «9 DE JULIO» EN USHUAIA

de un género al cual no están acostumbrados. Pero, sin haber asistido a las soberbias ejecuciones de *La Resurrección de Cristo* en Roma y en Milán, se piensa con envidia en los trescientos y cuatrocientos ejecutantes electrizados por la mirada fascinadora del autor.

Sin embargo, las bellezas de la obra se imponen, y no puedo dejar de apuntar aquí alguna de mis impresiones particulares.

En toda la obra se siente el hombre de fibra musical robusta; se siente en su música el verdadero, sincero talento, que halla, *sin buscarlos*, los efectos. El carácter bíblico de los personajes se refleja de una manera admirable en esas notas de una sobriedad casi austera, pero eficazmente ilustradas y ampliadas por la exuberante instrumentación que constituye, después de la inspiración, el mérito principal de la música perosiana. El historiador narra, Marta y Magdalena suplican, el Señor manda... y la orquesta, en su lenguaje místico, idealiza, espiritualiza, completa y comenta las palabras de texto, prepara los grandes efectos y convida a meditar.

Muy acertadamente se excluye de estas ejecuciones todo aparato y movimiento escénico. Se me ocurre que semejantes elementos, tan convenientes y hasta necesarios para la ópera, empobrece y empuerqueñecerían la grandiosidad de esos cuadros tan sublimes, que el alma ve y admira sin necesidad de las especies sensibles de la vista.

Haciendo caso omiso de las peregrinas bellezas de la primera parte, con su magnífico prelude impregnado de dulce melancolía, con esa página sencilla y de admirable potencia descriptiva de la enfermedad de Lázaro, con el coro *Quia vadit ad monumentum* y las tres estrofas del himno litúrgico, tan deliciosamente ligadas por las dos bien elaboradas variantes, llamaré la atención de los lectores sobre el monumental dúo de Cristo y de Marta. — «Yo soy la resurrección y la vida», dice Cristo; y Marta hace su profesión de fe en Cristo, Hijo de Dios vivo, sobre un trabajo orquestal que describe intensamente la agitación de Marta delante de la Majestad de Aquel que le acaba de prometer: «Resucitaré tu hermano».

Refiriéndonos días pasados un testigo ocular una escena asaz conmovedora. Ejecutábase el año pasado en Boloña *La Resurrección de Lázaro* y entre los concurrentes se encontraba el célebre (aunque tristemente célebre) poeta Josué Carducci. Seguía éste, con su libretto en la mano, las palabras del sagrado texto. Al llegar a este punto, ya no puede refrenar su conmoción el anciano, que fuera creyente y más tarde blasfemador; y mientras se entrega a todas las demostraciones del más ardiente entusiasmo, gruesas lágrimas caen de sus ojos.... Tal vez en su corazón repetía el acto de fe de Marta.

Llegado a este punto, se me dice que la ejecución en Solis encontró al público frío y apático.

No por eso rectificaré lo dicho hasta aquí, ni lo que iba a decir sobre la segunda parte del Oratorio, aún más viva y dramática que la primera. El llanto de Cristo, la súplica de María, el sublime *Lazare, veni foras*, momento solemne que produce escalofríos; el *Benedicamus Domino*, el final más imponente que yo conozca, y otras muchísimas bellezas, ya se impondrán a nuestro público, el cual hará completa justicia al autor, y tendremos una nota más de ese himno que de todas partes se levanta para ensalzar el nombre de Lorenzo Perosi.

El concurso del público montevideano a la gran audición de *La Resurrección de Lázaro*, en el Club Católico, ha sido escaso; pero los escogidos elementos que constituían el selecto auditorio, han confirmado lo que antes decía: que las bellezas de la obra se impondrán a nuestro público, el cual haría completa justicia al autor....

Y completa ella fué, pese a quien pese. No sé si habrá influido (yo creo que sí) el local más adecuado para esa clase de audiciones. El ser esa la segunda ejecución pública para los artistas, la mayor fusión de las voces con la orquesta en el prodigioso final; lo que sé es que el público resultó todo menos apático. El entusiasmo gradualmente iba en aumento en la primera parte a medida que la acción se desarrollaba y los nutridos aplausos no se podían de ninguna manera confundir con *bostezos*. Fueron sobre todo apreciados y aplaudidos el dúo de Marta con Cristo y las estrofas del final, de una sencillez y pureza encantadora.

Pero en la segunda parte, de suyo más viva y dramática, el interés y el entusiasmo del auditorio, corrían parejas con el fuego que el ilustre maestro Polacco había sabido infundir en la ejecución; casi no hay número que no haya sido calurosamente aplaudido. El célebre «Lazare, veni foras», con la hermosísima página que lo precede, fué repetido, como también el «Benedicamus Domino» final, llamado sin duda a formar época en la historia de los finales.

El suceso, pues, fué espléndido, faltando solamente para ser también completo, que no hubiese predominado en algunos la afición a los Pocitos ó a los Judas. Pero en su mismo pecado ya tuvieron la pena.

La Resurrección de Lázaro es el tercero de los doce Oratorios que Perosi tiene proyectados con el fin de presentar a Jesucristo bajo todos los aspectos evangélicos, haciendo conocer, con el auxilio del arte, la adorable figura del Redentor aún a los que más alejados viven de El. Y séame permitido, de paso, observar aquí que Perosi tiene de las bellas artes el verdadero concepto filosófico que es, no el arte por el arte, como alguien por ventura puede pensar, sino el arte cumpliendo con su misión en orden a lo verdadero y a lo bueno, condición indispensable y fuente de lo bello.

Actúa en esa música la fe de quien la compuso y aún el público incrédulo llega a percibir su eco imponente, con emociones quizás nunca experimentadas ante una música que, como ya dije, no se puede llamar estrictamente *sagrada*.

Tal vez sea esta la razón por la cual el hombre de fe sincera, el que se prepara para esas audiciones, no solamente estudiando la partitura, sino meditando profundamente el pasaje evangélico (como debió de hacerlo Perosi) y haciendo escrupulosamente la correspondiente composición de lugar, ese es quien comprende mejor las arcanas bellezas de la obra. Al que se resigna a oír *música absoluta*, podrá parecerle más de una página *incolore* ó *insipida*, como *insulso* le pareció el mismo texto evangélico a ese otro crítico que prefiere sin duda a la sublime sencillez de la narración de San Juan, la hueca palabrería de un tribuno adocenado; con su pan se lo coma.

Pero dejémoslos de digresiones y vamos al grano. Alguien me decía, al salir del Club Católico, que, a pesar de ser completamente lego en achaques de música y ser aquélla para él la primera audición, no le había parecido la música de Perosi tan jeroglífica como le habían dado a entender, sobre todo siguiendo con el libretto a la mano las palabras y las circunstancias de la acción. Y creo que esto debía ser la opinión de muchos, si no de todos.

En efecto, perfectamente comprensible es el prelude con su armoniosa entrada de los arcos, llena de dulce melancolía que resuelve en ese original murmullo de tresillos, alternándose sobre éstos el ingenioso suspiro del oboe y el gemido casi humano de los violoncellos.

El Historiador empieza su sencilla narración de la enfermedad de Lázaro, que la orquesta describe en seguida en una página impregnada de sollozos y de lágrimas. Se hace oír la voz de Cristo quien asegura que esta enfermedad es para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.

Son notables los dos trozos instrumentales siguientes: en el primero, a mi parecer, quiso el autor describir los sentimientos de alegría y ansia de Marta y María que esperan a Jesús, pero en vano, antes de la muerte de Lázaro. El segundo, más expresivo aún, es una verdadera conversación, y si se me permite decirlo así, una sucesión de visitas de pésame de los parientes que, según dice el texto que precede, habían ido a consolar a Marta y María.

Y a propósito de la eficacia imitativa de estos trozos orquestales, me interesa hacer una observación, la cual servirá para todos los casos análogos a éste. Yo no creo en el *poder absoluto* de la orquesta de determinar efectos imitativos de sentimientos humanos ó de fenómenos naturales, de tal manera que *necesariamente* se hayan de suscitar en el espíritu del oyente las mismas impresiones experimentadas por el autor.

Esta doctrina, considerada en absoluto, prescindiendo del elemento esencialmente determinativo, que es la palabra, ó el gesto, sin otra forma positiva de representación, me parece que puede llevar a equívocos muy curiosos. Que para el autor aquella forma representativa haya sido la traducción más fiel de su sentimiento, enhorabuena; pero que haya de acontecer lo mismo en el que oye, no lo veo tan fácil, porque hay que tener en cuenta varias causas ó circunstancias que pueden producir modificaciones: entre otras, la interpretación que se le dé por el artista, y, sobre todo, la imaginación que en este caso puede ser como un vidrio colorado que todo lo hace ver del mismo color.

Un músico, por ejemplo, se propone describir un bosque: excita su inspiración, produce su trabajo y se da por satisfecho. Nada le falta al bosque: ni la brisa que mece las ramas de los árboles frondosos, ni lo apacible del verde césped, ni el gorjeo de las aves. Pero, hete ahí que, no sé por qué circunstancia particular, al oyente se le ocurre que aquello podría ser la descripción del mar y juraría que siente el murmurar de las olas que se encrespan, se persiguen y van a morir en la playa... ¿y qué quedamos? ¿es mar ó es bosque? El lector comprenderá fácilmente la razón de este fenómeno, particularmente cuando se trata de efectos que tienen alguna analogía entre sí.

Por eso es que difícilmente se escribe y se ejecuta música descriptiva sin cuidar que de alguna manera se conozca la intención del autor. Las sinfonías de Beethoven, por ejemplo, de ese colosal genio de la imitación, a cuántos equívocos han dado lugar! Hay hasta *sinfonías-programas* en las cuales el autor mismo se encarga de anunciar a los oyentes los efectos que pretende expresar en su música. Y ¿no se han escrito sendos opúsculos sobre las óperas de Wagner, analizándolas página por página, frase por frase, particularmente en la parte instrumental? Y ¿no es cierto que

cuando uno ha leído esa revelación previa de los efectos, los encuentra y los aprecia con más facilidad en la obra? Hasta parece esto una verdad de Pero Grullo....

Pero el *busilis* está en que, aún con explicación y todo, la descripción musical no sale siempre fiel y acabada: es cuestión de más ó de menos. A esto quería llegar yo. No pretendo que Perosi, sin que nosotros conozcamos de antemano ó contemporáneamente lo que va a describir, puede *siempre* (algunas veces sí) despertar en nosotros los afectos que él quiere describir; pero con la indicación del texto (basta pocas palabras) encarrila nuestra imaginación y casi siempre la avasalla por completo. Y basta de esto.

Sigue el dúo de Marta con Jesús, del cual ya he hablado y que contiene el que podríamos llamar *el tema de la fe* (*credis hoc?*) que vemos reaparecer acá y acullá y constituye como el *leitmotiv* de la obra.

Sencillo y sumamente expresivo el coro «Quia vadit ad monumentum ut ploret ibi» y cuando concluyen las voces, continúa la orquesta gimien-do hasta la resolución en *do mayor* que sirve de entrada a las tres estrofas alternadas con los dos interludios que arrancaron tan justos aplausos la otra noche. Y aquí termina casi desapercibidamente la primera parte.

Se ha dicho que la segunda parte tiene más interés que la primera. Así había de ser, pues en ella se efectúa el milagro que naturalmente es el punto culminante del Oratorio.

No hablaré del bellissimo prelude, ni de la página llena de verdad que describe el estremecimiento de Cristo, *infremuit spiritu et turbavit seipsum*, después de las palabras de María, ni de la célebre frase *et lacrymatus est Jesus*, precedida de los gemidos de los violines con sordina. Son efectos que ya habían impresionado hasta a los más rebeldes en Solis. El llanto de Jesús es precedido por una frase hermosísima que recuerda otra análoga de «La Pasión», como también los sollozos de los arcos llevan un sello muy marcado del final del primer Oratorio.

La orden de Cristo, *Tollite lapidem*, las palabras de Marta, *Domine, jam factet*, tienen un poder sugestivo notable. Antes que Cristo obre el milagro, la orquesta hace oír el *tema de la fe* de la primera parte, muy acertadamente introducido aquí, como para recordar que la fe es necesaria para alcanzar el prodigio.

Cristo da gracias a su Eterno Padre y después de unos minutos de meditación, uno de los pasajes instrumentales más felices, el Historiador anuncia que Cristo va a pronunciar las palabras de milagro. Las trompas inician otra vez el *tema de la fe*, que a los tres compases se confunde con un imponente *crescendo* hasta un acorde fortísimo y ahí calla... En medio de un silencio sepulcral surge la voz de Cristo: *Lazare, veni foras!*

Pero el milagro aun no se ha obrado: al menos el pueblo aun no se ha dado cuenta. No se puede describir la impresión de la página en que esto se efectúa. Primero un murmullo, una confusión de sonidos, el *crescendo* se acentúa rápidamente, las trompetas hunden la masa imponente de la orquesta con sus penetrantes sonidos de triunfo, y todo se resuelve en un fortísimo de una sonoridad extraordinaria, el himno de victoria sobre la muerte, que ha perdido su presa.

El Oratorio se dirige rápidamente a su fin y después de las dos estrofas de tema litúrgico con sus respectivos interludios, la orquesta inicia el gran final fugado. Los tenores y bajos invitan a las criaturas a bendecir al Señor, y la inagotable inspiración de Perosi echa mano de todos sus recursos para presentarnos a todos los seres de la creación que acuden al llamamiento y vienen a juntarse en el imponentísimo *Benedicamus Domino*, que repite el coro al unísono, produciéndose un efecto irresistible de sonoridad en las voces que cantan las severas notas del coral gregoriano, y la orquesta que las acompaña con progresiones sencillas é imponentes.

Pero calla el coro; un *pianísimo* de la orquesta de 12 compases hace oír, como un eco, el tema principal de la fuga y unos pequeños acordes dialogados entre clarines, oboes y flautas, van decreciendo poco a poco. En el último compás en que la partitura trae la indicación de *vouta* (silencio) todos, artistas y público, esperan ansiosos de la batuta del maestro la señal del último *attacco*. El *Benedicamus* llena otra vez los ámbitos de la sala y al terminar la palabra *Domino* a voces solas, se levanta por última vez atronador en la orquesta el *tema de la fe*, que sucesivamente pasa de los instrumentos agudos a los graves, concluyendo en una cadencia plagal cruzada por un arpeggio ascendente de las trompetas que elevan al cielo su última nota de triunfo.

Esto es algo de lo mucho que se podría decir acerca de la monumental «Resurrección de Lázaro». He abusado de la paciencia de los lectores y pido perdón por ello a los pocos que hayan tenido la insigne constancia de llegar hasta aquí. Por esta razón no puedo tributar las merecidas

alabanzas al valiente maestro concertador y á todos los artistas que se han mostrado verdaderamente tales, pues no solamente ejecutan, sino que interpretan á la perfección. El público no les ha escatimado los aplausos, por lo tanto huelgan mis elogios.

Que los podamos oír y aplaudir muchas veces más y bien pronto: este es el deseo de todos.

P. ROTA.

Villa Colón, Marzo de 1899.



VIEJAS PAGINAS

LA MAGDALENA

(Fragmento)

X

TENTACIÓN

Ella leyó aquel libro desolado
Donde el alma afligida
Del poeta inspirado,
Lloraba las tristezas de la vida.
Ella siguió con íntima congoja
Aquel calvario del dolor tremendo,
Le siguió hasta la cruz, y fué vertiendo
Una gota de llanto en cada hoja.

Allí aprendió su espíritu inocente
Todo el dolor que en la existencia prueba
La miserable juventud que lleva
La sombra del pesar sobre la frente.
Ella leyó aquel libro que agitaba
Su corazón que al escuchar gemía:
En el pesar ajeno penetraba
Y su amargura sin querer partía.
«¿Qué triste es!»—exclamaba—
Y otra vez sollozando releía!

Así su alma inquieta
Vagando en el dolor y el idealismo
Templó sus fibras al acorde mismo
Del alma del poeta.
¡Ah! su mirada bella
No alumbró más su labio sonriente;
No buscó ya en la franja del Oriente
La más hermosa estrella
Que iluminaba el cielo,
Cuando su vida, de esperanza llena,
No escuchaba la voz del desconsuelo
Con que canta su duelo
El galeote amarrado á su cadena!
Su sueño era agitado
Por extrañas y lúgubres visiones
Que turbaban su calma;
Y un eco doloroso y desolado
Que arrullaba su alma
Con cantos de perdidas ilusiones.
Su espíritu caía,
A su pesar, en fúnebre quimera,
Sin que la luz de su razón supiera
Por qué aquella ansiedad le obscurecía.
Así á su corazón entró el veneno
Que la sed inocente
Bebe en esta corriente:
¡La onda amarga del dolor ajeno!

Su alma soñadora
Buscó la soledad y el aislamiento,
El silencio profundo,
El rayar de la aurora,
El tachonado azul del firmamento,
El espacio sin valla,
El desierto del mundo:
¡Estas cosas de Dios con que la vida
Cicatrizaba la herida
Que postra el corazón en la batalla!
.....
¡Oh, cuántas veces al cruzar la brisa,
Que dejaba en su oído
Un rumor entre cántico y lamento,
Comprimió el corazón estremecido
Y dijo:—«Este es su acento!»
¡Todo era él! ¡La vaga perspectiva
Del lejano paisaje;
La música del ala fugitiva;
La espina de la rama
Que á las ropas se adhiere,
Y que parece que algo decir quiere
Y que nos toca y al pasar nos llama!
¡Todo era él! ¡El rayo del lucero
Que entre los ojos que le ven se esconde;
El eco lastimero
Que al suspiro responde:
La confusa silueta
Del árbol que se asoma y que se inclina;
Todo aquello de Dios era el poeta;
Todo era él en su ilusión divina!
¡Todo era él! ¡El alma saturada
De su ideal halagüeño,
Mecida su memoria acariciada
Bajo las mismas alas de su sueño!
Así el amor sublime
Nació en la soledad y en el misterio;

—Nota del arpa eólica que gime
Suspendida al ciprés del cementerio.—
Creció al calor de la piedad secreta;
Se nutrió con la lágrima del verso,
Libó en las ilusiones del poeta
Y llenó el Universo.

XI

S O L A

—Rayo de luz celeste y misteriosa,
¿Por qué iluminas sin cesar mi alma?
¡Ah! ¿de qué foco de la tierra subes
O de qué estrella de los cielos bajas?
¡Cierro los ojos
Y no te apagas!
Rayo de luz celeste y misterioso,
¿Eres el resplandor de su mirada?

Eco de melancólica ternura,
¿Por qué al oído sin cesar me llamas
Y los pesares de la vida lloras
Y la ilusión de la existencia cantas?
¡Cierro mi oído
Y no te callas!
Eco de melancólica ternura
¿Eres la dulce voz de su palabra?

Sombra inmortal de un imposible sueño,
¿Por qué á mi sombra sin cesar te amarras,
Y en todos los instantes de la vida
En derredor de mi existencia vagas?
¡Cierro mis brazos
Y no te apartas!
Sombra inmortal de un imposible sueño,
¿Eres su imagen que el recuerdo graba?

Dulce canto de amor del labio ajeno
Que en la caricia de mi labio pasas,
¿De qué mundo ideal la notas llevas
Que así las voces de la tierra acallas?
¿Subes del mundo?
¿Del cielo bajas?
Dulce canto de amor del labio ajeno,
¿Canta á mi oído! Sin reposo, canta!

Libro que lloras la ilusión perdida
Y el alma entre tus hojas arrebatas.
¡Ah! ¿por qué siembras en la vida ajena
Las ilusiones que perdió su alma,
Como las nubes
Que el viento arrastra?
Libro que lloras la ilusión perdida
¡Ah, me parece su primera carta!

(Lee)
«No siente el corazón, ni el alma crea
Lo que no hay en la existencia humana;
La realidad de la ilusión existe;
Existe la verdad de la esperanza!
¡Sombra que habitas
Entre mi alma,
Eres la imagen del ideal sublime
Donde tiende el espíritu sus alas!»

Eco divino de su voz celeste,
¿Por qué al oírte el corazón me embargas?
Te escucho, y el espíritu cautivo
Bajo tu inmensa fe pliega sus alas!
¿A quién respondes?
¿Para quién cantas?
Eco divino de su voz celeste,
¿Tengo horror de tu fuerza soberana!

XII

S O L O

¿Trepamos sobre las montañas?
¿Bajamos hasta la pendiente?
¿Seguimos al veloz torrente?
¿Rodamos hasta sus entrañas?

¿Cruzamos sobre el mar profundo?
¿Subimos en su ola al cielo?
¿Corremos polo á polo el suelo?
¿Rompeamos la atracción del mundo?

¿Dónde me lleva el ideal divino
Que en su insensato vértigo me lanza
A buscar en su loco remolino
La eterna realidad de la esperanza?

Y ¿qué es la vida sin su lumbra bella?
Lóbrega y tempestuosa noche fría.
¡Marchemos sin cesar! Sigo tu huella,
Espléndida visión del alma mía!

¡Crucemos la senda ignorada
Que pisa la planta del hombre:
Busquemos el rumbo sin nombre
Que lleva á la dicha soñada!

Salvemos el lóbrego océano,
La cresta elevada del monte,
La línea del turbio horizonte,
La sábana inmensa del llano.

¡Ah, no me dejes en la noche triste,
Caído á la mitad de mi jornada!
¡No ves rayar su luz en la alborada?
¡La realidad de la ilusión existe!

XIII

CONJUNCIÓN

¿Quién desviará la brújula cautiva
De su perpetua aspiración al polo?
¡Hay un poder tan sólo:
Aquél que está allá arriba!
Y El no aparta la brújula cautiva!

¿Quién desviará de su órbita la estrella
Que va siguiendo al astro eternamente?
¡El Dios omnipotente
Que le marcó su huella!
Y El no aparta de su órbita la estrella!

¿Quién cambiará la línea de la llama
Que sube sin descanso al firmamento
En las alas del viento?
El señor que la inflama:
Y El no cambia la línea de la llama!

¿Quién volcará las aguas del oceano
Que en su lecho cautivan las arenas
Sin muros ni cadenas?
El Padre Soberano:
Y El no vuelca las aguas del oceano.

¿Quién romperá los lazos del destino
Que ligan en la vida y en la muerte,
De dos almas la suerte?
¡Sólo el Poder divino:
Y El no rompe los lazos del destino!

.....
¡Así, bajo la fuerza del destino,
Aquellos dos espíritus se amaron;
Sin luz casi se hallaron,
Y rompieron su valla
Sin lucha ni batalla.
Al resplandor de su ideal divino!
Una tarde de enero
Se acercaron él y ella:
¡La celeste mirada del lucero,
La fúlgida mirada de la estrella!

Ella bajó sus ojos
Latiendo el corazón estremecido,
Y alboreó su semblante conmovido
Con el suave carmin de su sonrojo.
El sintió el suyo redoblarle al seno,
Como el tambor que bate
La señal del combate
De duda y gloria y esperanza lleno!

Su mirada elocuente
En la intensa mirada
Hundió otra vez de la mujer querida;
Y al oprimir su mano á la partida,
Los dos se vieron pálida la frente.
¡Madre Naturaleza,
Cómo inunda el amor, de nueva vida
El esplendor de tu inmortal belleza!
¡Alma de amor nutrida,
Cómo tiendes las alas
Por la región azul del firmamento
Y de tu esencia misteriosa exhalas
El aroma que nutre el sentimiento!

.....
¡Así se unieron en su amor ardiente,
Sin lucha ni defensa!
Todo fué natural en su corriente,
Como el alma que piensa
Y el corazón que siente;
Como el ojo que mira,
Como la onda que pasa,
Como el fuego que abrasa
Y como el astro que en los cielos gira.
¡Nacieron, se atrajeron,
Se acercaron, se amaron:
Sus almas en un beso se fundieron
Y á la sublime eternidad se ataron!

Y allá van en la ráfaga del mundo,
Cómo dos alas escalando el cielo:
Hoy, compartiendo su dolor profundo;
Mañana, sus delicias y su anhelo.
¡Unidos y estrechados
Por el amor del alma, que redime,
Va, entre sus dos espíritus ligados,
La realidad de la ilusión sublime!

¿Quién romperá los lazos del destino
Que ligan, en la vida y en la muerte,
De dos almas la suerte?
¡Sólo el poder divino:
y El no rompe los lazos del destino!...

RICARDO GUTIERREZ.

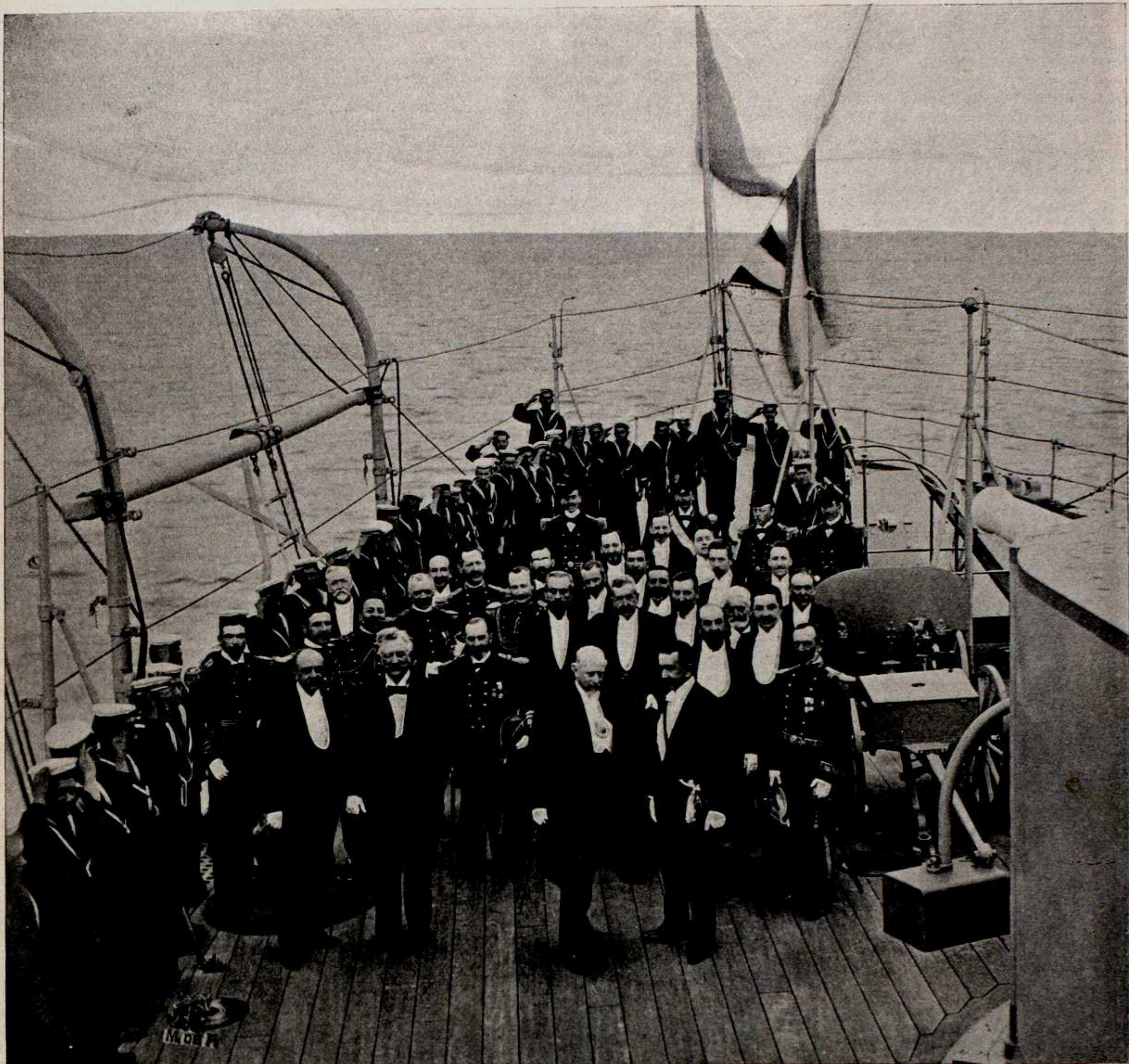


DE SOBREMESA

(FRAGMENTO)

Un cultivo intelectual emprendido sin método
y con locas pretensiones al universalismo, un
cultivo intelectual que ha venido á parar en la
falta de toda fe, en la burla de toda valla hu-
mana, en una ardiente curiosidad del mal, en el
deseo de hacer todas las experiencias posibles de

LA CONFERENCIA DEL ESTRECHO



ENTREVISTA DE LOS PRESIDENTES ROCA Y ERRAZURIZ A BORDO DEL «O'HIGGINS».

la vida, completó la obra de las otras influencias, y vino a abrirme el oscuro camino que me ha traído a esta región oscura, donde hoy me muevo sin ver más en el horizonte que el abismo negro de la desesperación, y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual, como de una estrella en noche de tempestad, cae un rayo, un solo rayo de luz.

¿Terror?... ¿Terror de qué?... De todo por instantes... De la obscuridad del aposento donde paso la insomne noche, viendo desfilan un cortejo de visiones siniestras; terror de la multitud que se mueve ávida en busca de placer y de oro; terror de los paisajes alegres y claros que sonríen a las almas buenas; terror del arte que fija en posturas eternas los aspectos de la vida, como por un tenebroso sortilegio; terror de la noche oscura en que el infinito nos mira con sus millones de ojos de luz; terror de sentirme vivir, de pensar que puedo morirme, y en esas horas de terror, frases estúpidas que me suenan dentro del cerebro cansado, ¿y Dios?... «Los pobres hombres están solos sobre la tierra», y que me hacen correr un escalofrío por las vértebras.

No, no es terror de eso, es terror de la locura. Desde hace años el cloral, el cloroformo, el éter, la morfina, el haschich, alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mi cuenta de aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla Lasegre. Después la crápula del cuerpo, obstinado en experimentar sensaciones nuevas, la crápula del alma empeñada en descubrir nuevos horizontes, después todos los vicios y todas las virtudes, ensa-

yadas por conocerlos y sentir su influencia, me han traído al estado de hoy, en que, unos días, al besar una boca fresca, al respirar el perfume de una flor, al ver los cambiantes de una piedra preciosa, al recorrer con los ojos una obra de arte, al oír la música de una estrofa, gozo con tan violenta intensidad, vibro con vibraciones tan profundas de placer, que me parece absorber en cada sensación toda la vida, todo lo mejor de la vida, y pienso que jamás hombre alguno ha gozado así; y en que otras, cansado de todo, despreciando, odiando todo, sintiendo por mí mismo y por la existencia un odio sin nombre, que nadie ha experimentado, me siento incapaz del más mínimo esfuerzo, permanezco por horas enteras hebetado, estúpido, inerte, con la cabeza en las manos, y llamando a la muerte ya que la energía no me alcanza para acercarme a la sien la boca de acero que podría curarme del horrible, del tenebroso mal de vivir...

¡La locura! ¡Dios mío, la locura! A veces—¿por qué no decirlo, si hablo para mí mismo?—¿cuántas veces la he visto pasar vestida de brillantes harapos, castañeteándole los dientes, agitando los cascabeles del irrisorio cetro, y hacerme misteriosa mueca con que me convida hacia lo desconocido! En una alucinación que la otra noche me dominó por unos minutos, las joyas que brillaban sobre el terciopelo negro del enorme estuche, se trocaron a la luz de la lámpara que las alumbraba en los mágicos arcos de su vestido de reina; otra noche, en una pesadilla que me apretó con sus garras negras, y de la cual desperté bañado en sudor frío, una cabeza horrible, la mitad mujer de veinte años, sonro-

sada y fresca, pero coronada de espinas que le hacían sangrar la frente tersa, la otra mitad calavera seca, con las cuencas de los ojos vacías y negras, y una corona de rosas ciñéndole los huesos del cráneo, todo ello destacado sobre una aureola de luz pálida, una cabeza horrible me hablaba con la boca, mitad labios de carne rosada, mitad huesos pálidos, y me decía: «Soy tuya, eres mío, soy la locura!»

¡Loco!... El loco en el cuartucho obscuro del manicomio, oloroso a ratón, envuelto en la camisa de fuerza! el loco con el cabello cortado al rape, recibiendo en las flacas espaldas huesosas, el chorro helado de la ducha, bajo el ojo imperturbable del hombre de ciencia que anota sus gestos violentos y sus entrecortadas blasfemias para convertirlas en una precisa y razonada monografía...

¿Loco?... ¿y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años; así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas... ¿Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?

JOSÉ A. SILVA.



DE CHILE

EL SISTEMA MÉTRICO

DESPUÉS DE MEDIO SIGLO DE IMPLANTADO

A propósito de un folleto de don Carlos Newman

Tiene la ciencia—no sólo la falsa, sino á veces hasta la verdadera—sus candores, como la ignorancia... y sus fanatismos también.

No faltan en las academias y en los congresos científicos, sabios que aceptan *in verba magistri* las más aventuradas hipótesis, que las repiten con una fe tan viva, como la que demuestra el más fervoroso creyente al repetir el símbolo de los apóstoles, y que se irritan y desatan en improperios y piden al legislador las más severas penas contra aquellos que se resisten á adoptar sus ideas, y sobre todo las medidas salvadoras que ellos prescriben.

Incapaces de vencer, impotentes para vencer las resistencias que la tradición y á veces el buen sentido de los pueblos suele imponer á la implantación de sus teorías y sistemas, se vuelven devotamente al legislador para que los imponga por la fuerza, al estilo de Pedro el Grande, que, para sacar á los rusos de su barbarie y hacerlos más cuidadosos de sus personas, hizo colocar, según cuentan los historiadores, en los caminos y puertas de las ciudades, sendos barberos, á fin de que mondasen á todos los pasajeros, *velis nolis*, las uñas y las melenas.

La ciencia descubre que en el aire que respiramos y en el agua que bebemos, pululan los microbios. Pues ¿qué hace ese Congreso que no dicta la ley del caso, obligando á todo bicho viviente á proveerse de los desinfectadores y filtros recomendados por los más ilustres doctores, bajo pena de cárcel y de multa?

Que la vacuna es excelente preservativo de la viruela, aunque pueda abrir la puerta á otras enfermedades. ¡Pues, luego, que venga la vacunación obligatoria!

¿Y la instrucción dónde la deja usted, máxime de opera, según el novísimo y prodigioso sistema concéntrico? ¡Pues á la escuela todo Cristo!

¿Y la ortografía fonética ó sea de las kaes y de los kakatoes! ¿Quién duda de que camina á pasos agigantados á conquistar el mundo?

Y el sistema métrico decimal, parto sublime del por tantos conceptos famoso Talleyrand, obispo de Autun, obsequio de inestimable precio hecho al comercio y á los que en tiendas, recovas, despachos y ferias, compran y venden, por hombres tan competentes en achaques de pesos y medidas, como Laplace, Lagrange, Monge, Condorcet y otros de esos que, como el astrónomo ateniense, se caen en los pozos por mirar las estrellas y buscar entre ellas medidas para todo lo que es susceptible en peso, número y medida.

Todos tenemos derecho para encontrar grotesco que una criada brasileña llegue al despacho á

comprar para la fritanga de la tortilla, *mil reis* de manteca. Pero la ley nos prohíbe decir ó escribir que el flete de la tonelada del carbón de piedra de Inglaterra á Chile es de tantos ó cuantos che-lines, porque los sabios han decidido que el peso se deduzca de una fracción del meridiano terrestre, y que la unidad de él sea el gramo, y que lo más cómodo y lo único correcto sea decir que el flete del expresado artículo es, por ejemplo, de 0.000.003 millonésimas de peso por gramo!

**

Estas reflexiones me hacía al doblar la última hoja del folleto que acaba de dar á luz con fecha de 1897, sobre la *unifikación* de las medidas, el señor K. Newman.

GRUPO DE ESCRITORES BRASILEÑOS



PEDRO RABELLO
ALVARES DE AZEVEDO OLAVO BILAC CORLHO NETTO GUIMARÃES PASSOS MARQUES DE HOLLANDA
ARTHUR AZEVEDO PLACIDO JUNIOR DR. PEDERNEIRAS

El autor es un panegirista tan ardoroso de la escritura fonética como del sistema métrico, y mientras llega el día de pedir que se declare esa escritura obligatoria, entretiene sus ocios pidiendo que se cumpla la ley que por tal declaró hace ya cerca de medio siglo el sistema métrico decimal, exponiendo en una larga lista, como si dijéramos á la vergüenza pública, á la innumerable multitud de los que, en leyes, decretos, sentencias, libros y periódicos, etc., violan esa ley día á día, con escandalosa insolencia.

En cuanto al pueblo, ya se sabe cuán aferrado vive á todo lo añejo, por absurdo que sea, y con cuánta tenacidad se resiste á aceptar los beneficios que los sabios le brindan.

Propóngome en este artículo—y escandalicé quien se escandalice,—romper una lanza en defensa del pueblo á quien tan desenfadamente se zahiere y acusa de rehacio á todo progreso, y manifestar que la resistencia que él ha opuesto á la implantación del sistema métrico no es obra de la *neofobia* ni del *misonéismo*, como el señor Newman pretende, sino de la razón y del buen sentido, que rechazan con tenacidad invencible, lo que perturbando, complicando y desquiciando las prácticas antiguas, no cuenta para imponerse, más que con los mandatos de la ley escrita.

Nadie, ni aun los más convencidos de la excelencia del sistema métrico, pueden negar que él ha encontrado la más porfiada resistencia en todos los países en que legalmente se ha implantado, principiando por Francia.

No tiene, pues, el pueblo chileno motivo para avergonzarse de haberlo resistido; y por ese camino anda en muy buena y honrosa compañía.

Pero no es lo principal: lo principal es que, en mi sentir, los que lo resisten, están en la razón contra los que quieren imponerlo, si no en todo, en casi todo.

Y para principiar por ese *casi*, diré que reconozco con el autor del folleto, que desde los tiempos más remotos ha existido en todos los países, desde los más bárbaros hasta los más civilizados, una diversidad casi infinita de pesos y medidas. El Sr. Newman enumera más de cincuenta, y fácil sería enumerar algunos miles. No niego ni atenúo esa diversidad, y con él reconozco que es ella una de las rémoras con que tropiezan el comercio y la industria, y casi todos los ramos de la actividad humana.

Es un mal tan evidente y por poco escribo, tan deplorable, como el de la diversidad de las lenguas. Pero reconocido el hecho, ¿autoriza él la consecuencia que el señor Newman deduce en favor de la excelencia y de la imposición obligatoria del sistema métrico? Tanto valdría sostener que, de la premisa de la diversidad de las lenguas que se hablan en el mundo y de los males que ella ocasiona, se dedujese como lógico corolario la excelencia del Volapuk, pongamos por ejemplo, y la justicia de imponerlo á todos los pueblos como un idioma obligatorio.

¿El Volapuk lleva ventajas al castellano? Muy posible será. Pero tiene de malo que nadie lo habla, y que por lo mismo que no es fruto espontáneo del pueblo, sino artificial de gabinete, no es propio para arraigar en ninguna parte.

Es lo que podría decirse del sistema métrico, aun concediéndole, lo que sería mucho

conceder que él tuviera ventajas positivas sobre los sistemas practicados en todas las naciones.

Pero es el caso que tales ventajas ó son ilusorias, ó están compensadas por defectos é inconvenientes que las desvirtúan y anulan.

La primera prueba de que el sistema métrico tiene más inconvenientes que ventajas, es la de la misma tenacidad con que, no sólo el pueblo y el comercio, sino todas las clases sociales lo resisten.

¿Por qué lo resisten? Porque son rutinarios, ignorantes y neófobos, contesta el autor del folleto.

Pero, ¿es cierto que la sociedad resiste obstinadamente, aun lo que le beneficia y aprovecha, por miedo á lo nuevo y sumisión á la rutina? De ninguna manera; y lo contrario es lo que la observa-

ción nos manifiesta día á día. En prueba de ello, no citaremos más que el gas, el telégrafo, el teléfono, y hasta las bicicletas, los patines y los juegos atléticos. ¿Por qué el pueblo no los ha resistido? ¿Por qué se ha apresurado á adoptarlos? ¿Cómo es que en pocos años se han llegado á generalizar tanto? ¿Por qué los arados y las rastras de palo, y los arneros de mano, y los fusiles de chispa y de fulminantes y las plumas de ave y tantos otros útiles, herramientas y aparatos que conocimos en nuestra infancia han quedado por ahí, arrinconados en las bodegas y zaquizamies, en completo desuso? Indudablemente porque han sido reemplazados por otros más útiles y económicos. Y ello sin que la ley haya intervenido para nada, sólo en fuerza de la conveniencia individual y social, más eficaz que todas las leyes imaginables.

Al decir el señor Newman: El sistema métrico ha encontrado larga y general resistencia; luego hay que vencerla por medio de la fuerza—discurre con una superficialidad impropia de un hombre dedicado como él á las especulaciones de la ciencia. El sabio cuando encuentra una resistencia, en vez de declamar contra el obstáculo y de pedir auxilio á los gendarmes para removerlo, lo explica tranquilamente, parahacerlo desaparecer por medio del raciocinio, se reconoce un error por causa, ó para orillar, siendo insuperable, ó para descubrirse ante él y pedirle excusas, cuando llega á persuadirse de que con él están la razón, la justicia ó la pública conveniencia.

Lo dicho basta para que pueda ya, haciendo caso omiso de las páginas que el autor del folleto dedica á exponer los inconvenientes de la diversidad de pesos y medidas, y á cargar en cuenta á la ignorancia y á la neofobia del pueblo la resistencia que ha opuesto en todas partes y en Chile durante cerca de medio siglo, á la implantación del sistema métrico, entrar al examen somero de las ventajas que, al decir de sus encomiadores, lo adornan, y de los defectos é inconvenientes que han obstado á su adopción y generalización.

**

Las ventajas se reducen á dos, conviene á saber: primera, que el metro es una medida de longitud fija, invariable, pequeñísima fracción—una diez millonésima parte de la cuarta parte del meridiano terrestre; mientras que la yarda, la vara, la milla, etc., son medidas adoptadas por los pueblos, según sus necesidades y hábitos, y que no guardan relación precisa y matemática con ningún fenómeno natural; y segunda, que la división del metro en decimales, facilita considerablemente todas las operaciones en que se trate de pesos y medidas.

Y no hay otra, porque aquello de que con la adopción del metro como unidad universal de medidas, se pondría término á la variedad que en esa materia existe en el mundo, es un argumento que lo mismo podría hacerse valer en favor de la vara, del pie ó de la yarda: adoptada, en efecto, cualquiera de ellas en todo el universo, la diversidad desaparecería *ipso facto*.

Que el metro es igual, matemáticamente igual, á la diez millonésima parte de la cuarta del meridiano? Démoslo por cierto, aun cuando se sabe que no lo es. Y eso concedido, ¿qué ganaría la causa de sus partidarios? Por ventura, entre ochenta centímetros y el mismo meridiano, ¿no existe una relación fija y matemática? Si porque se ha establecido la relación que existe entre la longitud del meridiano y del metro, se debe imponer éste como la medida más conveniente, con la misma razón podía sostenerse la excelencia de la vara ó de la yarda, porque es indudable que entre ellas y el meridiano, hay una relación matemática, tan precisa y tan invariable como la del metro.

Pero, prescindamos de esta consideración por demás obvia y decisiva, y veamos qué utilidad práctica resulta para las transacciones, de la adopción de una medida derivada de los fenómenos físicos ó astronómicos.

Se dice: si todos los metros del universo se destruyeran, los sabios podrían determinarlo una segunda vez, con absoluta precisión. En hora buena; pero aún haciendo caso omiso de que nada obstaría, en la aludida extravagante hipótesis, á que la vara se rehiciera de la misma manera y con la misma exactitud, ya que entre ésta y el metro hay una relación matemática de todos conocida, preguntamos: ¿qué tienen que ver estas lucubraciones con las ventajas de la nueva medida para las transacciones y demás servicios que, como unidad de las de longitud, está obligada á ofrecer? Por más que se discorra, no se encontrará que por este aspecto el metro lleve ventaja alguna á la yarda, y muchísimo menos á la vara, que para los usos á que está destinada, nos parece más cómoda y más adecuada á las operaciones de mensura, que son de uso constante en el comercio de detalle.

La primera de las ventajas alegadas en favor del metro, caso de ser una, resultaría, pues, completamente teórica y sin influencia útil de ninguna especie.

Vamos ahora á la segunda. El metro, que se supone ser una diez millonésima parte de la cuarta del meridiano terrestre, es divisible por diez, lo que, según se asegura, facilita en gran manera las

operaciones aritméticas que á las medidas se refieren. Pero en esto hay también mucho de imaginario.

Sin duda que será mucho más fácil con el metro, sacar la décima ó la centésima parte de un metro ó de un número dado de metros, de kilogramos ó de hectáreas. Mas en cambio se olvida de que es idea más fácil y comprensiva la de una media vara, ó de una cuarta de vara, que la de cincuenta centímetros, ó la de doscientos cincuenta milímetros. Y la prueba es que aún los pocos que se avienen á comprar las telas por metros, cuando necesitan pedir fracciones no dicen: véndame usted cincuenta centímetros, ó doscientos cincuenta milímetros más de percal; sino, déme usted tantos metros y medio ó tantos metros y cuarto.

En la práctica, y para las divisiones y subdivisiones de las medidas que más se usan en el tráfico diario y de la gente, las medidas ó padrones divididos en 12 ó 8 partes, son inmensamente más ventajosas que los divididos en partes decimales.

Así, sin salir de nuestro sistema antiguo y siempre usado, una fanega que tiene doce almudes es divisible por dos, por tres, por cuatro, y por seis. Compárese la facilidad para el comprador letrado y aun para el que no lo es, de comprar una media fanega, ó un cuarto de fanega, ó un almud, ó medio almud ó una cuartilla, con la dificultad de apreciar y comprender lo que significa un hectolitro, cinco decalitros ó veinticinco litros de fréjoles.

Pero se dirá: los cereales en grandes partidas, no se venden medidos, sino pesados. Y es cierto: mas esto, en vez de simplificar las cuentas para el vendedor y comprador, las complica de un modo extraordinario. En efecto, y para manifestarlo, supongamos que Pedro, agricultor, ha sembrado doce cuerdas de cebada, en un potrero que tiene esa extensión, (no ha tenido la curiosidad de reducirlas á hectáreas), que ha hecho segar, pagando siete pesos por tarea de á cuadra (hablar de hectáreas á los trabajadores, habria sido hablarles en griego), que ha entrado á la era en doscientas carretadas (medida que no tiene nada de griego), y que le han rendido ochocientas fanegas de cosecha, según cálculos hechos á ojo de buen varón.

Llega el caso de vender, y encuentra comprador al precio de cuatro pesos por fanega.

Según el sistema antiguo, la operación no podía ser más sencilla: medir las fanegas y multiplicar por el precio, 800 fanegas á 4 pesos: cualquier mayordomo dice de memoria: 4 por 8 son 32, más dos ceros: 3,200 pesos.

Ahora, según el sistema ó embrollo en que la implantación forzada y frustrada del sistema métrico nos tiene sumidos, hay que pesar la cebada, lo que supone el manejo de la romana y llevar la cuenta de miles y miles de kilogramos, sin hablar de los hectogramos y de los decagramos. Verificado el peso, hay que averiguar, según sea el cereal de que se trate, cuántos kilogramos pesa la fanega, porque es claro que en esta materia estamos á incommensurable distancia de la unidad tan apetecida del señor Newman. La fanega de garbanzos pesa 92 kilos, la de maíz 73.6, la de trigo blanco 71.3, la de cañal 73.6, etc.

Después de revolver muchos diarios en busca de las listas de precios corrientes, descubre lo que desea: la fanega de cebada pesa 71 kilogramos 30 centigramos. Hecha la averiguación, hay que dividir el número de kilogramos dados por la romana por 71.30, operación un poco más dificultosa que contar los dedos de las manos, y multiplicar en seguida el cociente por el precio.

Estas complicaciones y dificultades aparecen en el uso de las medidas métricas en todas sus aplicaciones, porque, como por la ley tenemos un sistema y otro en la práctica, hay necesidad de hacer á cada momento conversiones, comparaciones y reducciones, dando lugar á que los pillos aprovechen la confusión para hacer su agosto, y ocasionando gran pérdida de tiempo y de paciencia.

Estos embrollos han hecho nacer una repulsión instintiva hacia el sistema métrico, que la generalidad no comprende, que obliga á trabajos mentales sin objeto y que en la práctica resulta las más veces inaplicable.

Cualquier sirviente puede ir al almacén á comprar una arroba de azúcar ó media arroba, ó un cuarto, ó una libra, ó media. Pero por el sistema métrico, en saliendo del kilogramo, que es mucho menos adecuado para las compras al menudeo y menos fácil de pronunciar que la libra, ya se sale fuera del sistema ó se va derechamente al caos. Un kilogramo de azúcar, pase; medio kilogramo, ya estamos fuera del sistema; doscientos cincuenta gramos, hay que haber dado examen de aritmética y no haberla olvidado.

Estos inconvenientes se observan hasta en el sistema monetario. Antiguamente decíamos un peso, cuatro pesetas, cada peseta dos reales, divididos éstos en dos medio reales. Hoy decimos un peso, dividido en cinco monedas de á 20 centavos (el legislador no se atrevió á llamarlas francos, por un resto de vergüenza, ni á llamarlas pesetas por no incurrir en la nota de enemigos del progreso, y el pueblo, para castigarlo, las llamó ridículamente *chinchas* y *chivolas*). Cada moneda de á veinte centavos, ó cada veinte, como por ahorrar palabras suele decirse, se divide en dos piezas de á diez, que salieron del Congreso sin bautismo, que deberían llamarse reales y que todos llamamos *dices*, y por último los más chiquitos llama-

dos á veces *cincos* y á veces *quintos*, cuando en realidad son vigésimos de peso.

Pero basta ya de insistir en un punto tan claro y tan conocido de todos por experiencia propia; y concluyamos apuntando algunas consideraciones de otro orden, en contra de la implantación forzada del sistema métrico y en defensa del pueblo que se resiste á adoptarlo con exclusión del antiguo.

**

Y no se crea que al hablar de la resistencia opuesta por el pueblo, reconozcamos que los sabios lo han acogido sin reservas. No, que también lo han hecho objeto de sus críticas y han concluido por desecharlo en algunas de sus aplicaciones. Para probarlo, nos bastará recordar que los geómetras, haciéndose los desentendidos de que existe un sistema métrico decimal, continúan dividiendo la circunferencia no en mil, ni en ciento, sino en trescientas sesenta partes iguales, el cuadrante en noventa, el sextante en sesenta; que el instrumento científico que se usa para la medición de los ángulos comprende ciento ochenta grados; que el ángulo recto vale noventa grados, etc. En cuanto á la medición del tiempo, apelamos á los calendarios y á los relojes: 365 días al año, dividido en doce meses con treinta y uno, treinta y hasta veintiocho días, y cuatro semanas y pico, cada semana siete días, cada día veinticuatro horas, etc., etc.

Luego, hay muchos casos en que el sistema métrico ha resultado inaplicable, y en que por inaplicable ó menos expedito, hasta los mismos hombres de ciencia le han vuelto las espaldas, para quedarse con los más usuales y antiguos.

En cuanto á la resistencia del pueblo, ella reconoce una razón profunda. Los astrónomos, como si hubieran caído de algún planeta, se imaginaron que en los sistemas de pesos y medidas todo era efecto del capricho y de la rutina; que habiéndose establecido la libra, el pie y la vara, porque así plugo á los que inventaron esas unidades de medida, con la misma facilidad podía establecerse una unidad de peso equivalente á diez libras, ó á un décimo de libra, y como unidad de medida de longitud, una de una pulgada, ó de veinticinco varas.

No eran filósofos, que á haberlo sido, no habrían podido ignorar que ni en esa materia ni en ninguna de las que se refieren á satisfacer necesidades de la vida, los usos y costumbres son hijos del capricho; ni eran observadores tampoco, porque una observación atenta les habria hecho descubrir que la unidad de pesos, que ellos juzgaban arbitraria, habia alcanzado, sin previo acuerdo y en fuerza de las conveniencias y facilidades del comercio, una relativa igualdad en los países más diversos. Prueba de ello es la siguiente tabla de las unidades de peso que existían en los países que se expresan:

	Peso del padrón en kilos
Austria y Baviera.....	0.56
Bohemia.....	0.51
Frankfort.....	0.50
Dinamarca, Hannover y Holanda.....	0.49
Hamburgo, Suiza y Francia.....	0.48
España, Prusia y Sajonia.....	0.46
Inglaterra y Portugal.....	0.45
Rusia.....	0.41
Estados de la Iglesia y Toscana.....	0.34

Esa semejanza, producida de suyo y sólo en fuerza de la conveniencia de los pueblos, es por demás reveladora, y manifiesta, por una parte, que la diversidad no era tan grande como la ponderaban y ponderan aún los panegiristas del sistema métrico, y por otra, que el kilogramo es para las compras más frecuentes, una unidad mal calculada y que, por incómoda, es de uso rarísimo en tales transacciones. Y tanto es así que, aún en el supuesto de que, con el transcurso de los años ó de los siglos, llegara á proscribirse la libra, las ventas al por menor de manteca, de grasa, de queso, de té, de café, de galletas, etc., no se harían por kilogramos, sino por medios ó por cuartos de kilogramos, esto es, por una peyoratoria formada de uno y otro sistema.

**

El señor Newman, en sus deseos de ganar la batalla contra el sistema antiguo, llega hasta darla por ganada; porque, ¿qué falta ya para que concluya el siglo XIX y empiece el siglo XX? «Todo hace creer, dice, que antes del siglo XX, treinta y seis naciones, con una población de 500,000,000 de habitantes, habrán adoptado el sistema métrico de una manera oficial». Posible será; pero no quisiéramos vivir más nosotros que lo preciso para ver practicado exclusiva y popularmente por una sola nación, aunque fuera *Aiti* ó *Kosta Rika*, como escribe el folletista, un sistema tan popular en la esfera de las leyes que se dictan y no se cumplen.

Llegará el siglo XX y principiará el siglo XXI, y los marinos de todos los países, continuarán hablando de brazas, de millas y de toneladas, y los boticarios de onzas y hasta de cucharadas de sopa, de postre y de té, y los comerciantes, de

gruesas, de docenas, de quintales de fanegas, y los joyeros de quilates y de granos, y los mineros de barras, etc.

Los fundamentos de este pronóstico los da el mismo señor Newman, al recordar que, con haber sido Chile la primera república americana que adoptó el sistema métrico (29 de Enero de 1848), hasta la fecha, él continúa siendo letra muerta no sólo entre la genta zafia é ignorante, sino en todas las esferas sociales, y hasta en los documentos de más elevado carácter oficial. El sistema antiguo reina en las discusiones de las cámaras, de las municipalidades y demás centros científicos, literarios, industriales, agrícolas, políticos, etc. Por más escandaloso y punible que ello parezca al señor Newman, la verdad es que la Constitución habla de leguas, y las leyes, de quintales, de libras esterlinas, de docenas; la Oficina de Estadística de millas, el *Anuario* de onzas, los mensajes presidenciales, de quintales españoles. Los decretos y memorias ministeriales son, según los propios términos del autor del folleto, verdaderos arsenales de medidas fósiles (¡no quisiera él otra cosa que verlas enterradas!) De los tribunales de justicia, intendentes, alcaldes, subdelegados, ¿para qué hablar? Sentencias, oficios, vistas fiscales, reglamentos, contratos, etc., todo aparece, *horribile dictu*, cuajado de galones, de quintales, de libras, de varas, de cuerdas, de pulgadas, de líneas, etc.

¡Todos los contratos de las municipalidades con las compañías de gas, y los de éstas con los consumidores están hechos en pies de Castilla!

«A bordo de nuestros buques de guerra no se sospecha lo que es el metro!»

«El comandante de los Arsenales de Marina se atiene á sus uñas (sic), á sus pies, á sus brazos, á sus codos y á sus piernas!»

«El rector del Instituto Nacional creía en 1892, que el almud, el kilogramo, la arroba y el litro eran unidades todas que pertenecían á un mismo sistema de medidas!»

«El director general de los ferrocarriles del Estado, el Ministro del Interior y muchos otros empleados, no usan en sus comunicaciones otras unidades de medidas que las cuerdas, pies, pulgadas, etc.»

Muchas instituciones sociales ó comerciales, como la Bolsa de Valparaíso, las compañías de bomberos de todo Chile, clubs de tiro al blanco, de velocipedistas, Sporting Club, juntas de beneficencia, compañías de Muelles, Bodegas y Diques, todas las revistas, comenzando por los *Anales de la Universidad*, todos los diarios, comenzando por el *Oficial*, y en prueba, ahí está el *Heraldo* de Valparaíso, diario «que se creía avanzado en ideas» y que en su número 1693, tuvo el desplante de sostener «que las libras liberales y justas que debe usar todo hombre honrado, son las antiguas de Castilla».

Luego, si en Chile, que fué la primera república americana que adoptó el sistema métrico en 1848, no ha podido arraigarse todavía, si en el mundo oficial, y en el comercial, y en el social, y en el científico y literario, se hace caso omiso de él y se prefiere el antiguo, ¿qué sucederá en Aití, y en Bengala, y en Bolibia, en el Perú, en Onduras y en Kosta Rica?

Para terminar, diremos que, estando con el señor Newman perfectamente acordes en los hechos, no lo estamos, ni en el juicio que le merecen, ni en las esperanzas con que se halaga.

Es efectivo que un considerable número de gobiernos han adoptado en forma más ó menos completa é imperativa el sistema métrico, y no lo es menos que en todas partes y en todas las esferas sociales él encuentra una resistencia invencible.

Pero si en eso estamos de acuerdo, estamos de polo á polo en la apreciación de ambos fenómenos.

El señor Newman cree que la adopción del sistema por los gobiernos de varias naciones, es un indicio de su bondad, al paso que la resistencia tenaz que los pueblos le oponen debe atribuirse solamente á la ignorancia, al apego á lo antiguo y á la neofobia de los comerciantes.

Mientras que nosotros sostenemos que el sistema métrico tiene más inconvenientes que ventajas, que la mayor parte de los gobiernos que lo han adoptado lo han hecho cediendo á las exigencias de la moda y de los amigos de las novedades, y que la resistencia que los pueblos le han hecho y continúan haciéndole por doquiera, aunque las más veces inconsciente, es en un todo, racional y fundada.

¿La conclusión? se nos preguntará. Nuestra conclusión es: no que el sistema métrico se proscriba imponiendo penas á los que de él quieran servirse; pero que se desista de imponerlo al pueblo como quien trata de meter una cuña en un duro tronco, golpeándolo con el mocho del hacha; que el gobierno deje á los que venden y compran, en libertad de servirse de las unidades de medidas que más les acomoden, que siendo esas medidas legítimas y de buena ley, nadie pierda nada con que no entren en los cuadros del sistema métrico.

No impongamos á los repartidores de telegra-

mas la obligación superior á sus fuerzas intelectuales, de reducir á kilómetros ó hectómetros las cuerdas que medien entre la oficina central y la casa del destinatario, porque, siendo esa cuenta difícil para el repartidor y aun para el mismo destinatario, más llano y menos ocasionado á equivocaciones y abusos, es que, como se hace ahora, uno y otro cuenten las bocacalles y, según sean ellas, se verifique el pago del servicio.

Con lo cual nos despedimos, hasta que las actuales manzanas de nuestras ciudades se reedifiquen según un nuevo plan de manzanas métricas decimales; manzanas que, no pudiendo tener un metro por lado, deberían ser forzosamente, ó áreas con 143.061.516,45 varas cuadradas, ó hectáreas con 0.636.091,351 de cuerdas cuadradas, ó kilómetros cuadrados con 63.609.185,166 cuerdas cuadradas.

El señor Newman cree que el siglo XX encontrará el mundo de uno á otro polo y del oriente al ocaso gozando de las delicias del sistema métrico. ¿Con que mañana sucederá eso, según usted? Estamos conformes; sólo si que, como tenemos distinta ortografía, donde usted escribe mañana, nosotros nos permitiremos escribir ¡mañana!

POSITIVISTA.



GRUPO DE ESCRITORES BRASILEÑOS

Para que no se diga que nosotros tenemos el propósito de hablar solamente de Maranhão y de marañenses, cuando el Brasil intelectual no puede estar circunscrito á la bella y decadente Atenas, continuamos hoy nuestra tarea de reporter literario internacional, interrumpiendo la galería de marañenses notables, para presentar á los lectores de LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA algunos de un grupo de hombres de letras residentes en Rio de Janeiro, la capital de la República.

Pero... como sería difícil una reunión de intelectuales en nuestro país, sin hallarse representada la famosa ex-provincia, en el grupo hay también dos marañenses conocidos: Arthur Azevedo y Coelho Netto.

El primero es el brillante comediógrafo y humorista de *Uma vespera de Reis* y *Badejo*, para no citar sino dos, entre sus muchas piezas teatrales de indiscutible merecimiento; el gracioso y elegante *conteur* de *Horas de humor*, *Contos possíveis* y *Contos efémeros*, de ediciones agotadas, el cronista de Palestra, la popularísima sección diaria de *O Paiz*, el poeta fluente, correcto, natural é inspirado, casi siempre, de una multitud de sonetos y otras composiciones llenas de *esprit* y de *humour* deliciosos. Por añadidura, es crítico teatral renombrado, y el mejor traductor de Molière. Por desdicha, el público fluminense aun no concurre en masa para oír los versos impecables de la *Escuela de maridos*, prefiriendo el género fácil y... lleno de vida y movimiento, de las revistas de año del mismo autor, algunas de las cuales cumplen centenarios sin retirarse de la escena. El *Gavroche*, la última revista de acontecimientos y comedia de costumbres, actualmente exhibida en el teatro *Recreio*, atrae todas las noches, hace dos meses ya, miles y miles de personas al hermoso coliseo, en que aplauden con delirio la pieza de Arthur Azevedo. El éxito constante de sus revistas, no le impide ser el apóstol de la idea de la creación de un teatro nacional, idea que tiene ya un principio de ejecución.

Coelho Netto. ¿Pero qué decir del joven novelista, trabajador infatigable é indudablemente el más popular de nuestros literatos, que no sea conocido de los lectores? Repitamos las palabras de Graça Aranha en su conferencia del Ateneo de Buenos Aires, acerca de la *Literatura moderna brasileña*: «... El señor Coelho Netto también podía ser considerado como un naturalista, si leyéramos sus cuentos *Sertão* ó su romance *Miragem*. La faz principal de su espíritu es la fantasía: ahí, lo reputo un maestro cuando él deja transparentar todo el lirismo de su imaginación potente y florida. Nadie es más fecundo en el arte, que el autor del *Album de Catibán*, y es por cierto uno de los mejores de los actuales prosadores de nuestra lengua, por la riqueza del vocabulario, por el esmero, por la abundancia y la afluencia de la frase, y un futuro grandioso le está garantizado en nuestras letras.»

Agreguemos á este juicio, que además de publicar un tomo cada seis meses, *tour de force* con que algo pierden las letras patrias, olvidándose el prodigioso autor que Dostoyewski, el estupendo Shakespeare ruso, cuyas huellas intentó seguir en su novela *Inverno em flor*, vivió cerca de 70 años, y escribió poco más de un libro por década, Coelho Netto es cronista de varios periódicos de Rio, San Paulo y Rio Grande.

En el grupo fotográfico están á los lados de Coelho Netto, los dos conocidos poetas Olavo Bilac y Guimarães Passos, los hermanos siameses, como los suelen llamar en los círculos literarios. Bilac, fluminense de nacimiento, por lo tanto *carioca da gemma*, y Passos, alagoano, hijo de madre

marañense. El primero, es considerado como uno de los jefes del parnasianismo brasileño, y supremo arquitecto del soneto. En realidad, nadie en el idioma portugués escribe ni más perfectos, ni más armoniosos sonetos. Son productos realmente tropicales, de colorido de fuego, de ritmo sensual, de forma brillante. Tal vez carezcan de alguna inspiración... Lo cierto es que léese *Via láctea*, la famosa colección de sonetos, una y muchas veces, sin apercibirse de la falta. Cuando contemplamos horas y horas, en el vestíbulo del *Jockey Club*, las líneas impecables de la *Diana* de Falguière, lo que menos buscamos en aquel mármol es el pensamiento del artista, la centella de vida comunicada á la estatua. ¡Nos basta con la pureza de la forma!

Alguien consideró el soneto como una prisión. ¿Cómo encarcelar la idea en catorce líneas? ¡Bástele la forma marmórea! Tiene razón Bilac, y que no le falta imaginación pruébalo en sus *Crónicas y novelas*, en sus páginas humorísticas de los diarios fluminenses, en sus versos espontáneos y cáusticos de todos los días.

El otro, Guimarães Passos, es bien conocido en Buenos Aires, á donde emigró durante la revolución de 1893 y donde cuenta no pocos amigos. Su libro *Versos de um simples*, dióle el renombre de que goza desde hace diez años. Es poeta sincero, sentimental y delicado como Balart, su predilecto entre los modernos españoles. Sus versos tienen á la par de la corrección, una *morbidez* casi femenina y un sensualismo casi ingenuo. Nunca el título de un libro de versos tuvo la significación de éste: *Versos de um simples*. Después de este libro, sus mejores composiciones fueron inspiradas en Buenos Aires, á que deben las letras brasileñas, entre otras, la *Symphonia da Saudade* y *Gavotta Predilecta*.

Como Bilac, escribe Passos en varios diarios de Rio y juntos colaboran en la *Gazeta de Notícias*, haciendo una sección en forma de un pequeño diario independiente en la página de honor del diario fluminense. Llámase *O Engrossa*, y es terrible arma de ironía contra los lisonjeadores y adulones sociales y políticos, esa *coté* peligrosa y repulsiva que no encuentra correctivo en las leyes, y menos aun en la dignidad de los hombres, y que la gerga fluminense denomina *engrossadores*.

¡Probablemente, después de este artículo, sus espirituales redactores nos nombrarán corresponsal en el Plata!

Ya no nos queda espacio para tratarlos como merecen, á Pedro Rabello, poeta y *conteur* inspirado, y, como los cuatro anteriores, miembro de la academia de letras, y Alvares de Azevedo, también poeta elegante y conocido.

Quizás de ellos, como de Plácido Junior y Marques de Hollanda, dos nuevos geniales de talento, que también forman parte del grupo artístico, hablabamos alguna vez.

Entre los excursionistas. (tratábase de una fiesta en honor de O. Bilac) vese enfrente de Arthur Azevedo, un anciano respetabilísimo. ¡Es el poeta Pederneiras!

Así como los demás compañeros son periodistas por afición, este periodista es poeta... por temperamento. El doctor Pederneiras desde el descubrimiento del Brasil ó tal vez antes, pertenece á la redacción del *Jornal do Commercio*, el gran órgano de la prensa brasileña. De aquí á doscientos años lo redactará aun... No hay manifestación de progreso y de civilización en mi país, que se haga sin la presencia de Pederneiras, para contarle á los lectores del *Jornal*. Inaugúrese un ferrocarril en Minas, una fábrica en Maranhão, un teatro en Manaos, un diario en São Paulo, un saladero en Rio Grande, allí estará Pederneiras. Bondadoso, paciente y legendario guía de los jóvenes en el periodismo, es también para ellos una sombra, un espectro del pasado, algo así como un personaje destacado por la Historia para vigilar los pasos de la moderna generación. Su actitud en el grupo, es bien sugestiva.

El, que me perdone la ligereza, y á guisa de absolución mándeme algunos consejos, hoy que el acaso dispuso que luchemos bajo la misma tienda y por la misma bandera.

FRANCISCO GUIMARAES.

Buenos Aires, Marzo de 1899.



DR. D. FRANCISCO LATZINA

Posible es que, cuando nuestros lectores pasen la vista por estas líneas, se encuentre ya de venta la tercera edición del *Diccionario Geográfico Argentino*, obra monumental del doctor don Francisco Latzina, — con cuyo retrato honramos el presente número.

Geográfico hemos dicho, y en rigor no es este el adjetivo que le cuadra, porque, lejos de circunscribirse á esta rama de la ciencia, el libro abarca otras muchas materias, constituyendo poco menos que una enciclopedia que acredita los vastos conocimientos y la laboriosidad increíble del que, en brevísimos años, ha sabido dar honrosa cima á tan colosal empresa.

La obra, que tenemos á la vista, contiene cerca de 30.000 descripciones, en las que se hallan comprendidos, desde la populosa ciudad de Buenos Aires, hasta la más modesta chacra de la República, desde el majestuoso Plata hasta el último arroyuelo, desde los soberbios Andes hasta la más humilde loma; dándose, cuando están relacionadas con los nombres de los puntos geográficos descriptos, numerosas noticias históricas y científicas de inapreciable valor para el estudioso, y de innegable utilidad para el público.

No conocemos libro que dé más perfecta y cabal idea de lo que es la República Argentina, ni inventario más minucioso y completo de las riquezas que atesora su seno pródigo, ni exposición más elocuente y clara de sus adelantos.

Varias tentativas se han hecho para dotar á la bibliografía argentina de un diccionario geográfico; pero todas esas tentativas, con ser de más modestas pretensiones, han abortado, por causas que no acreditan por cierto en los autores de tales conatos, gran suma de constancia y abnegación.

Porque se necesita abnegación y constancia para llegar á la cima.

Quedábale reservada esta gloria al ilustre sabio que por iniciativa propia, sin el apoyo y concurso de gobiernos y sociedades, y sin el estímulo del provecho, que suele ser nulo para los que se sacrifican en aras de la ciencia, lanzóse valeroso á tan ardua empresa, sin que le arredraran las mil y mil dificultades de que estaba erizado el camino que había de conducirle al fin propuesto, —al fin logrado.

Admira, asombra que, á la paciente labor de un hombre solo, se deba ese cúmulo inmenso de datos que nutren la obra, aquí donde las fuentes oficiales de información no suelen manar muy claras; datos que ascienden á muchos miles y cada uno de los cuales supone una investigación penosa, para depurarlo en lo posible de todo error.

Admira, asombra que, en el breve espacio de pocos años y debido al esfuerzo y dirección de una sola inteligencia, hayan podido acumularse y ordenarse en una obra homogénea, elementos tan heterogéneos, tal riqueza de observaciones, tal abundancia de datos relacionados con la historia, con la etimología, con la estadística, con la ciencia en general, con las artes, con el comercio, con la industria, con todas las manifestaciones del progreso y de la cultura, echando así las amplísimas bases para una enciclopedia argentina completa, que si Dios da al autor de la obra que nos ocupa toda la vida y toda la salud que le deseamos, surgirá de sus creadoras manos, pues nadie mejor preparado que él, para realizar tan magna empresa.

Y no es la universalidad de conocimientos lo único que admira en el libro de que venimos hablando, sino el método claro y conciso con que están expuestos todos los datos, y las felices innovaciones de forma introducidas en la obra, que la distinguen de todos los demás léxicos.

El *Diccionario Geográfico Argentino*, como cuan-



DR. D. FRANCISCO LATZINA
DIRECTOR GENERAL DE ESTADÍSTICA DE LA NACIÓN

tas publicaciones ha dado á luz el Director de la Estadística Nacional, doctor Latzina, que son ya numerosísimas, lleva impreso el sello de la originalidad, sello que nunca se ve en manos de medianías, y que sólo es dado estampar en sus obras al genio creador.

Diferénciase la tercera edición que nos ocupa, de las dos anteriores, en la notable ampliación de muchos datos contenidos en aquéllas, en la rectificación de algunos errores deslizados, por la deficiencia de las fuentes en que fueron tomados anteriormente, en la introducción de gran número de descripciones enteramente nuevas y de una larga serie de artículos de carácter científico, histórico, etc.; en un considerable aumento de las coordenadas geográficas, en nuevos datos estadísticos sobre educación, ferrocarriles, correos, telégrafos, comercio, etc., etc.

Los talleres del señor Peuser han puesto á contribución sus mejores elementos para dar al libro la forma material que reclamaba su importancia intrínseca, y como trabajo tipográfico, justo es declarar que en nada cede á las publicaciones similares europeas.

En suma, el doctor Latzina ha hecho una obra meritisima, al dotar al país de una publicación que viene á llenar un gran vacío y que na-

die había acometido con éxito hasta ahora. Reciba nuestra más cumplida enhorabuena por esfuerzo tan loable, y ojalá nuestro humilde aplauso, unido al de los que de veras aman esta hermosa tierra americana, y que no le regatearán seguramente, le sirva de estímulo para dar al país nuevas obras que le eduquen y le enaltezcan, como las que le ha dado hasta ahora, y con las que se ha conquistado un puesto de honor entre los colaboradores más entusiastas de su progreso.



POR FIESTAS Y TEATROS

Música de actualidad—Lorenzo Perosi—Oratorios—Los de Perosi y su organismo—Música sagrada y religiosa—En el «Argentino»—*La Pasión y La Transfiguración de N. S. Jesucristo*—Guimerá y sus traductores—*Jesús de Nazareth* en el «Victoria»—Fragmento del señor Javier Santero—En el «San Martín», por la colectividad española—En la «Comedia»—En el «Mayo».

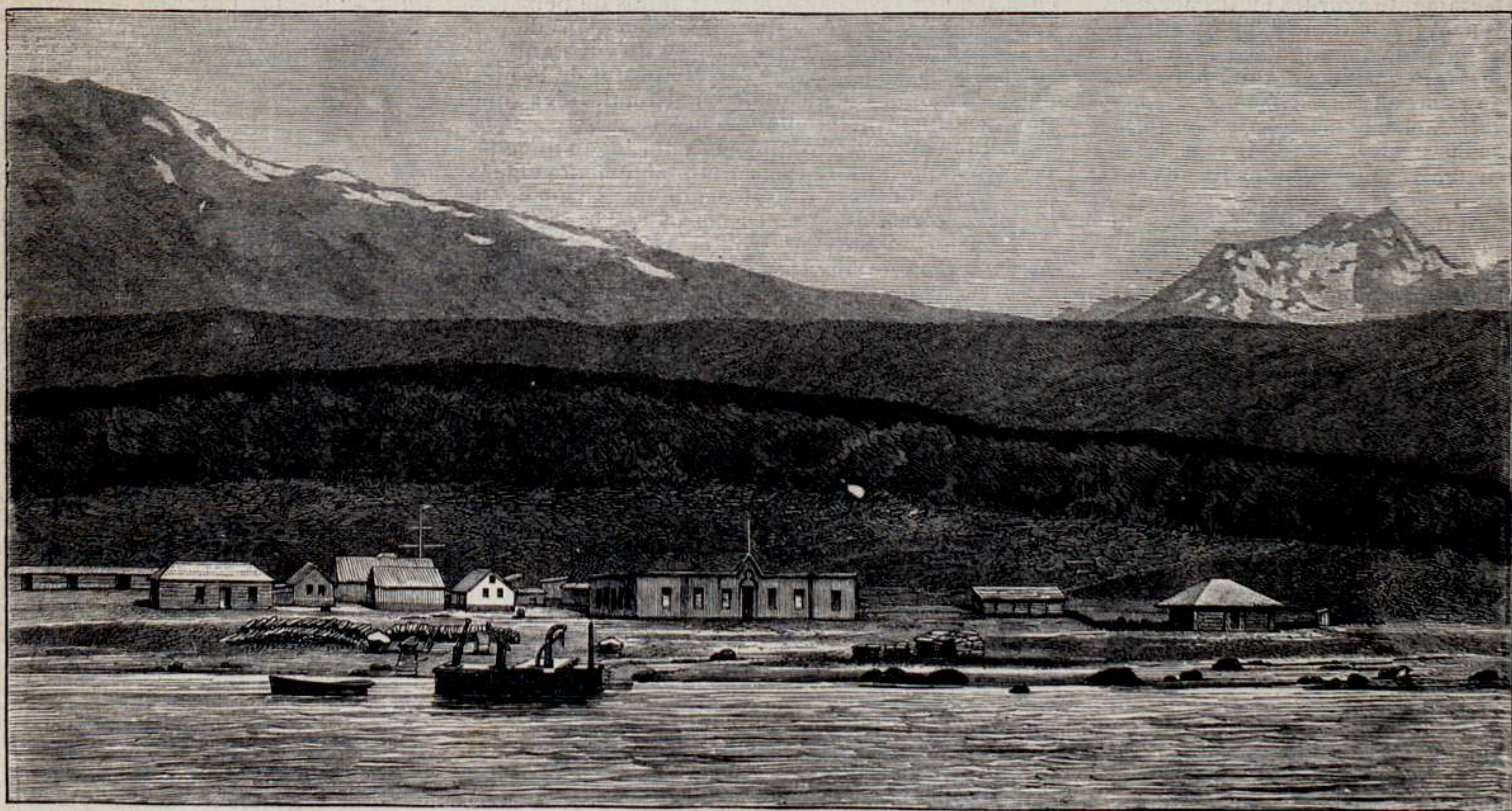
La ola del renombre artístico cruza del viejo al nuevo continente, familiarizándonos con el nombre del joven sacerdote y ya célebre músico Lorenzo Perosi. Y tributo y homenaje á su talento, se ha rendido en la culta capital bonaerense, entrando al fin en sus «Oratorios» (los aquí conocidos) como con gracejo espiritual dice un periodista, por aquellas fugas que, según un distinguido crítico italiano, «cantan, gimen y oran, impregnadas de temas variados y siempre felices».

Sólo en los días consagrados por la tradición y el sentir universal á las ceremonias religiosas de Semana Santa, se han suspendido los espectáculos teatrales, y dedicado los ocios del espíritu ó las inclinaciones del gusto y del sentimiento, á piadosos recuerdos y lecturas cristianas.

Al terminar el mes, enlutados aun los altares de los templos, no hay tema más acorde que el de la inspirada *música religiosa*, de verdadera actualidad, del eminente músico y sacerdote: algunos datos recogidos *pêle-mêle*, darán carácter á nuestra crónica quincenal.

Anotaremos, de paso, completando la opinión del maestro y crítico italiano ya citado, que él ha dicho: «Tal vez él solo, después de Bach, ha sabido doblegar la vieja forma de la fuga, que por mucho tiempo permaneció simple artificio académico, á expresar los sentimientos y las pasiones humanas.»

La historia de Perosi es breve: el primero á quien cupo la suerte de encaminarle en su carrera triunfal, fué su mismo padre, humilde maestro de capilla de Tortona, pequeña ciudad del Piamonte, y uno de los primeros y más decididos adherentes al movimiento de la música sagrada, llamado *ceciliano*, que felizmente se va extendiendo en Italia.



REPÚBLICA ARGENTINA — TIERRA DEL FUEGO — GOBERNACIÓN

No se cansaba de repetir á su hijo, aún muy niño, que la música que á él y á los organistas colegas suyos imponía la ignorancia popular, no era música...

El niño no olvidó jamás estas palabras. A los 14 años, componía para el día del santo de sus padres, pequeños madrigales á varias voces, ya impregnados de sabor clásico, que él mismo cantaba con sus hermanitos en ese nido musical que era y es la familia Perosi.

Estudió en el Conservatorio de Milán. En 1893, por empeños del conde Lurani-Cernuschi, su amigo entusiasta y alma de la reforma cecilianiana, fué enviado á Ratisbona, en donde quedó un año, pudiendo saborear las obras maestras de la música sagrada.

Al año siguiente (1894) habiendo ya abrazado la carrera eclesiástica, fué nombrado director de la Capilla de San Marcos en Venecia.

Y más tarde, S. S. León XIII, después de los triunfos de Roma, se dignaba nombrarle director perpetuo de la Capilla Sixtina. Pero Venecia protestó. Le arrancaban una de sus glorias más puras, pues aunque Perosi no es veneciano, allí se le quiere y venera como tal. Entonces el Santo Padre, benignamente, concedió que continuara siendo maestro de Capilla de San Marcos, asistiendo únicamente á las principalísimas funciones de la Capilla Sixtina.

palabras de otro personaje, éste las canta. Dice, por ejemplo, el historiador: *Et ipsi dixerunt* (y los apóstoles dijeron): y los apóstoles en una breve frase á tres voces dirigen su pregunta á Jesús. El historiador continúa: *Respondens autem illis, dixit Jesus* (Jesús contestó y dijo): y á su vez el personaje que representa á Jesús canta su respectiva parte. El coro, á intervalos, comenta de diversas maneras la acción, y casi siempre en forma de himnos litúrgicos en relación con la misma.

La orquesta acentúa y poetiza la narración del historiador, describe las situaciones, prepara las palabras de los personajes y las comenta después de pronunciadas, dejando largo campo á la meditación.

Pero es necesario que el lector no olvide cómo en semejante representación el Redentor, San Pedro, la Magdalena, Marta, etc., tienen su hoja de papel en la mano; aquéllos visten de rigurosa etiqueta y éstas un sencillito traje blanco.

Nada de aparato escénico, nada de cuadros ni situaciones dramáticas, que se llevan en las óperas modernas una buena parte del mérito de la ejecución.

Aseguran los inteligentes que es maravilloso cómo Perosi maneja la orquesta, pero agregan que está descontento de la manera cómo ha tenido que darlos á conocer.

anunciados, *La Pasión de N. S. Jesucristo* y *La Transfiguración de N. Señor Jesucristo*. Ambos han completado ideas, han recordado giros y temas y comprobado una y otra vez más, á través de la complicada urdimbre de este género de música, la valía excepcional del insigne músico.

Diffiere *La Pasión de La Resurrección de Lázaro*, en el estilo, procedimientos de armonización y partes vocales, abundando en pasajes de soberana belleza musical que ya se hicieron conocer en los prolongados aplausos que obtuvo en su primera parte, «La cena del Señor».

Allí hay riqueza de concepto y de composición; allí rebosan la vida y el vigor en todos sus pasajes y todo interesa, «sin mengua del carácter austero y elevado á que el género y el asunto la obligan», como dice un crítico, y en «progresión creciente: el prelude preparatorio (que tienen también las otras dos partes); la orquesta constantemente, por su copiosa labor descriptiva moral, en que la ciencia y la imaginación van de par con el profundo y sostenido sentimiento religioso; los recitativos corales y los coros, propiamente dichos, en los que resplandece el arte del joven abate para conducir las voces en forma polifónica y fugada, con variedad, claridad y hasta con un ardor que parecía excluido de la rigidez clásica y que se comunica al oyente, induciéndole casi á unir su voz á la de aquella magnífica masa, que es la mejor prueba de su identificación con la obra; y



REPÚBLICA ARGENTINA — MENSAJERIA EN LA PAMPA

«Pero, ¿qué son los oratorios? Rápida reseña histórica nos pondrá al tanto de esta «novedad musical» (pues lo es para muchos), en los que, venciendo enormes dificultades, ha ganado el músico italiano sus grandes laureles.

La historia de la música atribuye á S. Felipe Neri la introducción de esta forma musical, que á su vez dió origen á la ópera moderna.

Con el objeto de entretener al pueblo para que no tomara parte en las licenciosas fiestas del Carnaval, instituyó S. Felipe funciones sagradas en el «Oratorio» de Santa Maria en Roma: de donde el nombre actual de *Oratorio*.

En un principio no eran sino especies de himnos á cuatro voces con pequeños solos: poco á poco, se fué introduciendo la representación escénica y los sujetos eran sacados de la Sagrada Escritura.

Coadyuvaron con S. Felipe Neri, en la parte musical, los célebres Animucci y Palestrina, italianos, y Vitoria, español, príncipes del arte sagrado.

Este difícil y elevado género musical fué cultivado por los más grandes maestros de todas las naciones; pero crearon verdaderas obras maestras Bach, Haendel, Beethoven, Haydn, Mendelsson y Gounod, á cuyos nombres la historia añadirá el de Perosi.

Y ahora dos palabras sobre el organismo de los Oratorios del afamado músico:

La parte principal está confiada al *historiador*. Este narra con las mismas palabras latinas del Evangelio, los acontecimientos que se desarrollan, y á medida que en su narración intervienen las

Estos oratorios han sido ejecutados en teatros y en templos; sin embargo, él desearía que ni en unos ni en otros se ejecutaran, por la sencilla razón de que su música no reviste la gravedad y parsimonia litúrgica que la Iglesia desea para la música de sus templos, ni mucho menos es música profana.

Pertenece á ese género, por falta de mejor distinción, llamado *música religiosa*, que no se debe confundir con la *sagrada*, propiamente dicha. El demostrar esta diferencia, nos llevaría muy lejos, y el entusiasmo no justifica tan latos distingos.

Se ha hecho una observación, que más que cualquier otra, puede dar una idea exacta del ingenio del abate Perosi. Las peregrinas elegancias, la novedad de movimientos, la equilibrada variedad del colorido, que son méritos peculiares de su música, parecerían debidos á una paciente y pertinaz labor de lima.

Sin embargo, se asegura que son más bien fruto de una inspiración casi extemporánea. Baste decir que empleó cerca de mes y medio en la composición de *La Transfiguración* y otro tanto en *La Resurrección de Lázaro*, y aunque no se pueda asegurar cuánto le ocupan los últimos oratorios que la prensa y el telégrafo anuncian, siempre habrá que descontar del *trabajo artístico* toda la suma de tiempo que le absorben sus ocupaciones habituales, y la improba labor de los ensayos y preparación de las ejecuciones en tan variados y distintos puntos del mundo europeo.

En Buenos Aires, y en el mismo teatro «Argentino» han tenido lugar los otros dos oratorios

por último, ó mejor dicho, principalmente, por los interesantes solos que en ella tiene el barítono representando á Cristo, y que están tratados en una forma más amplia y expresiva que los de la misma parte en *La Resurrección de Lázaro*.

Por añadidura, dicha parte de Cristo estuvo encomendada al notable barítono español don Emilio Sagi Barba, que ni un solo momento dejó de estar á la altura de ella y en ningún pasaje defraudó la expectativa de cuantos conocen la valía del señor Sagi Barba como cantante largamente dotado y perfectamente instruido.

Ya pugnaban por estallar los aplausos al oírle el versículo «Unus ex duodecim...» en andantino á tres por cuatro, por la ilación de voz, la espontaneidad de emisión, la pureza de acento y de estilo que revelara; pero llegado el Santo de la Consagración, «Sumite; hoc est corpus meum», una salva nutrida y prolongada de aplausos premió al peritísimo cantante, al director, señor Boniccioli, y á las masas, obligándolas á repetir esta página admirable por todos conceptos.

Otro tanto sucedió con el estupendo coro final «Et, hymno dicto, exierunt», y el cántico «Lauda Sion», que dejó una profunda impresión de grandeza con las seis modulaciones finales que en movimiento paralelo transportan las voces al tono de *re mayor*. El valor de esta página, sostenido por el de su ejecución, justificó los grandes aplausos y la repetición que obtuvo.

En toda esta parte primera, ya se notó por los detalles de colorido y de ajuste, el buen resultado de su mayor ensayo con relación al oratorio anterior.

Quizá el gran efecto de esta parte dañe algo al de las dos restantes, que por el más acentuado

carácter místico á que han de ceñirse ofrecen un tinte sombrío permanente, que de momento parece privar á muchos pasajes de ese relieve tan vigoroso, ofrecido por los de la parte anterior. En la «Oración en el Monte» (2.^a parte) la orquesta sigue interesando mucho, sin embargo, lo propio que los solos de Cristo, como el «Tristis est anima mea», el «Abba Pater», el «Dormite jam», en todos los cuales el señor Sagi Barba siguió observando el más puro estilo místico. En esta parte interviene como segundo Historiador, el bajo señor Villani, que cumple bien.

La 3.^a y última parte, con otra parte de barítono como primer Historiador (señor Poggi) y una de tenor (señor Maristany), ya ofrece más variedad en este concepto; pero su tinte sombrío se hace más intenso, llegando lo patético, desde el pasaje de *Las tinieblas*, á abismar el ánimo en una honda contemplación mental de la sublime tragedia con todos sus grandes misterios y su infinita trascendencia.

El coro sarcástico de los Escribas y Fariseos, notándose del Crucificado, contrasta atrozmente con la amarguísima queja del Redentor: «Eli, Eli ¿lamna sabactani?» Las palabras del bajo «Jesus autem, emissa voce magna, expiravit», aterran; y el coro final «Plange», de un colorido hondamente tétrico, coronan las impresiones anteriores con una inexplicable impresión de estupefacción ó ensimismamiento que parece imposibilitar toda muestra de entusiasmo. Ya nada hay que hacer: *consummatum est*.

Y dice el señor Frexas, á quien seguimos en esta reseña crítica, hablando del tercer oratorio «La Transfiguración», que no parece estar todo él á la altura de los dos que le han precedido, pues los coros de su primera parte, que adolece de cierta monotonía, impresionan débilmente el ánimo. Interesan bastante, sin embargo, sus solos de canto, en los que predomina la voz de tenor (Historiador — Maristany, que cantó con dulzura y buen estilo); ofreciendo por fin un terceto de esta voz, barítono y bajo (Poggi y Villani), de regular efecto. Son severamente hermosas las frases de Cristo, que se aplaudieron al barítono Sagi Barba, y muy bella siempre la parte orquestal, que se hace notar principalmente en sus dos variaciones á los temas corales del himno *In Transfiguratione Domini*.

Pero todo mejora en la segunda parte, llena de inspiración; y la orquesta, tanto acompañando como sola, produce, sin cesar, bellezas que casi parecen excesivas dentro de la severidad del género, y que arrancan aplausos entusiastas, motivando la petición de *bis* para el magnífico pasaje con que comienza la parte relativa al «Furor del Poseído».

Después de este oratorio se ejecutó la primera parte del *La Pasión*, con el éxito de siempre, debiendo repetirse la consagración, en que volvió á estar admirable el barítono Sagi Barba y la fuga final con las brillantes modulaciones que la coronan.

Digamos ahora, por nuestra parte, que la ejecución se resintió de la premura con que había sido preparada, aunque no se hayan producido vacilaciones propiamente dichas en todo el rigor del concepto; fácil es de ver que el terreno hollado no está todavía seguro. Hubo corrección y nada más; faltaba aún esa homogeneidad que da el aplomo consiguiente á la seguridad de lo que se hace. Como anteriormente, las audiciones sucesivas han de afianzar el buen trabajo, pero no deja por eso de ser arriesgado el llevar ante el público obras de esa clase con tan *premiosa* preparación.

Y... empezó la Semana de Pasión para el arte teatral, «chico en grande», como festivamente decía un ingenioso cronista notando aquellas *pequeñeces* de empresarios y actores en el «Victoria», al presentar un «drama de actualidad» (como entre bastidores se le llamó), el *Jesús de Nazareth*, del eminente escritor y dramaturgo catalán don Angel Guimerá.

La traducción de don José Alegret y Samá, iba á ponerse en escena. El drama sacro, que consta de 14 cuadros, y lleva algunos números de música notable, compuestos por el maestro Morera, interesaba al público, y había ansia de justificar de *visu* los bombos anticipados.

¿Pero qué faltaba á esa música para brillar en todo su valor é importancia? Más elementos orquestales y... más ensayo.

Primera cruz.

¿Qué faltaba á la traducción? Brillo, exactitud, inspiración, relieve... algo de lo mucho que en su dialecto, puso el vate catalán.

Segunda cruz.

Repartióse la representación, á cargo de la Compañía Cordero, designando para la parte de Jesús al señor Cordero; la de Judas, de gran relieve en esta obra, correspondió señor Alentorn; la de la Virgen á la señora Pérez, y la de María Magdalena á la señora Pestalardo.

Tomaron parte, además, entre otros, los siguientes artistas, algunos con dos papeles: señoras Zamora, Huertas, López y Tejada, señorita García y señores Aparicio, Guerrero, Veguer, Martínez, Salvany y Osés.

El drama... no llenó, hablando en jerga teatral: y se pensó en su «acomodamiento», y así se anunció, con los señores Santero y Llonch, que habían retirado antes su traducción hecha con el mismo objeto.

El señor Alegret fué el primer traductor: ¿*tra-duttore*? Y Guimerá salió perdiendo por el que lo castellanizaba con mutilaciones incomprensibles. El señor Llonch, que tradujo también la obra, con el «acomodamiento», el galano poeta y autor aplaudido señor Javier Santero, que la puso en verso, interpretando el pensamiento y alcance histórico-filosófico de la obra genial del vate catalán, cubrieron sus sienes de espinas dolorosas, al ver cómo los actores ó actuantes, confundían lo aprendido la víspera con lo ensayado por la mañana.

Y el gallo cantó... y resultó el *galimatías*. E hicimos cruz y raya.

¿Es esto empresa seria? ¿Es esto teatro, ni arte, ni cosa que lo parezca?

Hubo un rayo de luz: el decorado, del pintor escenógrafo señor Piantini, único Cirineo de este... calvario.

Justicia obliga, y ya que tan pobremente ha sido conocido por el *respetable público* (siempre respetable, pues son, señora empresa, ese vulgo y rey de los éxitos y sus representantes en la prensa), el grandioso drama de Guimerá, queremos dar á conocer la parte de Judas, que debemos á la galantería y amabilidad del señor Santero.

JESÚS DE NAZARETH

Acto 5.º — Escena final del 9.º cuadro

JUDAS

¡Aquí ha caído un rayo! Mas no corre por dentro de mí ser calor y fuego, sino frío marmóreo que me hiela, y oleadas de sangre llegar siento á mi garganta. No con estos ojos, con los que miran desde más adentro, en los suyos (*) he visto la mirada de mi madre infeliz, cuando en su seno me tenía de niño y ya me hablaba, con fe en el alma y con sencillo acento, de cosas de otro mundo y de otra vida, que por primera vez ahora recuerdo.

¡Quiero llorar! ¡Haced que acudan lágrimas á mis ojos! ¡Hincadme un clavo en ellos; y si lágrimas no, que lloren sangre! ¡Lágrimas! Ni las tuve ni las tengo, ni he llorado jamás. Yo me reía cuando mordía de mi madre el pecho. Me reía matando tiernas aves, ó atormentando al débil y al pequeño; al robar las pobreza de mi hogar, también reía; y cuando el sueño eterno cerró los ojos de mi buena madre reía á carcajadas. Y riendo he vendido á Jesús. ¡Cuando á la muerte le llevan, yo me río. Y hasta siendo el último momento de mi vida me he de reír. La muerte y yo reiremos la carcajada eterna. ¡Siempre risa! ¡A reírse! ¡A reírse! (1) ¡Yo me muero! ¡Ay! ¡De toda mi sangre haz una lágrima, Señor! ¡Sangre! (2) Si, sangre siempre encuentro! ¡Y es de Jesús! De El, que la ha vertido por salvar á los hombres. ¡Vil engendro! (3) ¡Tú eres sólo la espuma de la escoria! ¡Espuma de la escoria, ve al infierno!

El Espíritu Santo, al engendrar un Dios, tomó por urna el casto cuerpo de una Virgen. ¡Y á mí, en la misma hora, Satanás me engendraba! A mí me dieron, en vez de sangre, baba de serpiente de la que tentó á Eva; y en mi pecho, mordido por Adán, reído por Eva, el fruto del pecado ocupa el puesto del corazón; y ya reclama el árbol su fruto, y entregárselo yo debo.

¡Ya todo, todo para mí ha acabado! Me desprecia Jesús; mis compañeros me maldicen, me odian. ¡Asesino! ¡Monstruo! ¡Traidor! me gritan tierra y cielo. Y en tanta soledad sólo hay un sitio en que me abren los brazos: ¡el infierno! ¡Allá voy á buscarte; que tus llamas, extingan este frío en que me hielo! ¡Que no oiga á Jesús en su agonía! ¡Armado, diablos, infernal estruendo! ¡Traidores: los que fuisteis, los que sois, los que seréis mañana, en todos tiempos y lugares, ya en mi tenéis bandera! ¡Que Judas sea el sobrenombre vuestro! ¡Venid! ¡Mi carne apesta! ¡Está podrida! ¡Cebaos en ella, repugnantes cuervos! ¡Maldito sea todo lo creado!

(*) En los de Jesús.
(1) Riendo histéricamente.
(2) Reparando en la que dejó Jesús en el suelo al pasar hacia el Calvario.
(3) Golpeándose.

¡Emprendan su camino al mismo tiempo, el traidor y su víctima inocente; el mal apóstol y su buen maestro! ¡Diablos, venid por mí! ¡Soy vuestra presa! ¡A la gloria, Jesús! ¡Y yo al averno!

* Un acontecimiento teatral, por el fin y propósitos que lo guiaban y por la enorme concurrencia que asistió á la fiesta, fué la función organizada en el «San Martín» por la colectividad española, á beneficio de aquellos bravos que voluntariamente marcharon de aquí á guerrear por España en Cuba, al principio de aquella infausta lucha civil que había de tener término tan ilógico é incomprensible.

El gran teatro de la calle de Esmeralda, de bote en bote, y la genial obra del maestro Bretón, *La Dolores*, en escena; después, muchos, nutridos aplausos, á la gentil borinqueña Angeles Montilla (que no quiere ser *yanquesa*), cuya delicada labor nos reveló (estaba hace tiempo velada) á la artista inteligente y justamente aplaudida siempre, y más en esa noche, especialmente en el terceto y dúo del primer acto; y en éste, sobre todo, que, al cantarlo con Sagi-Barba (haciendo éste de Melchor), resultó... primoroso por ambas partes... cantantes.

Bien la señora Matilde Ceballos, de Gaspara: delicado en el madrigal, cantado con mucho gusto, Maristany, quien estuvo también superior en el dúo.

Ya hemos dicho que Sagi-Barba estuvo á notable altura, y agregaremos que Segura, Froust y Galván (éste sobre aquéllos) estuvieron bien.

Y no olvidemos que la nota admirable fué la orquesta, dirigida por el aplaudido maestro señor Puig, compuesta por la mayor parte de los profesores del teatro «Argentino». La labor fué primorosa, dando verdadero realce á toda la obra. La jota muy bien, que valió al maestro una ovación.

El tenor señor Alcalde cantó después admirablemente, el *Ave María*, de Luzzi; nos dió á conocer con gracia, un estilo argentino del maestro Rolón y terminó con un *zortzico* aplaudidísimo.

Dió fin el espectáculo con la hermosa zarzuela *El Santo de la Isidra*, en la que hicieron primos De la Vega, Ruiz, Juárez, Mesa, Perdiguero, la señora Sánchez y demás compañeros que trabajaron con amor, y fueron elogiados y aplaudidos con justicia.

Dos beneficios en la «Comedia» y uno en el «Mayo», han constituido lo esencial de la temporada.

En el teatrillo de la calle de Artes, Ventura de la Vega, en su día, es decir, en su noche, y Ruiz, el popular Ruiz, en la que eligió, recibieron regalos y obsequios cariñosos, y dando de sí (lo que no siempre hace este último, por desdicha), justificaron el entusiasmo de aquel gentío que llenó las localidades, manifestando así su simpatía y afecto por los dos inteligentes artistas, sobre todo á Ruiz, cuando se supo que *se queda otra temporada*.

No menor ovación y cariñoso afecto mostró el público del «Mayo» á la Montilla (próxima á marcharse, según se dice) quien, en aplausos, joyas riquísimas y regalos espléndidos, recibió el homenaje de los que van al teatro á oír y á ver, y de los que sólo van á ver como *estetas* que adoran las gentileces antillanas.

¡Se va! Lo sentimos muy de veras, mucho más, no sabiendo á quién iba dirigido aquel *Non m'ama più*, cantado con muchísimo gusto en la bonita pieza nueva *El fraile descalzo*. ¿Sería por mí?

Y terminemos nuestra larguísima crónica, diciendo que en este mismo teatro del «Mayo» gustó la piececita *El cuarto de Banderas*, de Ricardo Monasterio y su música, de Estellés; é hizo mucha gracia *Churro Bragas*, de Alvarez y Paso, parodia de *Curro Vargas*, drama lírico, aplaudido en Madrid, de Paso, Dicenta y Chapi, á pesar de no conocerse... lo que se parodiaba.

Porque, eso sí, aquí nos sobra buena voluntad para todo, y por algo vivimos en paz según reza aquello de: «Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad».

Quédese la guerra sin cuartel, para los críticos y buscaflacos como

RENÉ.



DIFICULTADES

PARA EL DESARROLLO DE NUESTRO PODER NAVAL
SIN LOS IDEALES DE LA NACIONALIDAD HISPANO-AMERICANA (1)

La mayor dificultad que precisa vencer para incorporar el poder naval a la nacionalidad hispanoamericana, estriba en las resistencias de los estados de opinión, hoy muy en perjuicio en cuanto a la necesidad del enlace entre la patria grande y a apreciar el principal instrumento necesario a su potencia. Los ideales de la nacionalidad hispanoamericana se abren por sí mismos sus vías en el espíritu público; pero en cambio la opinión colectiva difícilmente llega a comprender que estos ideales sin poderío marítimo resulten vana quimera.

Si las prerrogativas y primacías que el poder naval confiere a las naciones, las comprenden los pueblos con pasmosa clarividencia después de la victoria, y una hazaña naval les subyuga la imaginación más vivamente que los triunfos de batallas campales, en cambio, sin la demostración previa del éxito, el espíritu público, hasta en las naciones de mayor capacidad política, es refractario a comprender las ventajas de las fuerzas de mar y menos a imaginar que en el Océano están las más amplias vías de sus destinos nacionales. A fines del siglo XVI todavía no era llegada Inglaterra a tener conciencia de ello, y sólo ante el impulso de la vigorosa iniciativa de una soberana, que fué más estadista que todos sus reyes, se penetró la Gran Bretaña de que la dominación del mar le llevaba aparejada la supremacía sobre las naciones del continente. La opinión de las muchedumbres necesita, en efecto, para orientarse, guía de cosas palpables o traducciones en ideas de claridad y sencillez extrema. Cuando por comprobación de los sucesos, o por los hábitos que forman segunda naturaleza, se han evidenciado los derroteros convenientes a los grandes intereses, nacionales, y las máximas de gobierno toman por ello claridad que excusa demostraciones, la opinión vulgar tiene capacidad para formar juicio colectivo directo hasta en cuestiones de extraordinaria complejidad y trascendental alcance. Pero esta misma opinión se agita entre incertidumbres entregándose en desvarío de unas a otras aberraciones, cuando tiene que apreciar cuestiones de gobierno y decidirse sobre ellas por razonamientos *a priori* que se cruzan en disputa.

Esto ocurre sobre todo con las cosas del poder naval, pues presenta en sus comienzos cuestiones que por su naturaleza entrañan las mayores dificultades para inculcar su conveniencia en el espíritu nacional. Además de lo sutil y abstruso del razonamiento técnico en sus problemas y de lo extraño de sus factores para la colectividad ajena a la vida de mar, requiere en su primer impulso, enérgicos procedimientos de política de protección que hieren no pocos intereses creados hasta entre la misma población marítima, surgiendo así, como preliminares obligados de la política para el fomento de fuerzas navales, discordias, confusiones y conflictos en que, si se marean los mareantes, con más motivo los terrestres. Por ello, a falta de la prueba de un resultado inmediato, y rara vez suele ser tan propicia la fortuna que brinde triunfos al empezar, el pueblo, para decidirse entre las discordias de los técnicos y la pugna y confusión de intereses, necesita entonces, o impulso de muy enérgica dirección por parte de sus gobernantes, o un acto de simbólica que subyugue su imaginación con más imperio que los razonamientos. Venecia, que desde su fundación tuvo, durante la época mediterránea del poder naval, tan manifiesto su alto destino nacional de ser el resguardo marítimo de la cristiandad, no se entregó, sin embargo, de lleno al mar sino hasta que en el siglo XII el dux recibió del Papa aquel misterioso anillo, acompañando de la expresiva fórmula: «Únete al mar con este anillo, y tenlo sometido como la esposa al esposo».

Acontece, en efecto, con la creación del poder naval como con las construcciones que exceden la ordinaria proporción. Por su mucho aparato de maderamiento, andamios, cimbras y grúas, mirados a bulto espantan, parecen cosa excesiva, difícil, intrincada, peligrosa, hay mucho miedo para entrar en ellas. Sube la dificultad de punto cuando los que llevan reputación de saberlo hacer, piden mucho para desembarazo de los proyectos y más si han sido desgraciados en anteriores empresas de la misma clase. De igual manera resulta dificultad extrema en convencer a una nación que se embarque, cuando para antecedente y preliminar de la empresa se da, cual en nuestra patria, el caso de tres siglos consecutivos de desastres navales.

Al día siguiente de Lepanto, en España, no sólo por los consejos de la Corona, sino hasta por los yermos de Aragón y Castilla, se apreciaba bien el alcance de la prepotencia marítima para la grandeza patria. Por ello, después, ninguna adversidad entre las de aquel siglo puso tan en tribulación a los reinos como el desastre de la Gran-

de Armada. Las extraordinarias demostraciones públicas con que exhaló la aflicción de aquel suceso, prueban lo identificado que estaba entonces el espíritu nacional con las empresas marítimas de la monarquía. Si hoy no llegamos a comprender sobre ello pesadumbres que los consuelos cristianos contra la tribulación no bastaban a mitigar, es por su contraste con la indiferencia en que después nos dejaron las desapariciones consecutivas de nuestras escuadras por espacio de tres siglos. Cuando desde la batalla de Lepanto resultan continuados nuestros desastres marítimos, sin haber conseguido hacer brillar en las páginas de nuestra historia, victoria de alguna importancia, no es de extrañar haya cundido general convencimiento de que España no es nación marítima, y que hacerla poner sus destinos en la mar equivale a violentar su naturaleza.

Para desvanecer tales prejuicios, de poco vale que resulte evidenciado, con sobrada enseñanza de escarmientos, que en aquella desviación cardinal que padeció nuestra historia con el entronque de los compromisos políticos de la casa de Austria, está la causa de la extenuación de nuestro espíritu navegador y descubridor y de la pérdida de nuestra supremacía naval, y de que por ello, en fin, a pesar de la superioridad de nuestras clases marítimas y de las disposiciones legales dictadas en el ramo por nuestros gobernantes, resultamos, sin embargo, imperio condenado a inevitable naufragio. De nada vale demostrar que ante los abrumadores compromisos de la política continental de nuestro imperio, era imposible evitar que los puertos resultaran en abandono y sin amparo de defensas, las Armadas flacas y necesitadas de todo, las flotas de nuestras matriculas mercantes continuamente embargadas para la defensa nacional, y que apareciéramos, en fin, durante tres siglos, sin fuerzas bastantes para dar seguridad y normalidad de tráfico a nuestras comunicaciones con las Indias orientales y occidentales. Las muchedumbres no pueden comprender ninguna de esas razones aquilatadas de por qué se ganan o pierden las batallas, y de cómo se produce el apogeo o la decadencia de los imperios. Ellas sólo consideran las cosas a bulto, viéndolas siempre en perspectiva alguna distancia, no sintiéndolas y apreciándolas sino por su mera apariencia, y en el grado que hieren su imaginación por la exterioridad y resultado de los acontecimientos que se producen con semejantes aparatos. Por ello nada tan difícil como crear espíritu público de nación marítima y llevar a un pueblo el convencimiento de que sus destinos están en la mar, tras de serie secular de tremendos desastres navales. Y a mayor falta de la victoria, que convence al pueblo, para la creación del poder naval precisa por parte de los gobernantes mayor despliegue de energía sobre un plan muy fijamente orientado en madura meditación y mantenido con persistencia de convicción inquebrantable. Por enérgica que sea en esto la acción directiva de los gobernantes, mientras no vengan las justificaciones del éxito, resultará siempre con eficiencia desproporcionada al esfuerzo y murmurada en casi todos sus acuerdos. Debe en suma tomarse en esto por punto de partida, y como hecho comprobado por la experiencia de todos los siglos, que jamás el espíritu de los pueblos se entrega al engrandecimiento por las vías del poder naval, con ímpetu de corriente poderosa, uniforme y confiada, si no media algún gran suceso o un ideal imponente que haga vibrar a un tiempo en todas las clases un mismo sentimiento por el que, individual y colectivamente, se sientan puestas en comunicación con el espíritu invisible de la patria.

Nos hallamos, por tanto, sobre este punto en la situación singular de una nacionalidad que, alentando un gran ideal colectivo, se siente al propio tiempo como refractaria a entrar en las vías y a recurrir al instrumento indispensable para conseguirlo. Aunque en el firmamento de nuestra patria aparecen ahora como anublados o en ocaso otros ideales, queda uno al menos irradiando resplandores de aurora. Nuestro pueblo, cual si hubiera recibido revelación directa de la patria misma, empieza a columbrar que el mayor ideal colectivo de España es el de la nacionalidad hispanoamericana. Relampane ya por nuestro horizonte los presentimientos de que hay en el alma española una fuerza misteriosa que ninguna soberanía de Estado se ha atrevido todavía a expresar, pues actualmente es más para sentida que para definida, pero que entraña secretos de potencia eficiente para renovar la faz de la tierra. Esta fuerza misteriosa la vislumbra nuestros pueblos con sentimientos aún indefinidos, respecto de ellas están también en incertidumbre de derroteros; pero tiene ya tan soberano imperio en la dirección práctica de las colectividades que, si los gobernantes quieren ir derechamente al corazón de las masas, les ha de bastar sacar a luz los idealismos de la nacionalidad hispanoamericana, con alguna de esas fórmulas políticas vivas y tangibles por las cuales los pueblos comprenden que están colocados en las verdaderas vías de sus destinos. Un feliz acierto en algunos de esos actos de gobierno, que importan mucho más por lo que dejan entrever que por lo que resuelven de presente, sería suficiente para que los pueblos de nuestra nacionalidad en la Península y en América se sientan levantados como en visión deslumbradora y tras-

cendente ante las ideas madres de la libertad, de la gloria y de la exaltación de su patria grande.

A este ideal de la *España Mayor*, que es de más grandeza moral que el de la *Bretaña Mayor*, le es indispensable, como principal instrumento, el desarrollo de un órgano muy vigoroso de poder marítimo. Mas, a diferencia de lo que ocurre respecto del ideal colectivo que es vislumbrado por la nacionalidad misma en intuición directa y con la plenitud de su alcance, en cambio, respecto al poder naval, órgano necesario al mismo ideal nacional, el espíritu público de nuestros pueblos resulta hoy como refractario a comprender su necesidad y trascendencia. Por manera que el ideal sin el instrumento que le es indispensable, peligra figurar reducido a vana utopía; y lo que es peor, a utopía que muy luego puede quedar también enterrada en descrédito, si, por no atinarse con sus naturales vías, los pueblos llegaran a perder entre desastres la confianza en él y aun a menospreciarlo.

Daños sin cuento y catástrofes tremendas le han venido a España por no haber tenido fuerzas marítimas proporcionadas a su imperio; la flaqueza del poder naval ha sido, durante el antiguo régimen, la causa principal del desquiciamiento en la constitución económica de la nacionalidad en la metrópoli y en sus Estados de América; pero ninguna de las desventuras registradas en su historia por llevar el pabellón inseguro en los mares, sería para ella tan funesta como la de que a la hora presente, por faltarle el vigor en sus órganos marítimos, perdiera también su gran ideal de nacionalidad. Sería esto para ella el acabamiento por impotencia incurable, lo mismo en América que en la Península. Para que una nación sea digna de figurar entre las grandes personalidades con influencia dominadora y acción directiva sobre el mundo, necesita constantemente delante de sí la guía de un ideal de grandeza de gloria. En este ideal colectivo encuentran los cuerpos de nación el secreto supremo para enlazar a todos sus elementos en la solidaridad más estrecha, orientar los sentimientos y las ideas en la misma dirección, subordinar los egoísmos particulares al interés general, y conseguir, en fin, que, en vez de un mero agregado de factores, la nacionalidad forme un solo ser con un solo corazón y una sola voluntad. Únicamente con ideales sentidos de esta manera, se produce en la vida política la psicología del alma colectiva, que imprime unos mismos estados de espíritu y movimientos pasionales a todos los que viven una misma nacionalidad, en términos que dentro de ese organismo a la voz de la patria los hombres piensan y obran de modo distinto, y aun a las veces opuesto a cómo pensaría y obraría cada uno en aislamiento, y aparecen sometidos en tempestad o en calma, a la influencia de ese espíritu como campo de mies agitado por el viento. Por la virtualidad del ideal colectivo en las naciones que lo contemplan y anhelan, se comprende el sacrificio, los caracteres resultan templados en perseverancia, energía y heroísmo; aun fuera de la órbita del Estado y de los actos de la política, las intenciones, ideas e iniciativas de los particulares aparecen como informadas en pensamientos y propósitos altísimos, y hasta la impureza misma de las pasiones llega a ser instrumento fecundo para el beneficio nacional. Mientras se conserve este vínculo permanente del ideal, una nación puede sanar siempre de las heridas y mutilaciones mayores y rehacerse maravillosamente de las más tremendas catástrofes; pero, una vez perdido su ideal, todo en ella es perdido sin esperanza alguna de remedio.

Todo esto evidencia que para reanimar el antiguo espíritu marítimo de nuestra patria é inculcar en nuestro pueblo la convicción de que no debe omitir sacrificio en la creación del poder naval, porque los altos destinos de la patria grande están en la mar, es menester, ante todo, hacer sentir el ideal de la nacionalidad hispanoamericana. Sin poner al espíritu público en contemplación de este ideal y persuadir a nuestro pueblo de que si no es navegador nunca podrá perseguir y gozar la gloria, grandeza y dignidad de la España Mayor, los empeños de los hombres de Estado resultarán sin eficacia para crear en España poder naval. Divorciados del espíritu de la nacionalidad hispanoamericana, el esfuerzo más extraordinario de los gobernantes sólo podrá crear aquí algún aparato efímero de marina de guerra, con eficacia de potencia más aparente que real.

Jamás un estadista se bastó a hacer por sí solo grande en poderío marítimo a una nación; y en España, que es hoy entre las naciones la más necesitada de fuerza marítima, resulta a la vez que es donde la acción personal del estadista menos vale para crear por sí sola poder naval.

JOAQUÍN SANCHEZ DE TOCA.



(1) Del libro del señor Sánchez de Toca, titulado: *Del poder naval en España y su política económica para la nacionalidad iberoamericana*.

EL GENIO DE UNA RAZA

Al egregio autor de *Tabaré*.

El dulce *urú*, sonámbulo del bosque,
En las noches magníficas de plata,
Desde el ceibo la luna contemplando
Triste elegía sollozante exhala.

Entonces mirase una extraña sombra
Cruzar los valles, lomas y quebradas,
Un fantástico sér, ceñudo, pálido,
Echado el *toropi* sobre la espalda.

El *chept* bien ceñido á la cintura,
Con plumas de *ñandú* la frente ornada,
Y por armas llevando el arco rudo,
La boleadora y la temible maza.

Duerme el vacaje echado en las laderas,
El *dormilón* cazando insectos pasa,
En el *aguaribay* solloza el viento,
De la cañada al borde, el sapo canta.

El dulce *urú*, sonámbulo del bosque
Del florecido ceibo entre las ramas,
Parece que entonara una elegía,
Triste elegía á una extinguida raza...

¿Quién es el sér fantástico y extraño?
¿Quién la gallarda sombra adusta y pálida?
¿Semeja el genio de una raza muerta
Que á *Tupá*, al gran *Tupá*, clama venganza!

Gime y prorrumpe en fuertes alaridos
Que al puma asustan y al cubil dispara;
El dulce *urú* interrumpe su elegía,
Cesa el coro de sapos en la charca.

El viento alado acalla su gemido
Y se oculta entre juncos y espadañas,
Y el *terutero* que en la loma vela
Teme un peligro y el alerta lanza...

Retorna el dulce *urú*, á su triste canto,
Su triste canto á una extinguida raza,
Desde las ramas de un florido ceibo
Que se ha vestido con *tipoy* de grana...

La sombra, el sér fantástico y extraño,
Parece que habla de indomables razas
Que al aire daban su guerrero grito
Sembrando muerte por doquier pasaran.

Dimos, dice, la sangre con orgullo,
Por *Arachán*, nuestra *Arachán* amada,
Por nunca verla en posesión del blanco,
Del blanco odiado, que cual león peleaba!...

¡Oh! jamás nuestra estirpe, en las rodillas
El arco de *urunday*, quebró domada,
Jamás el *tambelá* tembló en los labios
¡Y en las manos jamás tembló la lanza!

Sombras de *Sapicán* y de *Añagualpo*,
De tantos *tubichás* sombras amadas,
Escuchad este canto que he aprendido
¡Del gran cantor de nuestra muerta raza!

Y si escuchándolo, por vez primera
No derramáis las más sentidas lágrimas,
Os diré que á *Arachán* nunca quisisteis,
La virgen *Arachán*, por quien luchabais!

«Sombras desnudas que pasáis de noche
En pálidas bandadas,
Goteando sangre que, al tocar el suelo,
Como salvaje imprecación estalla;

Yo os saludo al pasar ¿Fuisteis acaso
Mártires de una patria,
Monstruoso engendro á quien feroz la gloria
Para besarle el corazón lo mata?

Sois del abismo que la mente sonda
Confusa resonancia,
Un grito articulado en el vacío
Que muere sin nacer, que á nadie llama;

Pero sois algo. El trovador cristiano
Arroja, húmedo en lágrimas,
Un ramo de laurel en vuestro abismo...
¡Por si mártires fuisteis de una patria!»

Y al extinguirse estas sublimes notas
De una hermosa epopeya sobrehumana,
Que el bardo arranca á su laúd de hierro
Con que entonara *La leyenda patria*,

Se oye rodar de flores y alguien dice:
¡Parece que á *Arachán Tupá* le canta!
Después, esfúmase la sombra errante
Tras la colina que el ombú empenacha;

Gime el viento con lúgubre gemido
Del arroyo en los juncos y espadañas,
La hermosa flor azul del camalote
En el estero pliégame muy lánguida,

Y el dulce *urú*, mirando triste al cielo,
Da á los aires su nota más amarga,
Que cual de madre desgarrada el grito,
Muestra el dolor de una extinguida raza!

Buenos Aires.

EDUARDO D. FORTEZA.



MOSAICO

Un nuevo colega.—Devolvemos afectuosamente el cariñoso saludo de «El Heraldo» de Adrogué. Deseamos á su director, señor Antonio E. Pereira, próspera y larga vida en su empresa periodística y en la de la imprenta que al mismo tiempo ha establecido.

Banco Basko de la América del Sur.—Ya la prensa diaria ha dado noticia concreta de la instalación de esta nueva institución bancaria, nacida al calor de esa unidad de miras y buen sentido práctico que distingue á los nacidos en la región eúskara, dentro de nuestra laboriosa colectividad española.

El alma, el iniciador de tamaña empresa, don Florencio Basaldúa, debe estar satisfecho de sus gestiones. Lo felicitamos, así como á los ciudadanos argentinos, de origen vasco, paterno ó materno, que han acogido con entusiasmo la idea, y adelantan en sus gestiones, *dándose ya por hecho* que el nuevo banco nace á la vida de las operaciones mercantiles con bríos y esperanzas de un próspero porvenir. ¡Felicidades!

Tienda San Miguel.—Estamos ya en plena estación otoñal, y el diario paseo de nuestras damas más elegantes es el de enterarse de las últimas producciones de la moda, y las «novedades» que el comercio importador de telas y adornos presenta en vidrieras que excitan la codicia de los más sobrios y la atención de los más indiferentes.

La «Tienda San Miguel» es de las que dan tono y llevan la palma en este terreno. Allí hay de todo y para todos los gustos: novedades de otoño en telas primorosas y gustos exquisitos, y todo un completo surtido para la estación invernal que se aproxima. Alfombras y cortinajes, tejidos de maravillosa textura y prodigios de las fábricas y telares europeos, que van diciendo: comprad, esto es lo último, lo que hace furor en el mundo de la elegancia del viejo continente.



NUESTROS GRABADOS

Bellas Artes.—Efectos de viento.—Acuarela de E. Garne.—Eolo sopla: su potente fuerza, cuando se irrita que sólo dobla un junco y arranca de raíz una encina secular, parece explicarnos la potencia del débil en su flexibilidad, mientras la arrogancia del poderoso se derrumba y cae vencida en la lucha. Una bella, luchando con el viento, deja descubrir encantos velados á los mortales; encantos que son su fuerza que levanta tempestades y vientos amorosos en la grey barbuda.

Don Florencio Domínguez, Ministro de la República Argentina en Londres.—Resuelta la demarcación de la Puna, nuestras «diferencias» con el país chileno están pendientes del fallo arbitral de la Reina Victoria. Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de nuestro país en aquella monarquía británica, es el señor Florencio Domínguez, hijo del ilustrado diplomático doctor Luis L. Domínguez, que durante tantos años y tan noble y acertadamente, representó allí á esta república.

No es nuevo el señor Florencio Domínguez en nuestra diplomacia: como secretario de su padre entendió en múltiples asuntos que corroboraron su inteligente participación y su valer ya acreditados en el desempeño inteligente de otros cargos diplomáticos en el Brasil y los Estados Unidos.

La gestión diplomática y la financiera en que colaboró con su respetable padre, no han de tener secretos para el diplomático que en su ilustrada experiencia y saber ha de hallar fecundas soluciones fáciles para su dilatada práctica en el servicio de su país: y no se espera menos de su alta y delicada misión para hacer valer los títulos de la Argentina para la posesión de esa zona andina tan tozudamente disputada en nuestro viejo litigio con la república chilena.

Muy grato nos es, al publicar el retrato del ilustrado diplomático, confiar en la legítima esperanza de todos los argentinos respecto á que los méritos del representante y su clara misión del asunto en arbitraje, le conquistarán nuevos lauros que añadirán una palma, la de la gratitud de su pueblo, á los merecimientos del enviado extraordinario que nos representa.

En las regatas del Tigre, á beneficio del «Asilo Naval».—Dejemos al filósofo hurgando en el inmenso campo de las síntesis sociológicas sobre la pobreza de nuestra «filantropía» engala-

nada para fiestas y festejos, divirtiéndose para que otros no sufran. La sociedad contemporánea, quizás con más filosofía que esos sabios de gabinete, ve lo práctico en esas diversiones que reúnen un contingente de ambos sexos, que pasan horas placidas y de alegre y honesto pasatiempo, *rindiendo* así pecuniario tributo á esa noble institución del «Asilo Naval», en cuyo beneficio se efectuaban las animadas regatas del Tigre, de que es nota gráfica de actualidad la ilustrativa vista de estas páginas.

Mr. Buchanan, Ministro de los Estados Unidos de Norte América en la República Argentina.—Aunque por sus prendas personales, por la afabilidad de su trato social y el afectuoso interés con que sigue nuestros progresos y adelantos, era ya acogido con simpatía general el ministro norteamericano entre nosotros, su nombre ha adquirido actualidad palpitante como demarcador de la «cuestión de la Puna». No nos toca decidir si ha atendido á los «derechos» que Chile y la Argentina sostenían en sus opuestos criterios y ha cortado el nudo de la cuestión señalando una línea nueva que disintiese de las pretensiones de los litigantes.

El fallo de Mr. Buchanan, aceptado por los delegados de ambos países litigantes, y aprobado por ambos gobiernos, es un hecho histórico que todos aceptan y que quizás en lo futuro, sin las pasiones del presente, se sancione por la crítica histórica como hábil solución diplomática del distinguido abogado y representante de la gran nación norteamericana en estas comarcas del Plata.

El crucero «9 de Julio» en Ushuaia.—(Tierra del Fuego).—Una nota gráfica, recuerdo de las maniobras navales últimamente efectuadas, en las que la gallarda nave argentina de guerra destaca con los claros tonos de su pintura, del oscuro fondo que forman las altas montañas de la tierra fueguina, en cuya cima las perpetuas nieves forman blanca corona á la orgullosa cresta de la cordillera.

Primer saludo de los Presidentes á bordo del «O'Higgins».—Entrevista de los Presidentes Roca y Errázuriz á bordo del «Belgrano».—En el acorazado chileno, potente nave de guerra del pueblo trasandino, se verificó la primera entrevista de los magistrados de ambas naciones sudamericanas, y en el acorazado argentino «Belgrano», la segunda. Al registrar en «notas gráficas» dicha página histórica y recordar la cordialidad de relaciones que desde entonces reina entre los dos países, hacemos votos porque sellándose en paz y concordia todas las futuras diferencias, renovemos en lo sucesivo aquella unión fraternal que dió vida, vigor y energía á los albores de la independencia de la región hispano-sudamericana.

Doctor Francisco Latzina, Director General de Estadística de la Nación.—Ese es su actual puesto, en que el respeto y la consideración de todos dan sanción á su intelectualidad reconocida y á los méritos y trabajos de una vida consagrada al estudio y á la labor en beneficio del país de su adopción.

El doctor Latzina, doctor en ciencias físico-matemáticas, (y dejando de lado la vulgarísima etapa de sus rasgos biográficos más salientes, publicados centenares de veces en artículos y revistas), ha hecho de la Dirección General de Estadística de la Nación Argentina, el centro de labor que surte á las oficinas nacionales y extranjeras, de los datos más completos de nuestra marcha ascendente en la vía de la civilización.

Astrónomo, catedrático, miembro de múltiples comisiones técnicas, ha sabido con labor perseverante, con inteligencia clara y perfecto buen sentido, asentar su nombre y rodearlo del prestigio indudable de que le circunda la fama, si voinglera y exagerada en muchos casos, justiciara y leal en el presente.

Publicista galano, desde la laureada *Geografía de la República Argentina* al *Diccionario Geográfico Argentino*, obras suyas muy apreciadas en el mundo intelectual, hay una serie de trabajos de variada índole literaria y científica, que justifican el renombre de este obrero de la inteligencia consagrada al deber, con el martilleo tenaz de una voluntad inquebrantable.

Tierra del Fuego.—Gobernación.—Para la generalidad, es desconocida toda esa inmensa zona fueguina, á que dieron actualidad el viaje presidencial y las maniobras de la escuadra argentina. Gráficamente, nuestra vista ilustrada es dato complementario de cuanto en diversas ocasiones hemos dicho respecto al interés futuro que han de tener esas regiones poco exploradas hasta el día, y centro probable de colonias laboriosas en el porvenir.

Mensajería en la Pampa.—Quien viaja por la extensa planicie de la Pampa argentina, debe renunciar á las comodidades y al confort de la vida ciudadana. Las largas distancias hay que recorrerlas, como nuestro grabado lo representa, en pesados coches tirados por cuatro pares de resistentes caballos, y para no cansar la vista con la monotonía del paisaje, distraer la atención con las múltiples aventuras (que aquí no ocurren) de tanta deliciosa narración de viajes en diligencia que nos transporta á épocas ya olvidadas en estos años de rápidos trenes y ligeras bicicletas.

EDISON INTIMO

Ultimamente un periódico inglés ha publicado una serie de anécdotas y detalles característicos del gran inventor de Menlo Park, que arrojan curiosísima luz tanto sobre su existencia íntima cuanto sobre su proceso intelectual.

Extractamos a continuación las que nos han parecido más interesantes; después de leerlas, podrá hacerse el lector una idea aproximada de la personalidad privada del hombre que tanto ha llamado la atención del mundo con sus sorprendentes descubrimientos y aplicaciones.

CÓMO LEE EDISON

Fuera de sus libros técnicos, el sabio americano no lee más libros que los que le recomiendan su esposa y sus amigos. Entonces toma el libro, se sienta y continúa leyéndolo hasta que llega al fin.

Una noche en que estaba especialmente preocupado con las dificultades de un problema, y se paseaba en su estudio con el paso nervioso de un león enjaulado, su esposa le alcanzó el primer libro que halló a mano para distraerle de su obsesión. Resultó ser un novelón insustancial, pero Edison obedeció dócilmente la insinuación de su esposa y abrió el libro. A los dos minutos se olvidó del problema, pero permaneció leyendo la novela hasta las cinco de la mañana, hora en que concluyó de devorarla. Mas apenas cerró el libro, volvió a presentarse a la mente la dificultad del problema. Púsose tranquilamente el sombrero y pasó a su laboratorio, donde continuó trabajando como si tal cosa, durante treinta y seis horas más, sin comer, ni beber ni dormir.

CIGARROS PARA LOS AMIGOS

En los primeros tiempos, después de abierta la oficina de la compañía de Edison en Nueva York, siempre había en la mesa un cajón de buenos cigarros habanos a la disposición de todos los amigos. Un día Edison, cuyos cigarros desaparecían rápidamente, se quejó con uno de sus íntimos del abuso de que era víctima, pues no bien abría una caja, los visitantes la saqueaban de tal modo, que no pudo acertar a fumar un solo cigarro de muchas cajas. Por otra parte, el inventor no quería echar llave al cajón de su mesa. ¿Qué hacer?

—Bah, le dijo el amigo; es lo más fácil remediar semejante abuso. Tengo un conocido negociante en tabacos, que nos va a proporcionar el medio de curar a los aficionados a los buenos habanos.

—¿Cómo así? preguntó el inventor.

—Voy a encargarme que confeccione para usted una caja de cigarros especiales hecha con hojas de coles y otra cantidad de cosas mal olientes, y ya verá usted cómo disminuye el asalto a los tabacos.

Edison le dió las gracias, y poco después se olvidó del curioso pero práctico ofrecimiento.

Dos meses más tarde volvió a encontrarse con su amigo.

—¡Pero, hombre! díjole Edison; nunca me mandó usted aquellos exquisitos cigarros para mis amigos!

—¿Cómo no? contestóle el otro. Dos semanas después de haber hablado de ello, se los entregué a su mayordomo.

—¡Ah! exclamó el brujo de Menlo Park. ¡Pues es raro! ¡No sé dónde habrán ido a parar!

—Preguntémosle a su mayordomo y lo sabremos, insinuó el otro.

Y así lo hicieron.

—Oh, contestó el fámulo, yo los empaqueté y los puse en su valija, Mr. Edison, cuando usted fué a California.

—¡Misericordia! entonces los he fumado yo todos!

SU NUMEN LITERARIO EN MONTE WASHINGTON

En el verano anterior a sus nupcias, Edison y unos cuantos amigos hicieron un paseo a Monte Washington.

Entre las personas que iban hallábase la entonces novia del inventor, miss Mina Miller. Al final de la visita, el director de *Entre las Nubes*, periódico de la localidad, le pidió a Mr. Edison que tuviera la bondad de darle un pensamiento para su diario.

Edison dijo que sí, y se puso a escribir. Naturalmente, todos pensaron que daría al periodista algún pensamiento científico sugerido por la gran altura del monte.

Mas, sin duda alguna, la mente de Edison había estado en otra parte mientras realizaron la excursión. Sus amigos no tuvieron la menor duda de ello cuando leyeron lo que escribió con gran asombro del periodista:

«Miss Mina Miller de Akron, la mujer más linda que hay en Ohio, está hoy de paso en Monte Washington!»

Y el editor publica el pensamiento. Nada más a propósito para una publicación que se titulaba «Entre las nubes». (Among the clouds).

UNA MÁXIMA PRÁCTICA

Mr. Edison es, al mismo tiempo que inventor, un hombre práctico. No da importancia alguna a cualquier invención que no sea explotable comercialmente.

Su frase favorita para elogiar un nuevo proyecto es: «Será muy útil cuando lo realice».

Y su máxima especial para explicar el por qué de esas teorías, es la siguiente:

«Un hombre que puede hacer algo que ningún otro puede hacer, es justo que obtenga una recompensa por hacerlo».

NI DESALIENTO NI ENFADO

Dos cosas le son desconocidas a Tomás Alva Edison: el desaliento y la ira.

Sus socios atribuyen a su falta completa de nervios, el que pueda verse libre de tales miserias.

Recientemente uno de sus asociados tuvo que informarle de tres fracasos consecutivos de tres diferentes experimentos que habían requerido enormes sumas de trabajo y de dinero.

Edison, al oír el relato febril de su socio, se sonrió tranquilamente.

El otro, que estaba excitadísimo con lo que había acontecido, se indignó todavía más al ver la serena e impasible actitud del inventor.

—Pero, caramba! ¿Que no le da un poco de ira todo esto, Mr. Edison?

—¡Ira! ¿Y para qué? Por otra parte, ya había usted bastante por los dos.

HÁBIL CALCULISTA, PERO NO MATEMÁTICO

Una de las particularidades más interesantes de la personalidad científica de Mr. Edison, es que aunque puede resolver el más abstruso y difícil problema matemático por medio de cálculos mentales con más exactitud que la que obtienen con las cifras sus ayudantes técnicos, no tiene ninguna aptitud para los números.

Parece que resuelve los problemas algebraicamente, mirando los números como cantidades y raramente, si es que alguna vez lo hace, se vale para ello de las reglas aritméticas.

«Nunca he sido capaz de recordar cuánto hace siete por siete, díjole una vez a un amigo; siempre he tenido que asentar primero que siete por seis son cuarenta y dos y agregar siete después».

SU MODESTIA

Es dudoso que haya otra persona en el mundo que posea mayor número de medallas y condecoraciones de honor que Mr. Edison—y aunque sabe avalorar lo que representan—no da ningún valor a las medallas en sí mismas.

Esto se ha demostrado últimamente, cuando uno de sus amigos trató de conseguir las temporalmente para hacer una exhibición.

Todas estaban colocadas muy bien en una gran caja de vidrio, pero Edison había perdido la llave. Se forzó la cerradura pero en seguida se presentó otra nueva dificultad: Edison era incapaz de dar ningún dato respecto a cuándo ni cómo le habían sido ofrecidas muchas de las medallas!

UN BUEN MODO DE CONTESTAR CARTAS

Para dar una prueba de lo insulsas é inútiles que son la mayor parte de las cartas que reciben los grandes hombres, baste esta experiencia hecha por Edison.

Regresaba a su casa después de pocos días de ausencia y se encontró con que le aguardaba una montaña de cartas.

No estaba de talante para leerlas ni contestarlas, pero su secretario estaba muy interesado en que cumplierse con ese deber social.

Esto fastidió a Edison, y tomando la bandeja donde estaban las cartas, la inclinó sobre el fuego de la estufa. Inmediatamente las llamas dieron cuenta de ellas.

—Este es el mejor modo de contestarlas! dijo, y se puso a trabajar tranquilamente.

Tres meses después, un amigo le preguntó si era cierto este incidente.

—Sí, contestó Edison riendo, y lo más curioso es que no he recibido ninguna otra carta que se refiera a algunas de ellas; por lo que ya puede usted juzgar cuán importantes serían!

VEINTICUATRO HORAS EN UN MOMENTO

El poder de concentración de Edison es sorprendente. Cuando se preocupa algún «pensamiento», como llama él a sus proyectos, suele caer en un estado tal de inconsciencia, que raya en lo inverosímil.

En una ocasión, en que se dirigía a Chicago llamado por asuntos, se le ocurrió un nuevo «pensamiento».

Había tomado el tren en Jersey City. Se acomodó en su asiento y en seguida cayó en profunda meditación.

Cuando veinticuatro horas después llegó a Chicago y oyó a los guardatrenes repetir el nombre de la estación en la portezuela del wagón, se dió vuelta y se dirigió a un compañero de viaje, diciéndole: «Este hombre está jugando! ¡Acabamos de salir de Jersey City!»

Abismado en la solución de aquel problema eléctrico, no se había dado cuenta que había viajado por veinticuatro horas y que en dicho tiempo sus compañeros de viaje habían bajado a comer tres veces, y dormido a pierna suelta por la noche.



SONETO

Gigante hago creerse al más pigmeo,
al fanfarrón insigne personaje,
civil y campechano al que es salvaje,
dechado de hermosura al ente feo.

El que puede graznar es un Orfeo
bajo el poder de mi feliz rodaje,
y obtiene en todas partes homenaje
el que al nacer se envuelve en mi manto.

Induzco a presumir de literatos
a los seres redondos de mollera,
y a que aplaudan sus propios arrebatos.

Al que domino es inmortal lumbrera
y facha doy de leones a los gatos,
porque soy en el mundo... la zoncera

MANUEL A. HURTADO.
(Chileno).



EL TEATRO EN CASA

CON LOS
NUEVOS GRAFÓFONOS

QUE
CANTAN Y HABLAN EN ALTA VOZ
Y REPRODUCEN

LOS
SONIDOS



DESDE 55 \$ M/N
CON CILINDROS

Para el que compra un gramófono el aburrimiento se hace imposible, en casa, en el campo, en los baños, pues cuando lo desee podrá oír las mejores óperas, canciones, bandas militares, orquestas, monólogos, etc., etc.

GRATIS

NUEVO CATÁLOGO ILUSTRADO
con rebajas de precios

ENRIQUE LEPAGE y C.^a

CALLE BOLIVAR 375 — BUENOS AIRES
Sucursal: FLORIDA 472 - 474



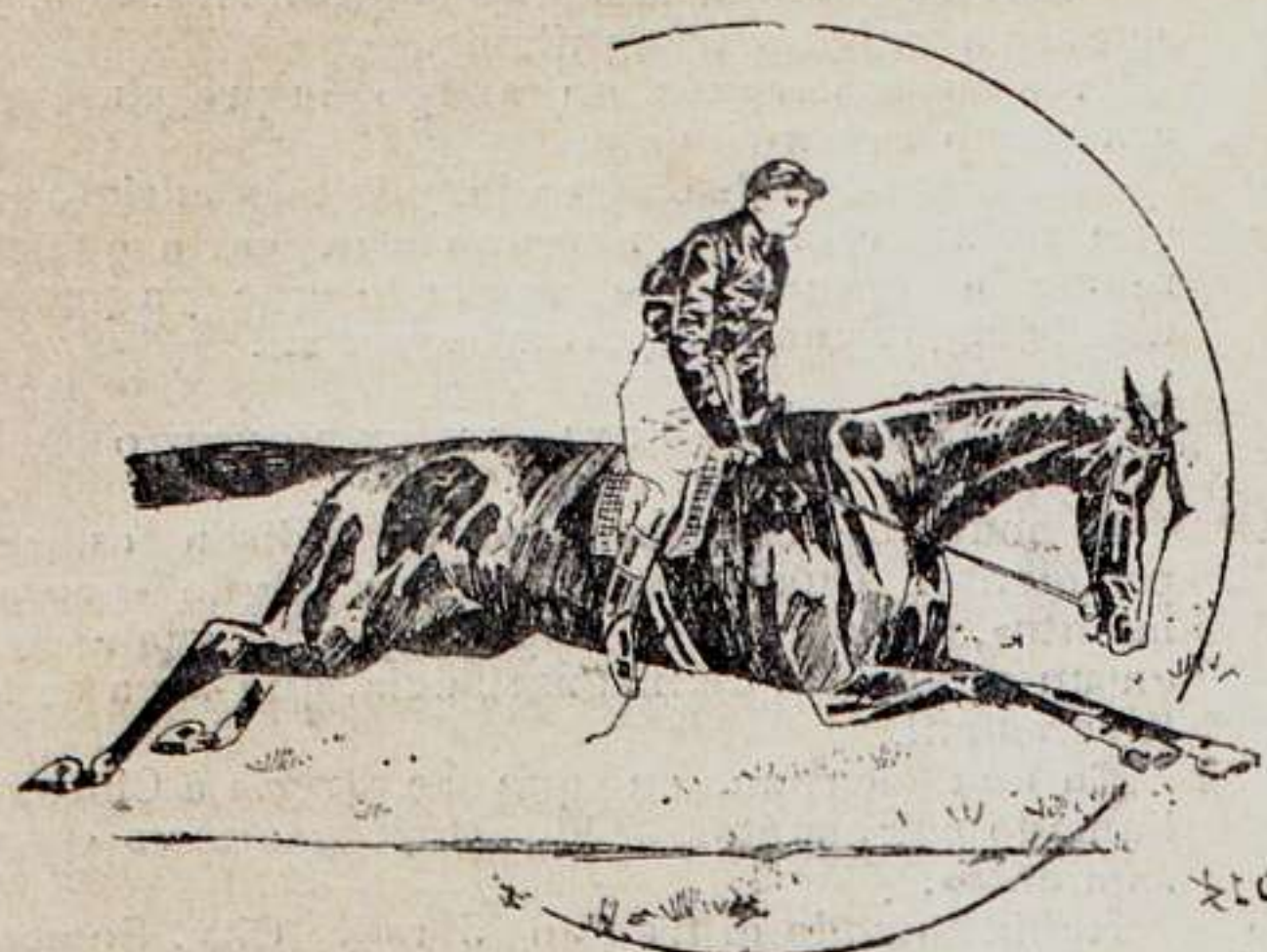
VINO
Bordeaux-Quinquina
Gran Tónico reconstituyente
de
DELOR FRÈRES - Burdeos

SALUD FUERZA APETITO TONICIDAD

Cordial exquisito para personas débiles, recomendado en Francia por los mejores facultativos. Tomarlo antes o después de comer.

Unicos Agentes
FELIX SOULIÉ & C^{ia}
BUENOS AIRES
CASILLA 417 | Teléf. Coop. 1496

En todas Confiterías y Cafés



SPORT

HIPÓDROMO ARGENTINO

REUNIÓN DEL 19 DE MARZO

Premio «Clamor», 1500 metros—1.º Vesper 52 kilos, 2.º Pisco 54, 3.º Florete 52.
 Sport \$ 9.05 y 3.60 a Placé: Pisco 4.85; Florete 26.80.
 Premio «Remate», 1200 metros—1.º Reyezuelo 50 kilos, 2.º Frontin 53, 3.º Chingolo 50.
 Sport \$ 7.25 y 3.65 a Placé: Frontin 5.20; Chingolo 3.70.
 Premio «Caprice», 1000 metros—1.º Rústico 54 kilos, 2.º Thetis 52, 3.º Special 54.

Avisos varios

DR. JUSTO CARLE—Enfermedades de la piel y vías urinarias.—Cerrito, 38, de 1 a 3.

DR. FRANCISCO COBOS—Director por concurso del Hospital San Roque.—Consultorio: Maipú, 276, de 1 a 4.

DR. EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos.—Suipacha, 574, de 1 a 4.

N. ODAHL, Doctor en Cirujía Dental; (Doctor Dent. Surg) de la Universidad del Estado de Nueva York; Cirujano Dentista de las Facultades Médicas de Estocolmo y Buenos Aires. Piedad 588, esquina Florida.

DR. J. COSTAU—Abogado—Avenida de Mayo, 715, de 2 a 4.

DR. JENARO OSORIO—Moreno, 792, de 1 a 4.

B. MITRE Y VEDIA—Traductor público y comisionista.—S. Martín, 491. Unión Telefónica núm. 197.

Sport \$ 4.30 y 2.80 a Placé: Thetis 3.40.
 Premio «Casares», 1000 metros—1.º Caprice 52, 2.º Duchess 52, 3.º Judea 52.
 Sport \$ 5.85 y 3.65 a Placé: Duchess 5.35; Judea 9.20.
 Premio «Salto», 2200 metros—1.º Eureka II 56 kilos, 2.º Dinero 48, 3.º Pas-si-bête 59.
 Sport \$ 4.25 y 2.70 a Placé: Dinero 3.45; Pas-si-bête 3.45.
 Premio «Daza», 1400 metros—1.º Salto 56 kilos, 2.º Daza 58, 3.º Rossignol 50.
 Sport \$ 8.65 y 3.80 a Placé: Daza 6.45; Rossignol 14.40.
 Premio «Sengal», 1600 metros—1.º Tula 48 kilos, 2.º Chicharrón 54, 3.º Huapi 47.
 Sport \$ 57.90 y 18.80 a Placé: Chicharrón 4.20; Huapi 17.65.

REUNIÓN DEL 25 DE MARZO

La presencia de Yerba Amarga en el clásico «Criadores», quitó interés a la carrera.
 Dos representantes de la nueva generación: Thetis y Argentina, se alistaron para la prueba, ninguna de ellas logró figurar en la carrera.

La yegua oriental venció con facilidad tal a sus contrarios, que probó bien a las claras merecer la fama por ella conquistada en las pistas uruguayas.

Dada la señal de partida, partió Argentina en la punta, seguida del grupo, Julia algo rezagada.

A la entrada de la recta final, avanzó Vesper con grandes bríos, destacándose al frente del pelotón; a los pocos metros Yerba Amarga surgió del grupo, arrojó sin encontrar enemigos, y traspuso la raya con tres cuerpos de ventaja sobre Marea, la que en una entrada de última hora desalojó a Vesper del segundo puesto.

El triunfo de la yegua oriental fué saludado por una tempestad de aplausos.

Resumen:
 Premio «Red Lancer», 1400 metros—1.º Insular 57 kilos, 2.º Esparta 55, 3.º Kaolin 57.
 Sport \$ 8.30 y 4.55 a Placé: del 2.º 7.40 y del 3.º 6.55.
 Premio «Ecurie Gallette», 1000 metros—1.º Rústico 57 kilos, 2.º Vivaracho 54, 3.º Judea 52.
 Sport \$ 7.60 y 2.65 a Placé: del 2.º 3.85 y del 3.º 2.35.
 Premio «Stud Yuqueri», 1700 metros—1.º Molécule 52 kilos, 2.º Laprida 54, 3.º Clamor 54.
 Sport \$ 5.75 y 3.55 a Placé: del 2.º 3.90.
 Premio «Criadores», 1200 metros—1.º Yerba Amarga 57 kilos, 2.º Marea 55 y 3.º Vesper 52.
 Sport \$ 4.75 y 3.30 a Placé: del 2.º 7.55 y del 3.º 4.50.
 Premio «Stud Sanducero», 2300 metros—1.º Rob Roy 52 kilos, 1.º Guttemberg 50, 3.º Dinero 47.
 Sport de Rob Roy \$ 5.30 y 5.10 a Placé: de Guttemberg 4.85 y 4.85 a Placé.
 Premio «Ecurie Prisonero», 1200 metros—1.º Frontin 50 kilos, 2.º Marat 45, 3.º Aboukir 45.
 Sport \$ 5.70 y 2.90 a Placé: del 2.º 8.20 y del 3.º 4.55.
 Premio «Ecurie Belgrano», 1600 metros—1.º Atalaya 52 kilos, 2.º Hidalga 54, 3.º Oriol 60.

¡CUIDADO, SEÑORA!

Vd. empieza a engrosar, y engrosar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas dos grajeas de **THYROIDINA BOUTY** y su talle se conservará esbelto ó volverá a serlo. — El frasco de 50 grajeas 10¢. PARIS, Laboratorio, 1, Rue de Châteaudun.
MEDICAMENTO CIERTO E INOFENSIVO EN ABSOLUTO.
 — Téngase cuidado de exigir: **Thyroidina Bouty** —
 Buenos-Aires: C. PERREL, Calle Cuyo, 645-647.

REUNIÓN DEL 26 DE MARZO

Resumen:

Premio «Julia», 1600 metros—1.º Abeto 59 kilos, 2.º Belena 55, 3.º Kosir 56.
 Sport \$ 42.45, a Placé 11.45; Belena 9. Kosir 8.
 Premio «Vulcano», 1000 metros—1.º Etolo 54 kilos, 2.º Pensamiento 54, 3.º Leutres 54.
 Sport \$ 3.65, a Placé 2.70; Pensamiento 4.50.
 Premio «Remate», 1400 metros—1.º Pólvora 43 kilos, 2.º Reyezuelo 53, 3.º Juith 43.
 Sport \$ 14.30, a Placé 5; Reyezuelo 3.10.
 Premio «Ensayo», 1200 metros—1.º Salto, por Oriental y Regina, 60 kilos; 2.º Cacique 60, 3.º Oribe 54.
 Sport \$ 4.25, a Placé 2.70; Cacique 3.30, Oribe 7.30.
 Premio «Pas-si-bête», 2200 metros—1.º Eúskara ex-Eureka II, 61 kilos; 2.º Guttemberg 53, 3.º Unión 40.
 Sport \$ 2.90, a Placé 2.85; Guttemberg 4.65.
 Premio «Nihuil», 1300 metros—1.º Ameliana 48 kilos, 2.º Bel-n, 42; 3.º Daza 59.
 Sport \$ 53.40, a Placé 10.85; Belena 6.15, Daza 3.
 Premio «Lanza Seca», 1700 metros—1.º Hidalga 53 kilos, 2.º Nobleza 50, 3.º Araujo 53.
 Sport \$ 10.00, a Placé 3.25; Nobleza 3.10, Araujo 3.

FOR EVER.



ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos a la palabra APERITAL.

Exijir siempre la última fecha del EMBOTELLAMIENTO sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas el cajón etc., y a más el nombre A. DELOR & Cia. de Burdeos.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y C.

CALLE TUCUMAN 833 - BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN AMERICANA

EL MEJOR SURTIDO DE COCINAS

EN SUD-AMÉRICA



Baterías de Cocina
de
FIERRO AGATE

HELADERAS ECONÓMICAS

. SORBETERAS PERFECCIONADAS

CASSELLS & Cía. - 220 - CALLE FLORIDA - 220

SAPOLIO

Está expresamente fabricado para limpiar objetos de cocina, metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES

JORGE BELL é Hijos

649 - CALLE DEFENSA - 651
BUENOS AIRES



A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES—AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA
 Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y a PRECIO FIJO, lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

NOVEDADES

LUNES 3 DE ABRIL
y días siguientes

NOVEDADES

Exposición General

De todas las novedades en previsión de la estación de Invierno

SURTIDOS CONSIDERABLES EN TODOS LOS DEPARTAMENTOS

Avenida de Mayo, Calle Perú, Calle Victoria - A LA CIUDAD DE LONDRES - Avenida de Mayo, Calle Perú, Calle Victoria

Agua natural mineral VICTORIA



De las fuentes de

OBERLAHNSTEIN

Cerca de EMS

La única agua mineral natural sin hierro que se puede mezclar con vino y licores espirituosos.

ÚNICOS Introdutores

ARNING BRAUSS & CIA.

RECONQUISTA, 80 (ALTOS)

C. DELVOYE

Grande Maison de Blanc

AJUARES PARA NIÑOS TROUSSEAUX Y LAYETTES

ESPECIALIDAD EN AJUARES PARA CASAMIENTOS

CASA DE COMPRAS EN PARÍS, GINEBRA Y ZURZACH

Venta por mayor y menor

PIEDAD ESQUINA ESMERALDA

BUENOS AIRES

NAVEGACIÓN Á VAPOR

NICOLÁS MIHANOVICH

VAPORES Y LANCHAS PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA

Lujosos Vapores Postales y de Pasajeros para la navegación de los ríos Paraná, Alto Paraná, Paraguay, Uruguay y Río de la Plata

VAPORES ESPECIALES PARA CARGA SOLAMENTE

REMOLCADORES PODEROSOS

para Remolque de Buques de Ultramar y Cabotaje para cualquier punto de los ríos y costas

Servicio especial de Remolcadores para los puertos de la Capital y La Plata

Materiales de Salvamento, Chatas para el transporte de hacienda en pie, Importación de Carbón Cardiff, Exportación de Maderas del País

Administración: CALLE 25 DE MAYO esquina CANGALLO - Buenos Aires

— SUCURSALES —

Dársena Sud • Boca del Riachuelo • Puerto "La Plata" y Rosario de Santa-Fé

REAL HOLLANDS
LA REINA DE LAS GINEBRAS

ÚNICOS IMPORTADORES
W^M PAATS ROCHE & C^{IA} BAIRE

TIENDA SAN MIGUEL

FUNDADA EN 1857

ELIAS ROMERO & C^{IA}

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE ALFOMBRAS



Casa importadora de toda clase de alfombras y artículos generales de última novedad para tienda y tapicería. Novedades y surtidos por todos los correos de Ultramar.

902

CALLE PIEDAD

936

Buenos Aires

JABÓN DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

TE AGUILA

Schelp
& Schelp

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA

RECONQUISTA, 180

ENTRE PIEDAD Y CANGALLO

CAPITAL REALIZADO: Pesos 6.000.000 %
FONDO DE RESERVA Y PREVISION: \$ 1.351.234,23 m.l.

SE ABONA	M. l.	Oro
	%	%
Depósitos en cuenta corriente.....	1	sin int.
• a 30 días.....	3	1
• a 60 días.....	4	2
• a 90 días.....	5	3
• a mayor plazo.....	conv'al	conv'al

SE COBRA	M. l.	Oro
	%	%
Por anticipaciones en cuenta corriente.....	10	10
Descuentos de letras y pagares.....	conv'al	conv'al

Se ocupa de toda clase de operaciones bancarias

HORAS DE DESPACHO

De 10 a. m. a 3 p. m. los días ordinarios y de 10 a. m. a 4 p. m. los sábados y fines de mes.

Buenos Aires Abril 1.º de 1898.

AUGUSTO J. COELHO.

Gerente.



BANCO DE LONDRES Y RÍO DE LA PLATA

Sucursales en Londres, París (16, rue Halevy, Buenos Aires, Montevideo, Rosario de Santa Fé, Paysandú, Mendoza, Río de Janeiro, Pernambuco, Pará.—Avenida Montes de Oca, 932, Barracas al Norte

Operaciones, descuentos, transferencias telegráficas, letras de cambio, remesas, compra y venta de cédulas y otros títulos, depósitos en oro sellado, depósitos en moneda legal, depósitos en títulos, remesas de interés para Europa y cobranzas.

SE ABONA:
Depósito en c/corriente y a la vista..... 1 % m/l.
Id. id. con un mes de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de dos meses no ganará interés..... 2 %
Id. por tres meses fijos..... 4 %
Id. por 6 meses fijos..... 5 %
Id. por 12 meses fijos..... Convenc.

ORO SELLADO:
Cuentas corrientes..... sin int.
Id. con un mes de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de 2 meses no ganará interés..... 1 %
Id. con tres meses fijos..... 2 %
Id. por 6 meses fijos..... 3 %

SE COBRA:
Por adelantos en cuenta corriente, 9 % m/l y 9 % oro

Buenos Aires, Junio 16 de 1896.



R. A. THURBURN, Gerente.

Banco de Londres y Brazil Ltd.

402, CALLE PIEDAD, 402

BUENOS AIRES

ABONA:

En cuenta corriente	m. n.	oro
hasta 100.000 \$	1	% sin int.
En dep. 7 días aviso 2 ..	1	%
.. 30	3	1
.. 60	4	2
.. 90	5	3
.. 3 meses fijo 4 1/2 ..	2	
.. 6 y más.....	5 1/2	3
.. y arriba convencional.		

COBRA:

Por anticipaciones en cuenta corriente en oro y papel 10 %.
Se atiende todas las operaciones del banco.

A. F. ENNOR,
Gerente.

Ba. Aires, Febrero 3 de 1897.



BANCO BRITÁNICO DE LA América del Sud Ltd.

CASA CENTRAL

RECONQUISTA Esq. PIEDAD

SUCURSAL ONCE SEPTIEMBRE

2828, RIVADAVIA, 2828

ABONA (hasta nuevo aviso)

	Mon. n.l.	Oro
Depósitos en cuenta corriente.....	1	% Sin interés
En caja de ahorros.....	5	3
Con 60 días de aviso.....	4	2
.. 30	3	1
Depósitos a plazo fijo de tres meses	4 1/2	2
Depósitos a retirar con noventa días de aviso.....	5	3
Depósitos a plazo fijo de 6 meses.....	5 1/2	3
Otros plazos. Convencional.		

COBRA

Por anticipos en cuenta corriente..... 10 % 9 %
Descuento de pagares..... Convencional.

F. M. HERIOT,
GERENTE.

Octubre 1.º, 1898.

ÚNICOS AGENTES DE LAS PASTILLAS DEL DR. PUY
..... DE PARIS

JUAN JOSÉ BERNET & C^{IA}

CORRIENTES, 716

BUENOS AIRES

BANCO DE ITALIA Y RIO DE LA PLATA

FUNDADO EN 1872

Buenos Aires: Piedad, 448 - Rosario de Santa Fe: San Martín y Rioja
La Plata: Calle 7 y 48

Capital Autorizado.....	\$ 8.000.000
Capital Integrado.....	5.000.000
Fondo de Reserva.....	370.800

SE ABONA

En moneda legal

Por depósitos en cuenta corriente.....	1 % anual
.. a 30 días fijos.....	2
.. 60	4
.. 90	5
En mayor plazo.....	convencional

En oro sellado

Por depósitos en cuenta corriente.....	sin interés
.. a 30 días fijos hasta diez mil pesos oro.....	1 % anual
.. 60	2
.. 90	3
A mayor plazo y por mayor suma.....	convencional

SE COBRA

Por adelantos en cuenta corriente..... 10 %
Id. descuentos de letras y pagares..... convencional
Se dan cartas de crédito o giros sobre todas las ciudades principales de Italia, Austria, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Francia, Suiza, España, etc., como también órdenes de pago sobre todos los pueblos de Italia que tienen oficinas postales.
El Banco manda efectuar pagos en Europa por medio de telegramas y trata en general todas las operaciones bancarias.
Para más informes, dirigirse a la Gerencia del Establecimiento.

Buenos Aires, 1.º de Enero de 1898.

ONORIO STOPPANI.

LA VELOCE

Navegación italiana. Servicio postal rapidísimo entre Italia y la América del Sud
Vapores de gran lujo iluminados a luz eléctrica

FLOTA DE LA COMPAÑIA

Nord-América, Savoia, Duca de Galliera, Victoria Matteo Bruzzo, Duchessa di Genova, Centro-América, Venezuela, Città di Milano, Città di Torino, Montevideo, Città di Genova, Rio Janeiro, Las Palmas, Rosario

AGENTES:

P. CHRISTOPHERSEN

BUENOS AIRES: CUYO, 249 — LA PLATA, ENSENADA: CALLE GRAN DOCK

CHRISTOPHERSEN HNOS.

MONTVIDEO: PIEDAS, 142 — ROSARIO: SAN LORENZO, 169

CHODOWIECK Y Cía.

VALPARAISO: BLANCO, 462

LA HISPANO-ARGENTINA

LA FRANCO-PLATENSE

COMPAÑÍAS DE SEGUROS

Capital social: \$ 3.000.000

Agencias en todas las ciudades y pueblos de la República Argentina

Calle PIEDAD 588

BUENOS AIRES

TELÉFONOS:

Cooperativa 8004
Unión Telefónica 1589

CASILLA DE CORREO, 1634

GERENTE: A. R. CARTAVIO.



Aparatos y Utiles PARA LA FOTOGRAFIA

Enrique Lepage y Cía. * CALLE BOLIVAR, 375 BUENOS AIRES

GRATIS - Gran catálogo de 112 páginas ilustrado con 275 grabados